

*Ai miei genitori,
per avermi dato ali per volare e radici per tornare.*

ÍNDICE

<i>INTRODUCCIÓN</i>	1
<i>CAPÍTULO 1: PROPUESTA DE TRADUCCIÓN DE EL HOTEL DE MÓNICA RODRÍGUEZ</i>	3
1. El abuelo Aquilino	3
1. Il nonno Aquilino	4
2. El hotel.....	7
2. L’hotel.....	8
3. Los inquilinos.....	13
3. Gli inquilini	14
4. Los domingos.....	17
4. Le domeniche.....	18
5. Un ángel y tres fantasmas.....	23
5. Un angelo e tre fantasmi.....	24
6. Goyo	29
6. Goyo	30
7. El secreto del señor Aguado	33
7. Il segreto del signor Aguado.....	34
8. Menudo hombre menudo.....	41
8. Maledetto piccoletto	42
9. El metomentodo	45
9. L’impiccione	46
10. El oficio del señor X.....	49
10. Il lavoro del signor X.....	50
11. El domingo	53
11. La domenica	54
12. Hecatombe.....	61
12. Ecatombe	62
13. La tía Juanita y mamá Leo	67
13. La zia Juanita e mamma Leo.....	68
14. La reunión	73
14. La riunione	74
15. La duquesa.....	79
15. La duchessa	80

16.	Marie Cecereu	83
16.	Marie Cecereu	84
17.	La fiesta.....	91
17.	La fiesta.....	92
18.	Fila india.....	95
18.	Fila india.....	96
19.	La invitación.....	101
19.	L'invito.....	102
20.	El de Orense	105
20.	Quello di Ourense	106
21.	La comida.....	109
21.	Il pranzo	110
22.	La fiesta de despedida.....	115
22.	La festa d'addio	116
23.	La venta.....	121
23.	La vendita.....	122
24.	Souvenirs	125
24.	Souvenirs	126
25.	La batalla final	131
25.	La battaglia finale	132
26.	El regalo del señor X	135
26.	Il regalo del signor X	136
	Epílogo	143
	Epilogo	144
	<i>CAPÍTULO 2: LA LITERATURA INFANTIL: CONCEPTO Y CARACTERIZACIÓN</i>	145
	2.1 Lo literario y lo infantil.....	145
	2.2 El concepto de literatura infantil	147
	2.3 Características de la literatura infantil	149
	<i>CAPÍTULO 3: ANÁLISIS TRADUCTOLÓGICO</i>	151
	3.1 Ampliación lingüística.....	153
	3.2 Comprensión lingüística	155
	3.3 Generalización	155
	3.4 Particularización	158

3.5 Transposición	160
3.6 Amplificación.....	161
3.7 Traducción de modismos	162
3.8 Traducción de rimas	164
3.9 Préstamos, dialectalismos y traducción de nombres propios.....	166
3.10 Transformación de segunda persona singular en segunda persona plural.....	167
<i>CONCLUSIÓN</i>	169
<i>BIBLIOGRAFÍA</i>	171
<i>SITIOGRAFÍA</i>	171
<i>RIASSUNTO</i>	173

INTRODUCCIÓN

El siguiente trabajo presenta una propuesta de traducción de la novela de literatura infantil escrita por Mónica Rodríguez, *El hotel*, finalista del Premio El Barco de Vapor en 2016.

La autora nació en Oviedo en 1969 y allí estudió Ciencias Físicas. Unos años después hizo un máster en Madrid de Energía Nuclear y trabajó en un centro de investigaciones durante 15 años. No obstante su trabajo, nunca dejó de escribir.

La historia de *El hotel* está inmersa entre fantasía y ternura, desborda felicidad y risas. Se cuentan historias verosímiles que pueden describirse como mentiras pero que sirven a los protagonistas para ofrecernos la mejor versión de ellos mismos.

El hotel es el escenario donde se desarrolla el relato, tierno e hilarante y, al mismo tiempo, triste y reflexivo. Los protagonistas, a veces un poco extraños, esconden historias curiosas, amores perdidos y finales trágicos, pero todo está lleno de fantasía, sensibilidad y humor. Se trata de un hotel que puede considerarse como una metáfora, un lugar adónde todos deberían ir de vez en cuando, en el que los personajes forman una familia unida, un refugio en el que quedarse y sentirse seguros.

En cuanto al presente trabajo, está dividido en tres capítulos.

En el primero se encuentra una propuesta de traducción al italiano. Dado que, en la realización de este trabajo, nos hemos dirigido a un público equivalente al del texto original y hemos tratado de producir el mismo efecto en el lector del texto meta, se ha optado por el método traductor conocido como “interpretativo-comunicativo”, que “se centra en la comprensión y reexpresión del sentido del texto original conservando la traducción la misma finalidad que el original y produciendo el mismo efecto en el destinatario” (Hurtado, 2001:252).

En el segundo capítulo se presenta el concepto de literatura infantil y sus principales características, que se han definido a lo largo del tiempo, tras comprobar las constantes que aparecen en la mayoría de las obras literarias infantiles. Ante todo, se ha afirmado que la literatura infantil siempre ha tenido un componente popular relevante y ha ido siempre muy unida a la tradición popular. Además de eso, se han delineado otras características importantes relativas a los contenidos, los personajes, las técnicas y estructuras literarias y a las formas.

Finalmente, el tercer y último capítulo está dedicado al análisis traductológico. Ante todo, se ha hablado de algunas de las principales definiciones de traducción, de sus principios básicos y de las diferentes etapas del proceso traductor. Lo teórico ha sido después demostrado en lo práctico, a través de unas tablas que muestran y describen los varios ejemplos de técnicas utilizadas durante la traducción.

En definitiva, el objetivo de esta tesis es proponer una traducción de *El hotel*, analizando los problemas encontrados a lo largo del proceso traductor, estableciendo el método y las estrategias y técnicas traductoras, teniendo en cuenta siempre del público al que nos dirigimos, es decir, niños a partir de diez años.

CAPÍTULO 1: PROPUESTA DE TRADUCCIÓN DE *EL HOTEL DE MÓNICA RODRÍGUEZ*

1. El abuelo Aquilino

DE PEQUEÑA VIVÍ EN UN HOTEL.

Fue cuando murió mi padre. Mi madre hizo las maletas y nos subimos a un tren. Salimos de la ciudad que era triste y sin poetas, y el tren la envolvió en una bocanada de humo. Mis hermanos y yo jugábamos por los vagones.

Después, el tren se detuvo y vimos al abuelo Aquilino en la estación, tan alto que nos gustó. Tenía bigotes de bandolero, bastón y lentes de estilo pinza. Se veía que era un señor importante, dueño de un hotel, por ejemplo, y que era capaz de darle un bastonazo a cualquiera.

Se enroscó el bigote al vernos, sonrió y dio dos golpecitos con el bastón en el suelo.

Toc, toc.

—¿Es que no vais a saludar a vuestro abuelo, ho? —rugió.

Tenía voz de domador de leones. Me encantaba esa voz. Mis hermanos, que son más pequeños, corrieron a abrazarse a sus rodillas. Mi madre me empujó un poco para que yo también me acercara. —Encantada, abuelo —dije haciendo una pequeña reverencia y poniéndome colorada hasta las orejas. Al abuelo Aquilino se le encrespó el bigote y le resbalaron las gafas de pinza por la nariz.

—¡¿Queréis estaros quietos?! —les gritó a mis hermanos.

—Venga, niños, ya está bien —dijo mi madre.

—¡Viajeros al treeen! —gritó el encargado de la estación.

—¿Esto no Alicante? ¿No Alicante? —preguntaba desesperada una turista con el mapa del revés.

—Esto Asturias, As-tu-rias —le aclaraba un señor, gritando para que le entendiera.

Y por los megáfonos:

—El tren con destino a Orense, vía uno.

Destino Orense, vía uno. En un banco de la estación, un señor muy serio se secaba los ojos con un pañuelo.

—¿Ese no es el señor Aguado? —preguntó mi madre.

1. Il nonno Aquilino

DA PICCOLA VIVEVO IN UN HOTEL.

Successe quando morì mio padre. Mia madre fece le valigie e salimmo su un treno. Ce ne andammo dalla città che era triste e senza poesia, e il treno la avvolse in una nuvola di fumo. Io e i miei fratelli giocavamo su e giù per i vagoni.

Poi il treno si fermò e incontrammo il nonno Aquilino alla stazione, così alto che ci piacque. Aveva dei baffi da brigante, un bastone e degli occhiali stringinaso. Si vedeva che era un signore importante, proprietario di un hotel, ad esempio, e che era capace di dare una bastonata a chiunque.

Appena ci vide si attorcigliò i baffi, sorrise e con il bastone diede due colpetti a terra.

Toc, toc.

– E allora non venite a salutare vostro nonno, eh? – ruggì.

Aveva una voce da domatore di leoni. Adoravo la sua voce. I miei fratelli, che sono più piccoli, corsero ad abbracciare le sue ginocchia. Mia madre mi spinse un po' per fare in modo che anche io mi avvicinassi.

– Molto piacere, nonno – dissi accennando un inchino e arrossendo fino alle orecchie.

Al nonno si arricciarono i baffi e gli scivolarono gli occhiali sul naso.

– Volete stare tranquilli?! – urlò ai miei fratelli.

– Dai, bambini, basta così – disse mia madre.

– Viaggiatori sul treno! – urlò il responsabile della stazione.

– Questa no Alicante? No Alicante? – chiese disperatamente una turista con la cartina al contrario.

– Qui siamo nelle Asturie, A-stu-rie – gli spiegò un signore, urlando per farsi capire.

E gli altoparlanti:

–Treno per Ourense, binario uno.

Destinazione Ourense, binario uno. Su una panchina della stazione un signore molto serio si asciugava gli occhi con un fazzoletto.

– Quello non è il signor Aguado? – chiese mia madre.

—Ese es, en efecto —respondió el abuelo, poniendo ojos tiernos.

—¿Y sigue viniendo?

—Ahí lo tienes, cada domingo. ¿Quieres saludarle?

No, ya le veré en el hotel. No le vamos a molestar ahora que llega el tren de Orense.

El señor Aguado levantó un poco la cabeza, pero estaba tan ensimismado, con la vista perdida en las vías, que ni nos vio. Y eso que era difícil no vernos.

El abuelo Aquilino caminaba echando la espalda un poco hacia atrás y levantando el mentón. El viento le agitaba sus bigotes de morsa. Mis hermanos corrían dando voces y mi madre y yo arrastrábamos las maletas. De este modo, salimos de la estación, nos subimos al coche del abuelo, que era un Triumph Mayflower del 59, abombado y con poco espacio pero muy bonito, y así, apretados y ruidosos, llegamos al hotel.

– In effetti, sì – rispose il nonno con degli occhi teneri.

– Viene ancora?

– Tutte le domeniche. Vuoi salutarlo?

No, lo vedrò in hotel. Non disturbiamolo adesso che arriva il treno per Ourense.

Il signor Aguado alzò leggermente la testa, ma era talmente assorto, con lo sguardo perso tra binari, che non ci vide nemmeno. E sì che era difficile non vederci.

Il nonno Aquilino camminava sporgendo la schiena un po' all'indietro e con il mento all'insù. Il vento muoveva i suoi baffi da trichoco. I miei fratelli correvano e strillavano mentre io e mia madre trascinavamo le valige. In queste condizioni, uscimmo dalla stazione, salimmo in macchina del nonno, una Triumph Mayflower del 59, bombata e angusta però molto bella, e così, appiccicati e chiassosi, arrivammo all'hotel.

2. El hotel

POR LA VENTANILLA DEL MAYFLOWER corrían los paisajes, y eran de un verde tan intenso que ponían de buen humor. Nos hacían olvidar por qué habíamos venido a vivir al hotel. El sol iluminaba aquellos prados y las ramitas y las hojas hasta hacerlas fosforecer. En medio de aquel resplandor, estaba el pueblo. Y en medio del pueblo, frente a la casa del ayuntamiento, el hotel: un gran edificio de piedra, de dos alturas, con corredores de madera, que pertenecía a mi abuelo. No había cartel ni placa que lo anunciara, pero todos en el pueblo sabían que aquella casona era EL HOTEL. Y sus habitantes –seis mujeres y tres hombres más el abuelo, sin contar a los huéspedes– eran *los del hotel*, a los que nos sumábamos ahora mi madre, mis dos hermanos y yo.

Las seis mujeres y los tres hombres eran todos hijos del abuelo, o sea, hermanos de mi madre, o sea, mis tíos, que sí, eran muchos y todos alegres y bochincheros.

Además de la familia, en el hotel vivían cinco inquilinos fijos y los pasajeros.

Una marabunta.

El abuelo frenó en seco y todos, maletas incluidas, caímos un poco hacia delante. Él se subió las gafas de pinza, que habían resbalado hasta la punta de la nariz, y nos sonrió bajo el bigote de aúpa.

Bienvenidos a Jauja! – dijo.

Lo de *Jauja* era una forma de hablar. Jauja es una provincia de Perú, pero también un país mitológico donde no hace falta trabajar para vivir. Y en el hotel, con tanto inquilino, sí que hacía falta, ya lo verás.

Salimos del coche y allí estaban todos esperándonos, frente a la casona, muy tiesos, como si fueran los empleados de un gran castillo recibiendo a sus nuevos dueños. Sonreían e inclinaban la cabeza a nuestro paso.

El abuelo iba presentando:

–Servando, Jacinta, Amalia, Rosa, Manolo, Azucena, Violeta, Florencio, Juanita... Y el perro Nicanor.

–Si no hay ninguno perro -protestó mi hermano mediano.

–¡Eso lo dices porque no lo ves! - gruñó el abuelo y torció sus bigotes como si no le hubiera gustado que le llevaran la contraria.

2. L'hotel

DAL FINESTRINO DEL MAYFLOWER scorrevano i paesaggi, di un verde talmente intenso che mettevano di buon umore. Ci facevano dimenticare il motivo per il quale eravamo venuti a vivere nell'hotel. Il sole illuminava i campi, i rami e le foglie fino a farle diventare fosforescenti. In mezzo a quel bagliore si trovava il paese. E in centro, di fronte al municipio, l'hotel: un grande edificio di pietra su due livelli, con i corridoi in legno, che apparteneva a mio nonno. Non c'era nessun tipo di cartello o di targa che lo annunciasse, ma tutti in paese sapevano che quella grande casa era L'HOTEL. E i suoi abitanti – sei donne e tre uomini più il nonno, senza contare i clienti – erano *quelli dell'hotel*, ai quali ora ci aggiungevamo io, mia madre e i miei due fratelli.

Le sei donne e i tre uomini erano tutti figli del nonno, ovvero fratelli di mia madre, ovvero miei zii, che sì, erano tanti e tutti allegri e confusionari.

Oltre alla famiglia, nell'hotel vivevano cinque inquilini fissi ed altri di passaggio.

Una folla.

Il nonno frenò bruscamente e tutti, bagagli inclusi, cademmo in avanti. Lui si sistemò gli occhiali stringinaso, che gli erano scivolati fin giù sulla punta, e ci fece un sorrisone sotto ai baffi.

Benvenuti a Jauja! – disse.

Jauja si riferiva a un modo di dire. Jauja è una provincia del Perù ma anche un paese mitologico dove non c'è bisogno di lavorare per vivere. E nell'hotel, con così tanti inquilini, sì che ce n'era bisogno, vedrete.

Uscimmo dall'auto e ci stavano aspettando lì di fronte all'edificio. Erano tutti molto tesi, come se fossero i dipendenti di un grande castello in attesa di ricevere i loro nuovi padroni. Sorridevano e inclinavano la testa al nostro passaggio.

Il nonno ce li presentò:

– Servando, Jacinta, Amalia, Rosa, Manolo, Azucena, Violeta, Florencio, Juanita... e il cane Nicanor.

– Ma se non c'è nessun cane – protestò mio fratello di mezzo.

– Lo dici solo perché non lo vedi! – brontolò il nonno storcendosi i baffi, come se non gli fosse piaciuto l'essere stato contraddetto.

Mis hermanos y yo dimos una vuelta en redondo, sobre las punteras de los pies, por ver si veíamos al perro Nicanor. A mí se me levantó el vestido como un paraguas y luego se enrolló entre mis piernas, y eso me gustó. Giré para que volviera a ocurrir y seguí girando, aunque no hubiera ni rastro de Nicanor.

Todos me miraron estupefactos, y entonces me detuve en seco y me sonrojé.

La tía Juanita, que era la más pequeña de todas las tías, nos chistó. Nos acercamos con disimulo, mirando de reojo al abuelo. Ella nos dijo:

—Al perro Nicanor lo atropelló un coche hace un año, pero él hace como si no lo supiera. Miré al abuelo Aquilino, tan grave e imponente que parecía mentira que se hiciera el tonto con esas cosas tan serias.

De pronto, Azucena dio unas sonoras palmadas.

—¡Todos a sus puestos! -gritó-. Que viene mamá Leo.

Los nueve tíos desaparecieron en el interior de la casa. Creo que algunos entraron hasta por las ventanas. De ellos solo quedó el polvo de la carretera.

Mis hermanos y yo nos giramos y vimos a una señora mayor envuelta en pieles, con el pelo ahuecado y los labios pintados de un rojo vivo que formaban un diminuto corazón. Llevaba varias bolsas y unos tacones que le hacían tambalear los tobillos sobre la gravilla.

—¿Qué le ha parecido Estocolmo, doña Leonor? -preguntó el abuelo muy educadamente.

—Oh, hace un frío de mil demonios —contestó ella envolviéndose en su abrigo de pieles, y eso que hacía sol-. No vuelvo a bajarme en este puerto.

La vimos entrar en el hotel. El abuelo la miró complacido, con una leve sonrisa en los labios. Después nos informó:

—Leonor Abella, nuestra inquilina de mayor edad.

Lleva con nosotros diez años, desde que enviudó.

Nunca tuvo una buena vida, la pobre. Creo que hemos conseguido que sea un poquito más feliz.

Mis hermanos y yo asentimos sin entender nada.

Luego, el abuelo nos llevó adentro y nos enseñó el comedor, la cocina y nuestras habitaciones. El ala izquierda era la de los inquilinos; la derecha, la nuestra.

Io e i miei fratelli piroettammo in punta di piedi per vedere se vedevamo il cane Nicanor. Il mio vestito si aprì come un ombrello e poi avvolse le mie gambe, questo mi piacque. Girai ancora per fare in modo che succedesse di nuovo e continuai a girare, anche se di Nicanor non c'era traccia.

Tutti mi guardavano stupefatti, e quindi mi fermai di colpo e arrossii.

La zia Juanita, la più piccola delle zie, richiamò la nostra attenzione. Ci avvicinammo con disinvoltura, guardando il nonno con la coda dell'occhio. Lei ci disse:

– Il cane Nicanor venne investito da un'auto l'anno scorso, ma lui si comporta come se non lo sapesse.

Guardai il nonno Aquilino, talmente severo ed imponente che sembrava impossibile che facesse il finto tonto su cose così serie.

All'improvviso, Azucena batté le mani con forza.

– Tutti ai loro posti! – gridò – che arriva mamma Leo.

I nove zii sparirono dentro casa. Credo che alcuni di loro entrarono addirittura dalle finestre. Di loro rimase solo la polvere sulla strada.

Io ed i miei fratelli ci girammo e vedemmo una signora anziana avvolta in una pelliccia, con i capelli voluminosi e le labbra colorate di un rosso vivo che formavano un piccolo cuore. Aveva varie borse e dei tacchi che le facevano traballare le caviglie sulla ghiaia.

– Come le è sembrata Stoccolma, signora Leonora? – chiese il nonno molto educatamente.

– Oh, fa un freddo cane – rispose lei avvolgendosi nella pelliccia, e pensa che c'era anche il sole –. Non scenderò mai più in questo porto.

La vedemmo entrare nell'hotel. Il nonno la guardò compiaciuto, con un lieve sorriso sulle labbra.

Poi ci disse:

– Leonor Abella, la nostra inquilina più anziana. È qui con noi da dieci anni, da quando è vedova.

La poveretta non ha mai avuto una bella vita. Credo però che siamo riusciti a renderla un po' più felice.

Io ed i miei fratelli annuimmo senza capire nulla.

Poi il nonno ci portò dentro e ci mostrò la sala da pranzo, la cucina e le nostre camere.

L'ala sinistra era riservata agli inquilini; quella destra era la nostra.

El comedor se compartía. Y la cocina era el reino de los tíos, al que todos acudían, huéspedes incluidos, para charlar y montar sus jaranas.

—En el fondo somos una gran familia —nos aclaró el tío Manolo antes de arrancarse a cantar:

Siga el panderu tocando, siga el tambor.

*Ahora sale a bailar un amigu que yo tengo
y por eso voy a dar
un golpe más al panderu...*

Y todas las tías y Servando y Florencio se pusieron a sacar ritmos a las sartenes y a las mesas. Al abuelo, aquello no le pareció mal. —Menuda bienvenida, ¡eh! —dijo.

Y sonrió satisfecho.

La sala da pranzo era condivisa. E la cucina era il regno degli zii, dove tutti si recavano, ospiti inclusi, per chiacchierare e fare festa.

– In fondo siamo una grande famiglia – ci spiegò lo zio Manolo prima di mettersi a cantare:

Che il pandero continui a suonare, continui il tamburo.

Ora un mio amico si mette a ballare

E per questo darò

Un altro colpo al pandero...

E tutte le zie e Servando e Florencio si misero a dare il ritmo sbattendo padelle e le mani sui tavoli.

Al nonno tutto ciò non sembrò male. – Che razza di benvenuto, eh! – esclamò.

E sorrise soddisfatto.

3. Los inquilinos

ADEMÁS DE LEONOR ABELLA, había un notario, un forense y una pareja de Canadá. Todos huéspedes fijos. Llevaban muchos años con ellos y mi madre ya los conocía.

El notario resultó ser el señor Aguado, aquel hombre que se secaba los ojos con un pañuelo en la estación. Cuando le dijeron que aquella mujer tan guapa, morena y alta, acompañada de tres niños, era Lali, o sea, mi madre, o sea, la cuarta hija del abuelo Aquilino, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Pero qué guapa estás -dijo. Y no dijo más, pero se le veía emocionado con el encuentro. Era un hombre serio, callado y formal que cogió la buena costumbre de darnos la paga a los niños del hotel. Cada domingo, nos llamaba a su cuarto, donde tenía preparadas las monedas en montoncitos, más altos a mayor edad, y nos los iba repartiendo muy solemne, sin quitarse el traje ni la pelliza que llevaba en invierno.

El forense, al que que llamaban Currito, era un andaluz destinado en Asturias que echaba de menos el sol, el gazpacho y las zetas de algunas palabras. Siempre que podía, se colaba en la cocina y discutía con el tío Manolo sobre el cantar.

—¡Que *laz tonadaz* que aquí *tenéiz* no tienen el alma del *cante jondo!* -gritaba poniéndose colorado, y era la única vez que se le oía gritar-. ¡A ver cuándo me dan el trazlado a mi tierra, *ozú*!

Y el tío Manolo:

—¡Más alma que la del *mineru* y la de la *vaqueira nun* la hay! Y hacían un duelo de cantes que alborotaba a las aves y al señor Aguado, y sobre todo a los canadienses. A Leonor Abella, a la que todos llamaban doña Leonor cuando se dirigían a ella y mamá Leo si no estaba presente, le traían sin cuidado las canciones de la cocina. Ella estaba a sus cosas. Se arreglaba muchísimo y a veces gritaba:

—¡En este puerto sí que bajo!

Y se iba.

Los canadienses eran un poco un misterio. Nadie sabía por qué habían acabado en aquel pueblecito de Asturias ni qué hacían allí. Amables sí que eran, y hablaban inglés y francés con mucha corrección.

3. Gli inquilini

OLTRE A LEONOR ABELLA, c’erano un notaio, un forense ed una coppia di canadesi. Loro erano ospiti fissi. Erano lì da molti anni e mia madre già li conosceva.

Il notaio risultò essere il signor Aguado, quell’uomo che si asciugava gli occhi alla stazione. Quando gli dissero che quella donna così bella, alta e mora, accompagnata da tre bambini, era Lali, ovvero mio madre, ovvero la quarta figlia del nonno Aquilino, gli si riempirono gli occhi di lacrime.

–Ma quanto sei bella – disse. Non aggiunse altro, ma si vedeva che l’incontro l’aveva emozionato. Era un uomo serio, tranquillo e formale che prese la buona abitudine di dare la paghetta a noi bambini dell’hotel. Ogni domenica ci faceva andare nella sua camera, dove preparava le monete divise in mucchietti di diversa altezza in base alla nostra età e ce li distribuiva in modo molto formale, con indosso il vestito e il montone in inverno.

Il forense, che chiamavano Currito, era un andaluso che era stato trasferito nelle Asturie, a cui mancavano il sole, il gazpacho e le zeta di alcune parole. Ogni volta che poteva, si intrufolava in cucina per parlare di musica con lo zio Manolo.

– Le canzoni asturiane non hanno lo spirito del cante jondo! – urlava, diventando tutto rosso. Era l’unica occasione in cui lo si sentiva urlare –. Ma quando mi ridaranno il trasferimento nella mia terra, perdio!

E lo zio Manolo:

–Non c’è nessuno che abbia più spirito dei minatori e dei pastori! E facevano un duello di canto che inquietava gli uccelli, il signor Aguado e soprattutto i canadesi. Leonor Abella, chiamata signora Leonora quando le veniva rivolta la parola direttamente e mamma Leo quando invece non era presente, non faceva molto caso alle canzoni che arrivavano dalla cucina. Lei aveva le sue cose da fare. Si prendeva moltissima cura di sé e ogni tanto strillava:

–In questo porto sì che scendo!

E se ne andava.

I canadesi erano un po’ un mistero. Nessuno sapeva né il motivo per il quale fossero finiti in quel paesino delle Asturie né cosa facessero lì. Però erano decisamente simpatici, e parlavano correttamente inglese e francese.

El español lo llevaban regular, pero con la mímica nos entendíamos bien. Lo malo era cuando sonaba el teléfono y contestaban ellos.

invece era regolare, ma con l'aiuto dei gesti riuscivamo a capirci bene. Il problema si presentava quando suonava il telefono e loro rispondevano.

Nadie sabe por qué, cuando el timbre rompía el silencio de la casa, los canadienses respingaban en sus sillas y de un salto levantaban el auricular, ansiosos de responder. No había manera de entender sus recados.

—Llamó el ahogado para los pasteles de la merienda —decían.

Y era el abogado para los papeles de hacienda.

O:

—La de la acacia, que se ha perdido.

Y era la de la farmacia, que tenía ya el pedido. Un desastre.

Al principio, mis hermanos y yo nos mirábamos pasmados, pero luego nos acostumbramos.

Mi madre lo veía de lo más natural. Ella había crecido en el hotel.

A veces me habría gustado poder compartir todo aquello con mi padre. Entonces me sentaba en el porche y miraba la lluvia o el sol y a los habitantes del pueblo que cruzaban la plaza, y hablaba con mi padre como si estuviera delante.

Un día, el abuelo me pilló.

—¿Qué haces hablando sola, nena? —me preguntó entornando los ojos negros, que todos habíamos heredado, detrás del cristal de sus gafas de pinza.

Yo me puse roja como una manzana y paseé los ojos por los charcos de la lluvia. Al fin dije:

—Estoy hablando con el perro Nicanor, abuelo. ¿O es que no lo ves?

Y fue él quien se puso colorado. Carraspeó un poco antes de decir:

—A ver si crees tú que los perros entienden a los humanos.

Y se marchó golpeteando el suelo con el bastón, muy estirado.

Nessuno sa perché, ma quando il suono del telefono rompeva il silenzio della casa, i canadesi sobbalzavano sulle loro sedie e alzavano la cornetta di scatto, ansiosi di rispondere. Non c'era maniera di capire cosa venisse detto loro al telefono.

–Era l'affogato per l'alimentazione della merenda – dicevano.

E invece era l'avvocato per la documentazione dell'azienda.

Oppure:

–L'apprendista, che lavora alla locanda.

Ed era la farmacista che aveva già preso la comanda. Un disastro.

Inizialmente, io ed i miei fratelli ci guardavamo esterrefatti, ma poi ci abituammo.

Per mia madre era assolutamente normale. Lei era cresciuta nell'hotel.

Ogni tanto mi sarebbe piaciuto condividere tutto ciò con mio padre. E allora mi sedevo sul portico a guardare la pioggia o il sole e agli abitanti del paese che attraversavano la piazza, e parlavo con mio padre come se si trovasse davanti a me.

Un giorno il nonno mi vide.

–Cosa fai piccola, parli da sola? – mi chiese strizzando quegli occhi neri che tutti noi avevamo ereditato, dietro al vetro delle sue lenti.

Io diventai rossa come un peperone e scostai lo sguardo sulle pozze d'acqua. Alla fine dissi:

–Sto parlando con il cane Nicanore, nonno. Non lo vedi?

A quel punto fu lui ad arrossire. Si schiari la voce e disse:

–Non crederai mica che i cani capiscano gli umani!

E se ne andò irrigidito, dando colpi a terra con il bastone.

4. Los domingos

DE TODAS LAS TÍAS, Azucena era la que más mandaba y la más bromista. Tenía la costumbre de ponerse una gorra de capitán y darnos órdenes. Si no localizaba la gorra, podías encontrarla con cualquier cosa en la cabeza: la cáscara de un coco, un zapato, lo que fuera. Ella nos seguía organizando, sin inmutarse, llevaba lo que llevara en la cabeza, tan circunspecta como el abuelo Aquilino.

Pero después la oías reírse en la cocina.

El domingo era el día que comíamos todos jun-tos, inquilinos incluidos, en el comedor. Mis hermanos y yo nos encargábamos de poner una mesa muy larga. Mamá Leo llegaba siempre cuando estábamos todos sentados, vestida de gala, y saludaba a diestro y siniestro con mucha coquetería. Yo pensaba que tendría cien años, pero tenía setenta y muchos, que aunque parezca lo mismo, no lo es. Hay una tía Jacinta entera de diferencia o tres Palomas, y no me refiero a los pájaros, sino a niñas como yo lo era entonces.

—¡Paloma, vete a buscar a Juanita y dile que venga a comer! —me ordenó la tía Azucena. Y fui. La encontré, como cada domingo, leyendo una carta que estaba casi rota por las dobleces de tanto plegarla y desplegarla. Con mucha parsimonia, la volvió a doblar y se la guardó en el bolsillo, poniendo ojos de enamorada.

—Me ha escrito Faustino —me dijo, y sonreía. Todos los domingos leía la misma carta y ponía los mismos ojos y decía las mismas palabras. Las tías y los tíos se hacían siempre los nuevos.

—De verdad que te ha escrito? —preguntaban.

—Pues no estarás contenta ni nada. —Ay, Juanita, Juanita, qué te querrá ese Faustino... La tía Juanita se reía encantada y así empezaban las comidas.

Los canadienses, que no se enteraban de nada, sonreían todo el rato. A veces Juanita les explicaba, agitando el papel en la mano:

—Carta de Faustino. Fa-us-ti-no.

Ellos asentían muy contentos:

—Tarta de langostino, sí, sí. Lan-gos-ti-no.

Y se quedaban tan anchos.

4. Le domeniche

TRA TUTTE LE ZIE, Azucena era la più autoritaria e la più scherzosa. Aveva l'abitudine di mettersi un cappello da capitano e darci ordini. Se non trovava il cappello, era capace di mettersi qualsiasi cosa sulla testa: il guscio di un cocco, una scarpa, qualsiasi cosa.

Lei ci organizzava, impassibile, qualsiasi cosa avesse in testa, tanto attenta quanto il nonno Aquilino.

Poi però la si sentiva ridere in cucina.

La domenica era il giorno in cui pranzavamo tutti insieme, inquilini inclusi, nella sala da pranzo. Io e i miei fratelli ci occupavamo di preparare una grande tavola. Mamma Leo arrivava sempre quando eravamo già tutti seduti, vestita da gala, salutando a destra e a manca in modo civettuolo. Io pensavo che avesse cent'anni, invece ne aveva settanta e qualcosa, e anche se sembra la stessa cosa, non lo è. C'è una zia Jacinta di differenza, oppure tre Palome, e non mi riferisco agli uccelli ma a bambine come ero io all'epoca.

—Paloma, vai a cercare Juanita e dille di venire a mangiare! —mi ordinò la zia Azucena.
E io andai. La trovai che leggeva, come ogni domenica, una lettera ormai quasi consumata, stropicciata, da tanto piegarla e spiegarla. Con molta attenzione, la ripiegò e se la mise in tasca con gli occhi innamorati.

—Mi ha scritto Faustino — mi disse, sorridendo. Tutte le domeniche leggeva la stessa lettera, aveva lo stesso sguardo da innamorata e diceva le stesse cose. Le zie e gli zii facevano sempre finta di niente.

—Davvero ti ha scritto? —domandavano.

—Quanto sarai contenta! —Ahi, Giovannina, Giovannina, quanto ti amerà questo Faustino... la zia Giacinta rideva contenta e così cominciava il pranzo.

I canadesi, che non capivano niente, sorridevano di continuo. Ogni tanto Giovannina, sventolando la lettera con la mano, spiegava loro:

—Lettera da Faustino. Fau-sti-no.

Loro annuivano contenti:

—Pastiera al croccantino, sì, sì. Croc-can-ti-no.

Ed erano soddisfatti di loro stessi.

Los domingos, el abuelo sacaba la botella de vino, y al tío Manolo y a Currito el forense les salían colores. Entonces se ponían a discutir sobre música y, al final, acababan retándose a voz en grito.

Entonaba el tío Manolo:

*Que no hay tres sino hay dos,
que no hay dos sino hay una,
es la jotina asturiana
lo más hermoso de la tierrina.

A mí me gusta lo blanco,
viva lo blanco,
muera lo negro
que lo negro es cosa triste,
yo soy alegre, yo no lo quiero.*

Y seguía Currito por alegrías:

*Donde se cría el salero
viva Cádiz, viva El Puerto
y la Isla de San Fernando,
Chiclana y el Trocadero.*

A veces, las tías se levantaban y bailaban. Pero solo la tía Rosa sabía bailar flamenco; las demás daban saltos y hacían pitos con los dedos, levantando los brazos y lo llamaban el *chiringüelo*. A mis hermanos y a mí, al principio, nos daba vergüenza bailar, pero después ya no, y mientras recogíamos la mesa, íbamos dando brincos y moviendo las caderas: *que la sal del mundo tienes y nun la meneas nadaaa...*

El abuelo Aquilino nos gritaba:

—¡Cuidado con Nicanor! ¡A ver si vais a pisar al perro!

Y todos hacíamos como que lo esquivábamos. Guardábamos las sobras para Nicanor y luego se las echábamos a las gallinas de los vecinos.

Ogni domenica, il nonno tirava fuori una bottiglia di vino, e allo zio Manolo e a Currito, il forense, si coloravano le gote di rosso. Quindi si mettevano a parlare di musica e, alla fine, terminavano sfidandosi tra voci e grida.

Lo zio Manolo intonava:

*Che non ce ne sono tre, ma due,
che non ce ne sono due, ma una,
questa è la danza asturiana,
la cosa più bella del mondo.

A me piace il bianco,
viva il bianco,
muoia il nero,
che il nero è cosa triste,
io sono allegro, io non lo voglio.*

E continuava Currito giosamente:

*Dove cresce lo spirito,
viva Cadice, viva Il Porto
e l'Isola di San Fernando,
Chiclana e il Trocadero.*

Capitava che le zie si alzassero per ballare. Solo la zia Rosa però sapeva ballare il flamenco; le altre saltellavano e schioccavano le dita alzando le braccia, lo chiamavano il chiringuelo. Io e i miei fratelli all'inizio ci vergognavamo a ballare, poi ci passò, e mentre sparecchiavamo la tavola balicchiavamo muovendo i fianchi: *che il sale della terra ti appartiene e non ti scuotii...*

Il nonno Aquilino ci urlava:

–Attenti a Nicanore! Va a finire che calpestate il cane!

E tutti fingevamo di schivarlo. Tenevamo gli avanzi per Nicanore e poi li davamo alle galline dei vicini.

Cuando ya estaba recogido el comedor, el señor Aguado, el notario, se levantaba muy ceremonioso. Nos miraba con los ojos graves y hondos, un poco de salmonete, uno de ellos detrás de un monóculo que brillaba como una moneda, y cabeceaba asintiendo entre satisfecho y melancólico. En el bolsillo de su chaqueta se veían los picos de su pañuelo escrupulosamente doblado. Después, desaparecía con su paso de notario, lento y solemne, y se iba en motocicleta a la estación a ver marchar el tren con destino a Orense.

-¿Por qué el de Orense? -pregunté yo en una ocasión.

—*Coses* de notario —respondió la tía Amalia.

Y se arrancó a bailar una jota asturiana.

Quando la sala da pranzo era tutta sistemata, il signor Aguado, il notaio, si alzava in modo molto ceremonioso. Ci guardava con gli occhi seri e profondi, languidi; dietro al monocolo, uno brillava come una moneta incerto se esprimere soddisfazione o malinconia. Nella tasca della giacca si vedevano le punte del fazzoletto scrupolosamente piegato. E poi spariva col suo passo da notaio, lento e solenne, se ne andava in motocicletta alla stazione per veder partire il treno per Ourense.

– Perchè quello per Ourense? – domandai io in un’occasione.

– Cose da notaio – rispose la zia Amalia.

E si mise a ballare una danza asturiana.

5. Un ángel y tres fantasmas

CON TANTA FIESTA y tantos tíos, creerás que era difícil encontrar tiempo para estar triste. Pero a mí ese tiempo no me faltaba. A veces, cuando atardecía y se ponía a llover llevándose los paisajes y las luces, yo me sentaba en las escaleras del hotel y pensaba en mi padre. O mientras me balanceaba en los columpios oxidados del patio trasero y el viento me entrecerraba los ojos. O cuando apretaba la nariz contra el cristal y dejaba vagar la vista sobre el horizonte verde y nuboso. Y en cualquier momento. Porque a veces llegaba la imagen de mi padre sin previo aviso, como un rayo que me atravesaba y me dejaba suspensa, pensando que iba a entrar de un momento a otro por aquella puerta, la del hotel, y que diría alegremente: —Por culpa de esta maldita lluvia he tardado tanto. Pero no llegaba. Había días que miraba con tanta fijeza la puerta de la casa que todos, incluida mamá Leo, se volvían hacia ella y se hacía un silencio de ángel, como decía el abuelo Aquilino. Y había entonces un aire soplándome las mejillas, semejante a una presencia etérea y afable. Yo sentía pena y también una dicha secreta porque notaba que, de algún modo, mi padre estaba conmigo y que era ese ángel del que hablaba el abuelo. Mis hermanos parecían haberlo olvidado, pero es que eran pequeños. Además del ángel que era mi padre, el hotel tenía tres fantasmas. Se les oía ulular por las noches y crujían sus pisadas en los tablones de madera. Eran la abuela y los bisabuelos. Eso decía el tío Servando, que era el mayor de todos y que parecía muy juicioso, con un bigote que no le llegaba ni a la altura del tobillo al del abuelo Aquilino, pero que lo intentaba. -Todos murieron entre estas paredes -decía, tratando de que no se le escapara la risa por algún motivo que yo desconocía-. Y como fueron aquí tan felices, aquí se quedaron, *neña*. Pero *nun* debes tenerles miedo, que son de la familia. Y cuando se encontraban los calcetines desparejados o se multiplicaban los cepillos de dientes o desaparecían la botella de vino y los pasteles de la cena, el tío Servando decía: -¡Otra vez los bisabuelos! Y ponía los ojos en blanco y suspiraba con resignación ante las tenaces jugarretas de los fantasmas.

Así que el hotel estaba lleno de vivos, y también de muertos, y todos éramos una gran familia.

Entonces empezó el colegio.

5. Un angelo e tre fantasmi

Con tutte queste feste e tutti questi zii ti verrà da pensare che fosse difficile trovare il tempo per essere triste. A me però questo tempo non mancava. A volte, quando l'imbrunire e la pioggia si portavano via i paesaggi e le luci, io mi sedeva sulle scale dell'hotel e pensavo a mio padre. O mentre mi dondolavo sull'altalena ossidata del giardino sul retro ed il vento mi imponeva di socchiudere gli occhi. O quando premevo il naso contro il vetro e lasciavo vagare lo sguardo sull'orizzonte verde e nuvoloso. E in qualsiasi altro momento. Perché a volte l'immagine di mio padre arrivava senza previo avviso, come un raggio che mi attraversava e mi lasciava sospesa, facendomi credere che sarebbe entrato da un momento all'altro da quella porta, quella dell'hotel, e che avrebbe detto allegramente: —Ho fatto così tardi a causa di questa maledetta pioggia. Però non arrivava. C'erano giorni in cui guardavo così intensamente la porta della casa che tutti, inclusa mamma Leo, si voltano verso di essa e si creava un silenzio angelico, come diceva il nonno Aquilino. E in quei momenti sentivo dell'aria soffiare sulle mie guance, simile ad una presenza eterea ed amichevole. Io provavo dispiacere ma anche una felicità segreta perché notavo che, in qualche modo, mio padre era lì con me ed era quell'angelo di cui parlava il nonno. Sembrava che i miei fratelli l'avessero dimenticato, ma in effetti loro erano piccoli. Oltre all'angelo, che era mio padre, nell'hotel vivevano anche tre fantasmi. Li si sentiva ululare la notte e i loro passi facevano scricchiolare le assi di legno. Erano la nonna e i bisnonni. Questo era quello che diceva lo zio Servando, che era il maggiore e che sembrava molto saggio. Portava i baffi e provava a farli crescere lunghi quanto quelli del nonno, ma non ci riusciva. —Tutti morirono tra queste mura — diceva, cercando di trattenere la risata per qualche motivo che io non conoscevo —. E siccome furono tanto felici, si fermarono qui, piccola. Però non devi aver paura di loro, sono di famiglia. E quando si trovavano dei calzini spaiati o si moltiplicavano gli spazzolini da denti o sparivano bottiglie di vino e piatti della cena, lo zio Servando diceva: — Di nuovo i bisnonni! E alzava gli occhi al cielo sospirando con rassegnazione davanti all'insistenza dei brutti scherzi dei fantasmi.

Quindi l'hotel era pieno di vivi ed anche di morti, e tutti eravamo una grande famiglia. Nel frattempo, cominciò la scuola.

Mis hermanos y yo íbamos de la mano y nos mojábamos, porque casi siempre llovía. A veces llevábamos un paraguas y el viento lo empujaba tanto para arriba que parecía que íbamos a volar. Eso me gustaba; también los charcos que se formaban en el camino. Si podíamos, nos quedábamos un rato con las botas katuskas enterradas en el barro, viendo los agujeros que formaba la lluvia a nuestro alrededor.

No sé por qué mojarse la cara y que haga viento produce alegría.

En el colegio tuve que presentarme y me puse colorada.

Un día, de regreso a casa, tirando de las manos de mis hermanos, vi que un niño de mi clase nos seguía.

Lo vi más veces, y una tarde me armé de arrojo, puse las manos en jarras y me encaré.

—¡Y a ti qué te pasa!

—Eres del hotel, ¿verdad? preguntó tímidamente.

Y entonces, de no sé dónde, salió una mujer muy grande, con las mejillas coloradas, el pelo corto y la cara cuadrada, como una pizarra. Llevaba un sobretodo azul y sus hombros y su pecho abarcaban todo el horizonte al que llegaban mis ojos.

—Pues claro que *ye* del hotel. No hay más que ver esos ojos negros —dijo con una voz gruesa y bien sonora.

Después le dio tal palmada al niño que casi sale volando.

—Tú *yes la fia* de Lali, ¿verdad, *neña*? Y estos, los tus hermanos.

Asentí tímidamente porque aquella señora daba mucho respeto.

—Pues dale recuerdos a la tu madre de parte de María, la farmacéutica, la de los botes.

Y dile que se acerque a *haceme* una visitina, ho.

—Sí, señora.

—No me llames señora, que voy *date*. *Prefieru* que me llames gorda a que me llames señora. ¡Vamos, Goyo, a la farmacia!

Y, agarrando de la mano al chico, desapareció por el camino embarrado. El niño, antes de echar a volar, me dedicó una sonrisa.

Io e i miei fratelli ci andavamo tenendoci per mano e ci bagnavamo, perché pioveva quasi sempre. A volte ci portavamo un ombrello e il vento lo spingeva talmente tanto in alto che sembrava potessimo prendere il volo. Mi piaceva; così come le pozzanghere che si formavano lungo la strada. Se avevamo tempo, ci fermavamo qualche minuto con gli stivali di gomma immersi nel fango, guardando i buchetti che formava la pioggia attorno a noi.

Chissà perché la pioggia sul viso e il soffio del vento producono allegria.

A scuola dovetti presentarmi e arrossii.

Un giorno, tornando a casa da scuola, tirando mio fratello per le mani, vidi un bambino della mia classe che ci seguiva.

Mi capitò di vederlo più volte, così un pomeriggio mi feci coraggio, misi le mani sui fianchi e lo affrontai:

—Qual è il tuo problema?

—Sei dell’hotel, vero? Chiese timidamente.

A quel punto uscì da non so dove una donna molto grande, con le guance rosse, i capelli corti e il viso quadrato, come una lavagna. Indossava un impermeabile blu e le sue spalle ed il suo petto coprivano tutto l’orizzonte al quale arrivava il mio sguardo.

—Ma certo che è dell’hotel. Quegli occhi neri sono inconfondibili — disse con voce grossa e sonora.

Poi diede una pacca così forte al bambino che ci mancava poco prendesse il volo.

—Tu sei la figlia di Lali, vero piccola? E questi i tuoi fratelli.

Annuii timidamente perché quella signora mi portava molto rispetto.

—Allora saluta tua madre da parte di Maria, la farmacista, quella dei vasi. E dille che passi a farmi una visita, eh.

—Sì, signora.

—Non chiamarmi signora, che ti strangolo. Preferisco che mi chiami cicciona piuttosto che signora.

Dai, Goyo, andiamo in farmacia!

E, prendendo il bambino per mano, sparì lungo la strada infangata. Il ragazzino, prima di volare via, mi dedicò un sorriso.

No sé por qué, aquella noche, mientras escuchaba el ulular de los fantasmas y sentía el ala de mi padre posarse en la almohada, pensé en aquel chico que se llamaba Goyo. Había algo en él que me gustaba, como si intuyera que iba a ser mi mejor amigo.

Non so perché, quella notte, mentre ascoltavo i fantasmi ululare e sentivo l'ala di mio padre appoggiarsi sul cuscino, pensai a quel bambino di nome Goyo. C'era qualcosa in lui che mi piaceva, avevo la percezione che sarebbe diventato il mio migliore amico.

6. Goyo

GOYO ERA EL HIJO DE LA FARMACÉUTICA, María la de los botes, grande como un armario y bruta y buena como ninguna. De su madre, Goyo solo había heredado la nobleza. Era esmirriado y frágil, y tan pacífico que parecía un pazguato, como decían en el pueblo. Algunos niños del colegio le llamaban tonto del bote, haciendo un juego con su apodo, y él no decía nada. Pero no era tonto, solo que vivía un poco apabullado por su madre. De tanto seguirme a la salida del colegio, nos hicimos amigos. Un día le pregunté: -¿Por qué no te defiendes cuando te llaman esas tonterías? Él se encogió de hombros. -Si tu madre se entera, los pone boca arriba -dijo riéndome. Pero él me miró muy serio. -Eso es precisamente lo que no quiero.

Lo que más me gustaba de Goyo era aquella expresión huraña que achicaba sus ojos marrones o grises, como de lluvia. Era callado y grave, pero se reía cuando encontraba una castaña pilonga, una chapa o un nido de verderón en la horquilla de un árbol. Cogimos la costumbre de pasear en silencio por los alrededores del hotel. A veces nos íbamos a los columpios del patio trasero. Mientras nos balanceábamos, yo le contaba a Goyo sobre las personas tan célebres que vivían en el hotel, y todo era viento y el chirriar de las cadenas de los columpios.

-¿Y Juanita lee siempre la misma carta?

-La misma, como si la hubiera recibido en ese momento.

-¿Y el notario va a ver salir el tren de Orense cada domingo desde hace quince años?

-O veinte.

-¿Y por qué no se monta en el tren?

-No sé. Cosas de notario.

-¡Y el forense y tu tío se matan a canciones.

-Se matan.

-¡Y doña Leonor Abella vive como si estuviera en un barco!

6. Goyo

GOYO ERA IL FIGLIO DELLA FARMACISTA, Maria, quella dei vasi, grande come un armadio, sempliciotta e buona come nessuna. Goyo aveva ereditato da sua madre solo la nobiltà di sentimenti.

Era rachitico e fragile, così pacifico da sembrare tonto, come dicevano in paese.

Alcuni bambini a scuola lo chiamavano testa di cocci, facendo un gioco di parole tra il suo soprannome e i vasi della farmacia, e lui non diceva niente. In realtà non era tonto, solo che viveva un po' sopraffatto da sua madre. Mi seguì talmente tante volte all'uscita da scuola che alla fine diventammo amici. Un giorno gli chiesi: – Perché non ti difendi quando ti dicono quelle cose? Lui scrollò le spalle. Se tua madre se ne accorge li fa nuovi – dissi ridendo. Lui però mi guardò molto serio. – Questo è esattamente quello che non voglio.

Ciò che preferivo di Goyo era quella sua espressione schiva e quei suoi occhi socchiusi, marroni o grigi, del color della pioggia. Era calmo e serio, però si metteva a ridere quando trovava una castagna secca, un tappo o un nido sulla forcella di un albero.

Prendemmo l'abitudine di passeggiare in silenzio nei dintorni dell'hotel. Ogni tanto andavamo sulle altalene del giardino sul retro. Mentre ci dondolavamo, raccontavo a Goyo la storia delle persone celebri che vivevano nell'hotel. Si sentiva forte il vento e il cigolio delle catene dell'altalena.

–E Giovannina legge sempre la stessa lettera?

–La stessa, come se l'avesse ricevuta in quel momento.

–E il notaio ogni domenica da ormai quindici anni va a vedere il treno partire per Ourense?

–O venti.

–E perché non sale nel treno?

–Non lo so. Cose da notai.

–E forense e tuo zio si sfidano a suon di canzoni.

–Si uccidono.

–E la signora Leonora Abella vive come se fosse in una barca!

—En un crucero. Y sale a ver los puertos. Un día dice que está en Dublín y al siguiente se baja en Greenock, da una vuelta al pueblo y vuelve soniente, contándonos muchas anécdotas. Ahora está de viaje por los países nórdicos. La vuelve loca el norte.

—¿Y tus tíos le siguen la corriente?

—Se la siguen.

—Ya, lo normal —decía él poniendo la misma cara que si hubiera mordido un limón.

—Y luego están los canadienses, pero a esos no hay quien los entienda —completé—. Y los tres fantasmas.

Del ángel que era mi padre, yo no quería hablar.

A veces veíamos al abuelo Aquilino pasear arriba y abajo de la calle. La curva de su barriga se bamboleaba con su paso festivo. También el airoso bigote se le movía, y daba gusto verle tan imponente y señorial. En alguna ocasión le oímos decir:

—¡Venga, Nicanor, que te retrasas!

Goyo me miraba desconcertado, y yo tenía que asentir.

—El abuelo Aquilino también tiene lo suyo.

Entonces él se reía y me decía:

—Pues no os falta de nada.

Pero sí que nos faltaba, sí. Y un día llegó, se hospedó en el hotel y lo puso todo patas arriba. Menudo lío. Aunque antes te voy a contar el secreto del señor Aguado, que lo descubrimos por aquellos días. El de los canadienses no lo supimos hasta mucho después.

—In una crociera. Ed esce per vedere i porti. Un giorno dice di essere a Dublino e quello dopo scende a Greenock, fa un giro per il paese e torna sorridente, raccontandoci un sacco di aneddoti. Ora è in viaggio nei paesi nordici. Impazzisce per il nord.

—E i tuoi zii stanno al gioco?

—Sì.

—Già, normale — diceva lui facendo la stessa espressione che avrebbe fatto se avesse morso un limone.

—E poi ci sono i canadesi, ma nessuno li capisce — aggiunsi. E i tre fantasmi.

Dell'angelo, che era mio padre, non mi andava di parlare.

A volte vedevamo il nonno Aquilino passeggiare avanti e indietro per la strada. La curva della sua pancia si ballonzolava con il suo passo rilassato. Anche i suoi baffi briosi si muovevano. Era bello vederlo così imponente e signorile. In qualche occasione lo sentimmo dire:

—Dai Nicanore, perché rallenti!

Goyo mi guardava sconcertato ed io non potevo fare altro che annuire.

—Anche il nonno Aquilino ha le sue manie.

A quel punto si mise a ridere e mi disse:

—Non vi manca proprio niente.

Però sì che ci mancava qualcosa. E un giorno arrivò, alloggiò nell'hotel e stravolse ogni cosa. Un grandissimo guaio. Prima però ti racconto il segreto del signor Aguado, che lo scoprì intorno a quei giorni. Quello dei canadesi lo scoprì molto più tardi.

7. El secreto del señor Aguado

OCURRIÓ UN DOMINGO. Ya habíamos acabado de comer y de recoger el salón. Contemplábamos el chisporroteo de la chimenea del comedor, y su calor nos encendía las mejillas. El abuelo Aquilino, sentado en su sillón orejero, roncaba alegremente, levantando las punteras del bigote a cada resoplido. La tía Azucena cabeceaba en el sofá, con una tapa de cazuela en la cabeza cayéndole sobre la frente. También el forense y el tío Manolo se dejaban llevar por el sopor de la tarde, tan juntos en el sofá que parecían hermanos en lugar de rivales. La tía Juanita leía la carta de Faustino muy cerca del fuego y parecía una niña ilusionada. Los canadienses permanecían sentados, con las espaldas bien rectas, alrededor del teléfono, al que miraban fijamente como si así fuera a sonar. Creo que mamá Leo no estaba. Debía andar por algún puerto de Islandia. Mi madre y mis hermanos dormitaban abrazados en el otro sofá. Afuera, lluvia golpeaba las ventanas, y era bonito escuchar su bravata y ver correr los caminos de agua en la oscuridad de los cristales. A lo lejos se oía el zumbido de una motocicleta que venía a unirse a los monótonos ruidos de la tarde y sus fantasmas. La vida domestica y apacible nos envolvía dulcemente.

Y entonces la puerta se abrió de golpe.

La tía Juanita levantó los ojos de la carta y su expresión soñadora se transformó en sorpresa. Y lo mismo la de la tía Azucena, que abrió mucho los párpados debajo de la tapa de cazuela. También los canadienses y mi madre y mis hermanos volvieron la cabeza, asombrados. Y no era para menos.

El que había entrado con aquella vehemencia era el siempre discreto señor Aguado. Su monóculo colgaba de la cadena, balanceándose torpemente, y no llevaba el pañuelo en el bolsillo de la chaqueta. Pero lo que más sorprendía era la expresión de dolor de su rostro. Bajo los chorros de agua que le caían del pelo empapado, sus ojos de salmonete parecían haber envejecido una barbarid y se le veía el desconsuelo hasta en el gesto de las manos. Con paso lento y atribulado, alcanzó el sillón que le correspondía por ser el inquilino más antiguo y se desplomó en él.

—Se acabó. No volveré a la estación. No veré nunca más marcharse el tren de Orense— murmuraba entre gimoteos.

7. Il segreto del signor Aguado

SUCCESSE UNA DOMENICA. Avevamo già finito di pranzare e sparecchiare. Contemplavamo lo sfrigolio del camino della sala da pranzo, e il suo calore ci accendeva le guance. Il nonno Aquilino, seduto sulla sua poltrona a orecchioni, russava allegramente, e le punte dei baffi si alzavano ad ogni respiro. La zia Azucena si assopì sul divano, con il coperchio di una pentola che le cadeva sulla fronte. Anche il forense e lo zio Manolo si lasciavano andare al tepore del pomeriggio, così vicini sul divano da sembrare più fratelli che rivali. La zia Juanita leggeva la lettera di Faustino vicino al fuoco e pareva una bambina emozionata. I canadesi rimanevano seduti, con la schiena ben dritta, vicino al telefono. Lo fissavano tanto intensamente che sembrava pensassero di poter farlo suonare. Mi pare che mamma Leo non ci fosse. Doveva essere stata in qualche porto islandese. Mia madre e i miei fratelli dormivano abbracciati sull'altro divano. Fuori la pioggia colpiva le finestre, era bello ascoltarne la forza e vedere le gocce d'acqua correre nell'oscurità dei vetri. Si sentiva in lontananza il rombare di una moto che si univa ai monotoni rumori del pomeriggio e dei fantasmi. La vita domestica e tranquilla ci avvolgeva dolcemente.

In quel momento la porta si aprì di colpo.

La zia Giovannina staccò gli occhi dalla lettera e la sua espressione da sognatrice si trasformò in sorpresa. Lo stesso accadde con l'espressione di zia Azucena, la quale spalancò le palpebre sotto al coperchio della pentola. Anche i canadesi, mia madre e i miei fratelli si girarono spaventati. E non era cosa da poco.

Era stato il sempre discreto signor Aguado ad entrare con quella veemenza. Il suo monoculo penzolava dalla catena, dondolando goffamente, e non aveva il fazzoletto nel taschino della giacca. Ma la cosa più sconvolgente era l'espressione sofferente del suo viso. Sotto ai fotti d'acqua che gli cadevano dai capelli fradici, i suoi occhi languidi sembravano essere terribilmente invecchiati e si notava il suo sconforto anche solo nei gesti delle sue mani. Con un passo lento e tormentato, raggiunse la poltrona che gli spettava per essere l'inquilino con più anzianità e ci crollò sopra.

—E' finita. Non tornerò più alla stazione. Non guarderò più il treno partire per Ourense — mormorava piagnucolando.

Nos quedamos de piedra.

—Pero, hombre... —trató de calmarle la tía Azucena—, ya será para menos. Algún día irá.

—No y no —repetía desolado.

Con tanto lamento, el abuelo Aquilino se despertó.

—¿Pero qué pasa? ¡¿Qué pasa?! -gritó, aún saliendo del sueño.

Y menuda voz la del abuelo.

—Que el notario no quiere volver a ver la salida del tren de Orense -le explicó la tía Rosa.

—¡Pero, alma de cántaro -exclamó el abuelo levantando ambas manos al cielo-, si llevas haciéndolo veinte años!

—Ya, ya, pero no sigo.

—¿Y qué es lo que ha sucedido, hijo? -preguntó ahora el abuelo con voz tierna.

Daba gusto ver a aquel gigantón tratar de aquella forma tan delicada a sus huéspedes.

El señor Aguado parecía no querer contarla. Se hundió más en el sofá y, con todo lo serio y grave que era, se quedó allí engurruñado y llorando, como un miserable.

No sé por qué yo también me encogí un poco y toqueteé las monedas que aquella misma mañana nos había dado el notario. Entonces él carraspeó como si fuera a desvelar el motivo de su decisión, y todos le rodeamos, incluidos los canadienses.

—Está bien —dijo—. Debo confesaros por qué me gustaba ver marchar el tren de Orense los domingos.

—No es necesario si no quiere, señor Aguado -dijo muy respetuosa la tía Juanita, y todos la miramos con cara de pocos amigos.

—¡Que *ze dezahogue*, hombre, que *ze dezahogue!*! -gritó Currito el forense.

—Eso —le apoyó el tío Manolo-, dejad al notario que hable.

—Hace años, cuando yo era un joven guapo y elegante —aquí volvió a carraspear con humildad—, conocí a una mujer: Marineli. Trabajaba para las líneas ferroviarias.

—¡En el tren de Orense! -gritó uno de mis hermanos, y recibió una colleja.

Rimanemmo tutti di pietra.

—Ma, signor Aguado... —la zia Azucena cercò di calmarlo—, vedrà che passerà. Un giorno ci andrà.

—No e no — ripeteva desolato.

Con tutto quel vociferare, il nonno Aquilino si svegliò.

—Ma che succede? Che succede? — urlò, ancora in dormiveglia.

E che bella voce quella del nonno.

—Che il notaio non vuole più andare a vedere la partenza del treno per Ourense — gli spiegò la zia Rosa.

—Ma non dire stupidaggini — esclamò il nonno alzando le mani al cielo—, se ci vai da vent'anni!

—Sì, sì, ma non vado più.

—E cos'è che è successo oggi, figliolo? — domandò ora il nonno con una voce tenera.

Era bello vedere quel gigante trattare i suoi ospiti in modo così delicato.

Sembrava che il signor Aguado non volesse raccontare nulla. Sprofondò ancora di più sul divano e, tutto grave e serio com'era, se ne rimase lì imbronciato, piangendo come un miserabile.

Non so perché ma anche io mi scoraggiai un po' e giocherellai con le monete che quella stessa mattina ci aveva dato il notaio. Ad un certo punto si schiarì la voce come se stesse per raccontarci il motivo della sua decisione, e tutti lo circondammo, canadesi inclusi.

—Va bene, disse—. Devo confessarvi perché mi piaceva veder partire il treno per Ourense la domenica.

—Non deve farlo se non vuole, signor Aguado — disse rispettosa la zia Giovannina, e tutti la guardammo con un'espressione non molto amica.

—Si sfoghi, signore, si sfoghi! — gridò Currito, il forense.

—Esatto — lo zio Manolo lo appoggiò—, lasciate che il notaio parli.

—Anni fa, quando ero un ragazzo giovane ed elegante — e con umiltà si schiarì di nuovo la voce—, conobbi una donna: Marineli. Lavorava per le linee ferroviarie.

—Nel treno per Ourense! — urlò uno dei miei fratelli, il quale ricevette poi uno scappellotto.

—Aquí, en Asturias —aclaró el señor Aguado—. Bien, Marineli tenía una voz hermosa, hermosísima. Ya sabéis lo que nos gustan las voces hermosísimas a los notarios -y aunque no lo sabíamos, nadie le interrumpió—. El caso es que nos hicimos novios formales. Nos habríamos casado si no hubiera ocurrido aquella desgracia.

—¡En el tren de Orense! —gritó otra vez mi hermano, y recibió otra colleja merecida y más fuerte.

—Marineli enfermó. Ella luchaba por su vida y me decía que no podía dejarme solo, y que por eso no iba a morirse. Pero, al cabo de unos meses, su cuerpo no resistió y ocurrió lo peor. Murió. Y yo no pude soportarlo.

Aquí todos empezamos a llorar. O casi todos, porque los canadienses seguían sonriendo y agitando las cabezas haciendo mucho esfuerzo por comprender.

Yo veía a la tía Juanita que se secaba las lágrimas con el papel de la carta de Faustino, y a la tía Azucena que se escondía bajo su improvisado sombrero para que no viésemos sus ojos emocionados. También al abuelo Aquilino se le humedecieron las pupilas detrás de las gafas de pinza, y al tío Manolo y a Currito les palpitaban las aletas de la nariz al tratar de evitar que se les desbordara el llanto. Mi madre tuvo que secarse las lágrimas, y yo sabía en quién pensaba ella porque yo también pensaba en mi padre. Miré las luces rojas del fuego y la lluvia en los cristales, y luego recorrió el salón en busca del ángel. Por suerte, una ráfaga de aire vino a confirmarme que seguía con nosotros, y pude contener el sofoco de mi corazón. El notario seguía contando su historia con la mirada perdida en los recreos del fuego.

—Murió Marineli sin que nos hubiéramos hecho una foto siquiera. Pero había algo que aún quedaba de ella en este mundo, y eran las grabaciones que había hecho para la compañía ferroviaria con las salidas de los trenes. Sí, su voz hermosa, dulce y un poco amarga, como conteniéndolo todo, sonaba en la estación cada vez que salía un tren. Y allí estaba yo, sentado en un viejo banco, escuchando la voz de Marineli que ya no existía más que en aquella cinta vieja y usada. Pero era ella y, cuando la oía, tenía la sensación de que estaba conmigo. Poco a poco, fueron sustituyendo los trenes y las grabaciones, y solo quedó el tren de Orense de los domingos. Allí estaba Marineli, en el aire de la estación susurrando al viento: *Tren con destino a Orense, vía uno. Destino Orense, vía uno.* Y yo sentía que estaba a mi lado, susurrándome al oído. Pero...

—Qui, nelle Asturie — spiegò il signor Aguado—. Bene, Marineli aveva una voce bella, bellissima. Lo sapete quanto a noi notai piacciono le voci bellissime — ed anche se non lo sapevano, non lo interrompemmo—. Si da il caso che ci fidanzammo ufficialmente. Ci saremmo sposati se non fosse successa quella disgrazia.

—Nel treno per Ourense! —gridò un'altra volta mio fratello, il quale ricevette un altro scappellotto, meritato e più forte.

—Marineli si ammalò. Lottava per rimanere in vita e mi diceva che non poteva lasciarmi da solo e che per questo non sarebbe morta. Ma, nel giro di pochi mesi, il suo corpo non riuscì a resistere e accadde il peggio. Morì. E io non riuscii a sopportarlo.

Qui tutti cominciammo a piangere. O quasi tutti, perché i canadesi continuavano a sorridere agitando la testa e sforzandosi di capire.

Io vedeva la zia Giovannina che si asciugava le lacrime con la carta della lettera di Faustino e la zia Azucena che si nascondeva sotto al suo cappello improvvisato per fare in modo che non vedessimo i suoi occhi emozionati. Anche al nonno Aquilino si inumidirono le pupille dietro alle lenti, e a zio Manolo e a Currito palpitavano le narici del naso, mentre cercavano di trattenere le lacrime. Mia madre dovette asciugarsi le lacrime, ed io sapevo a chi pensava in quel momento, perché anche io pensavo a mio padre. Guardai le luci rosse del fuoco e la pioggia sui vetri, e poi perlustrai il salone in cerca dell'angelo. Per fortuna un soffio di vento venne a darmi la certezza che era ancora con noi, e così riuscii a contenere le vampate del mio cuore. Il notaio continuava a raccontare la storia con lo sguardo perso nelle forme disegnate del fuoco.

—Marineli morì prima che ci fossimo fatti una foto insieme. Però c'era qualcosa di lei che ancora rimaneva in questo mondo, ed erano le registrazioni che aveva fatto per la compagnia ferroviaria annunciando le partenze dei treni. Sì, la sua voce bella, dolce ed un po' amara, che dentro conteneva di tutto, risuonava nella stazione ogni volta che un treno partiva. Ed io stavo lì, seduto su una vecchia panchina, e ascoltavo la voce di Marineli che ormai non esisteva più, se non in quel nastro vecchio e consumato. Però era lei e, quando la sentivo, avevo la sensazione che fosse con me. Piano piano cambiarono i treni e sostituirono le registrazioni; rimase solo il treno per Ourense della domenica. Marineli era lì, nell'aria della stazione sussurrando al vento: *treno per Ourense, binario uno. Destinazione Ourense, binario uno.* Ed io sentivo che era al mio fianco, sussurrandomi all'orecchio. Però...

—Qué historia tan hermosa y tan triste —susurró la tía Juanita con la voz commovida y casi inaudible, y miró su carta un poco con desdén, reprochándole que no escondiera una tragedia semejante.

—Pero qué? —preguntó un canadiense, y se puso colorado.

Todos estábamos tan atentos y compungidos con la historia del señor notario que no advertimos la repentina buena pronunciación del inmigrante.

—Pero hoy —concluyó el señor Aguado volviendo a desplomarse en el sillón—, hoy han cambiado la cinta, y el anuncio de la partida del tren de Orense lo hace un vasco. ¡Un vasco! Todos nos llevamos las manos a la boca para ahogar un grito, y la tía Juanita no lo ahogó y sonó hasta en los Urrieles, que es un pico que está en la zona de Llanes. Comprendimos a la perfección el abatimiento del señor Aguado. El abuelo Aquilino se secó los bigotes, que goteaban a causa del llanto, y golpeó el suelo de tal modo que comprendimos que haría algo para ayudar al notario.

Y en esas estábamos cuando, a los pocos días, comenzaron nuevas preocupaciones, tan graves que la pena del señor Aguado pasó a segundo plano. Y todo por culpa de un hombre menudo. Verás.

—Che storia bellissima e tristissima — sussurrò la zia Giovannina con la voce commossa e quasi impercettibile, e guardò la sua lettera con un po' di disdegno, rimproverandole di non nascondere una tragedia simile.

—Ma che? — domandò un canadese, arrossendo.

Eravamo tutti così attenti e afflitti per la storia del signor notaio che non ci accorgemmo del repentino miglioramento della pronuncia dell'immigrato.

—Però oggi — concluse il signor Aguado risprofondando sulla poltrona —, oggi hanno cambiato il nastro, e l'annuncio della partenza del treno per Ourense lo fa un basco. Un basco!

Ci mettemmo tutti una mano sulla bocca per soffocare un grido, ma la zia Giovannina non lo soffocò e si sentì fino ad Urrieles, che è una vetta nella zona di Llanes. Comprendemmo alla perfezione lo sconforto del signor Aguado. Il nonno Aquilino si asciugò i baffi, che gocciolavano a causa del pianto, e colpì il suolo in un modo che ci fece capire che avrebbe fatto qualcosa per aiutare il notaio.

Questa era la situazione quando, pochi giorni dopo, cominciarono nuove preoccupazioni, talmente gravi che il dolore del signor Aguado passò in secondo piano. E tutto per colpa di un piccoletto. Vedrete.

8. Menudo hombre menudo

LLEGÓ UNA TARDE LLUVIOSA en que estábamos Goyo y yo haciendo los deberes en el comedor del hotel. La tía Azucena había encendido el fuego que chisporroteaba en la chimenea. Las ventanas estaban empañadas y la lluvia abría senderos en los cristales tras los que se veían la calle gris, los paraguas y la carrocería brillante de un coche fugaz. Mis hermanos jugaban en el suelo con Nicanor – lo del abuelo era en verdad contagioso – y se oía el trastear de las tías en la cocina. A veces nos llegaba también una nota del tío Manolo cantando alguna tonada asturiana y, al rato, como atraído por aquella nota, desde algún otro lugar de la casa, se escuchaba un fraseo por bulerías, breve y ensortijado.

El señor Aguado leía el periódico en el comedor, entre apenado y circunspecto.

Olía a abrigos húmedos, a chimenea.

Y entonces, uno de esos paraguas que cruzaba la calle se acercó a la puerta del hotel y llamó.

Abrió la tía Rosa.

Todos volvimos la cabeza hacia la puerta.

Allí, en el umbral, sacudiendo su paraguas, había un señor con un ridículo bigote y guantes blancos. Era un hombre pequeño e inquieto, como un gorrión, que enseguida ofreció su mano y habló, bajando tanto la voz que casi no le oímos:

-¿Está libre alguna habitación? ¿La número tres, por ejemplo?

Todos contuvimos el aliento: los tíos que asomaban sus cabezas por la puerta de la cocina; el señor Aguado, detrás del periódico, aún compungido, y mis hermanos desde el suelo. Porque aquella habitación era la de los canadienses. A ver si ese hombre iba a saber algo de los canadienses.

-Las tres no, señor – dijo la tía Rosa-. Pero tenemos otras.

Y enseguida llegó la tía Azucena, con una bolsa de plástico en la cabeza y los brazos en jarras, muy resuelta.

-¿Y cómo dice que se llama este señor tan amable?

-No lo he dicho.

La tía levantó las cejas de tal modo que el hombre se acogotó. . Encogió un poco los hombros y rebuscó en los bolsillos de la gabardina, que estaban empapados.

8. Maledetto piccoletto

ARRIVÓ UNA SERA PIOVOSA durante la quale io e Goyo stavamo facendo i compiti nella sala da pranzo dell'hotel. La zia Azucena aveva acceso il fuoco, il quale scoppiettava nel camino. Le finestre erano appannate e la pioggia apriva dei sentieri sui vetri, attraverso i quali si intravedeva la strada grigia, gli ombrelli e la carrozzeria brillante di un'auto fugace. I miei fratelli giocavano per terra con Nicanor – quello del nonno era contagioso – e si sentiva lo smanettare delle zie in cucina. A volte si sentiva anche la voce dello zio Manolo che cantava qualche motivetto asturiano, seguita poi, come se ne fosse attratto, da un breve canto andaluso proveniente da un altro angolo della casa.

Il signor Aguado leggeva il giornale nella sala da pranzo, con un'aria dispiaciuta e circospetta allo stesso tempo.

L'aria odorava di cappotti umidi e di caminetto.

Ad un certo punto, uno di quegli ombrelli che attraversavano la strada si avvicinò alla porta dell'hotel e suonò il campanello.

Aprì la zia Rosa.

Tutti ci girammo verso la porta.

Lì, sulla soglia della porta, scuotendo l'ombrellino, c'era un signore con dei baffi ridicoli e dei guanti bianchi. Era un uomo basso e irrequieto, come un passerotto, che subito dopo allungò la mano e parlò, abbassando così tanto la voce che faticammo a sentirlo:
–Avete una stanza libera? La numero tre, ad esempio?

Tutti trattenemmo il respiro: gli zii che si affacciarono dalla porta della cucina; il signor Aguado, ancora afflitto, dietro al suo giornale, e i miei fratelli per terra. Perché quella stanza era quella dei canadesi. Chissà se quell'uomo sapeva qualcosa dei canadesi.

–La numero tre no, signore – disse zia Rosa. Però ne abbiamo altre.

Subito dopo arrivò determinata la zia Azucena, con una borsa di plastica in testa e le mani sui fianchi.

–Come dice di chiamarsi questo signore tanto gentile?

–Non l'ho detto.

La zia alzò le sopracciglia in un modo tale che fece intimidire il signore. Quest'ultimo scosse un po' le spalle e rovistò nelle tasche fradice dell'impermeabile.

Al fin, le tendió una tarjeta a la tía Azucena. Al verla, casi se le escapaba un gritito, pero se contuvo.

Buena es ella.

—Acompáñeme - dijo.

El hombre tiró de un maletín y se adentró en la casa, dejando un reguero de agua a su paso. Traía cara de pocos amigos y lo miraba todo con avaricia, apoyándose a cada rato en su paraguas. El señor Aguado, que se había puesto su monóculo para mirar la tarjeta de lejos, meneó la cabeza. Con una pena honda y una suspicacia de notario experimentado, dijo entre dientes:

—El que faltaba!

Goyo y yo nos miramos intrigados. Después volvimos la vista hacia el hombre menguado, que ya se iba tras la enérgica y simpática tía Azucena. No sé por qué nos pareció que aquellas manos enguantadas y aquel andar a saltitos soltando restos de lluvia dejaban una estela triste, un poco amarga y bastante sospechosa.

—Deja de ladrar, Nicanor! -ordenó uno de mis hermanos.

Pero en la casa había un silencio de muerte. Por no oírse, no se oían siquiera las notas del tío Manolo o de Currito, ni los lamentos de los tres fantasmas. Y todos los tíos y las tías fruncían el ceño, como si la visita de aquel hombre menguado fuera a cambiar nuestras apacibles y singulares costumbres.

Alla fine, porse un biglietto da visita alla zia Azucena. Vedendola, quasi le scappò un urlo, ma si contenne.

Lei sì che è una tosta.

—Mi accompagni — disse.

L'uomo trascinò una valigetta ed entrò in casa, lasciando una scia d'acqua al suo passaggio.

Non aveva uno sguardo amichevole e osservava ogni cosa con avarizia, appoggiandosi continuamente sull'ombrellino. Il signor Aguado, che si era messo il monoculo per guardare il biglietto da visita da lontano, scosse la testa. Con un profondo dispiacere e una sospettosità da notaio esperto, disse tra i denti:

—Proprio quello che ci mancava!

Io e Goyo ci guardammo incuriositi. Poi rispostammo lo sguardo sul piccolo uomo, che già se ne stava andando dietro la simpatica ed energica zia Azucena. Non so perché ci sembrò che quei guanti bianchi e quel suo modo di camminare a saltelli lasciavano tracce di pioggia ovunque, lasciavano una nota triste, un po' amara ed abbastanza sospettosa.

—Smetti di abbaiare, Nicanore! — ordinò uno dei miei fratelli.

In realtà in casa c'era un silenzio di tomba. Addirittura non si sentivano le voci dello zio Manolo o di Currito, né i lamenti dei tre fantasmi. E tutti gli zii e le zie avevano una faccia imbronciata, come se la visita di quel piccolo uomo avrebbe cambiato le nostre strane e pacifche abitudini.

9. El metomentodo

AL PRINCIPIO, con el nuevo huésped, la vida en el hotel se volvió simplemente extraña. Nada grave. Todos andaban un poco nerviosos, y no era para menos, porque aquel hombre resultó ser un metomentodo, como le llamaba la tía Juanita. Los canadienses decían:

—Melones todos, sí.

Y sonreían achicando sus inocentes ojos canadienses.

Al huésped, al que llamaré señor X para no desvelar su identidad, se le veía en todas partes, con sus guantes blancos y su maletín. En ocasiones sacaba un dedo, envuelto en aquella seda nívea, y lo pasaba por los muebles, por los platos, por la encimera, y se quedaba largo rato mirando aquel dedo y cabeceando.

Como era pequeño e iba a saltos, a veces lo perdíamos de vista. Pero cuando menos te lo esperabas estaba detrás de ti, espiando. A la tía Violeta, que era la más amedrentada de todas, le sacó más de un grito.

Pero lo peor ocurrió un viernes, en la cocina. Claro que todavía no habíamos llegado al domingo.

Entonces era viernes. El tío Manolo, que se había puesto unas partituras en los zapatos porque le quedaban grandes, estaba cortando cebollas. Con la llorera, como es natural, le entraron ganas de cantar. Por supuesto que allí estaba Currito, nuestro forense, ayudando a pelar patatas, y enseguida que oyó al tío Manolo cantar, se puso colorado y a dar gritos:

¡Ozú, pero qué canción ez eza! Que azi no ze canta, Manolete!

Y se arrancó con unas coplas:

*que yo ya no puedo máz,
mi locura ez tal locura,
me ziento como una hoja
en medio del vendaval.*

Y había que reconocer que aquella estrofa tenía un *no sé* que parecía que estábamos todos en un vendaval. La tía Juanita nos explicó que eso era *poesía* y puso ojos de

9. L'impiccione

ALL'INIZIO, con il nuovo ospite, la vita nell'hotel si fece semplicemente strana.

Niente di grave. Tutti se ne andavano in giro un poco nervosi, e non per niente, perché quell'uomo risultò essere un impiccione, la zia Giovannina lo chiamava così. I canadesi dicevano:

—Lui piccione, sì.

E sorridevano socchiudendo i loro innocenti occhi canadesi.

L'ospite, che chiamerò signor X per non svelare la sua identità, lo vedevamo ovunque, con i suoi guanti bianchi e la sua valigetta. Ogni tanto tirava fuori un dito, avvolto in quella seta candida, e lo passava sui mobili, sui piatti, sul piano di cottura, e poi rimaneva a lungo guardandosi quel dito e scuotendo la testa.

Siccome era molto piccolo e camminava saltellando, capitava che lo perdevamo di vista.

Ma quando meno te lo aspettavi lo ritrovavi dietro di te, spiando. Alla zia Violetta, che era la più paurosa di tutte, scappò un urlo più di una volta.

Il peggio però successe un venerdì in cucina. Ovviamente non eravamo ancora arrivati alla domenica.

Era venerdì. Lo zio Manolo, che si era messo una partitura nelle scarpe perché gli stavano grandi, stava tagliando la cipolla. Naturalmente, con il piagnisteo, gli venne voglia di cantare. Ovviamente lì c'era anche Currito, il nostro forense, che aiutava a pelare le patate, e appena sentì lo zio Manolo cantare, arrossì e cominciò a gridare:

Che canzone è questa, perdio! Questa non è maniera di cantare, Manolito!

E cominciò con una strofa:

*così io mi arrendo,
la mia pazzia è talmente tanta,
mi sento come una foglia
portata via dal forte vento.*

Dovevamo ammettere che quella strofa aveva un qualcosa, era come se fossimo tutti in mezzo a una tempesta di vento. La zia Giovannina ci spiegò che quella era poesia e fece gli occhi da

enamorada. Todos le sonreímos y estuvimos de acuerdo, aunque fuera una canción andaluza.

La tía Rosa ya iba a enroscar los brazos por bulerías cuando el tío Manolo, que veía más poesía en la suela de sus zapatos y en sus partituras arrugadas que en la canción del forense, cantó a voz en grito:

Aunque me cubra la nieve...

*Si la nieve que cae cubre el sendero,
ya no veré en el monte lo que más quiero.
¡Ay, amor! Si en la nieve resbalo...
...qué haré yo.*

Y era también bonito ese estribillo; por eso no entendimos lo que pasó.

De pronto, allí estaba el señor X, alzándose sobre las punteras de sus zapatos para parecer más alto. Ensanchaba el pecho y gritaba como un loco:

–¡Silencioooo! ¡Silenciooo!

Y a la tía Juanita, que ya tenía los ojos húmedos de tanta emoción, se le abrió la boca de puro pasmo. Y la tía Rosa, que comenzaba con un zapateado, se quedó petrificada con un pie en el aire.

–¡A partir de las ocho de la tarde en un hospedaje como Dios manda, no se hace ruido!
– dijo el metomentodo, o sea, el señor X, o sea, el esmirriado ese.

Y guiñó mucho los ojos, que era un tic nervioso que tenía.

–Y si no se puede hacer ruido, ¿qué hacemos? – preguntó desconcertada la tía Rosa, recuperando la movilidad.

Todos nos miramos sin saber qué contestar.

Al fin, mamá Leo dijo:

–¡Pues yo me voy a ver Copenhague!

Y se fue.

Ese día cenamos la tortilla de patata con cebolla en silencio.

–Ha pasado un ángel – dijo el señor X, haciéndose el simpático.

Y me dio tanta rabia que aquel hombre hablase de mi padre, que me levanté y me encerré en mi cuarto dando un portonazo.

innamorata. Tutti le sorridemmo e ci trovammo d'accordo, nonostante fosse una canzone andalusa.

La zia Rosa stava già per avvitare le braccia iniziando un ballo andaluso quando lo zio Manolo, che trovava ci fosse più poesia nelle suole delle sue scarpe e nelle sue partiture stropicciate piuttosto che nella canzone del forense, cantò a gran voce:

Anche se verrò sommerso dalla neve...

*Se la neve che cade coprirà il sentiero,
non vedrò più sul monte il mio desiderio.*

*Ah, amore! Se sulla neve scivolo...
...che farò io.*

Era anche un bel ritornello; per questo non capimmo cosa successe.

All'improvviso, il signor X si alzò sulle punte per sembrare più alto. Allargava il petto e strillava come un pazzo:

—Silenziooo! Silenziooo!

E la zia Juanita, che già aveva gli occhi lucidi da tanta emozione, aprì la bocca scioccata.

E la zia Rosa, che stava cominciando con dei passi di flamenco, rimase pietrificata con un piede per aria.

—Dalle otto di sera, in un hotel come Dio comanda, non si fa rumore! — disse l'impiccione, ovvero, il signor X, ovvero, il piccoletto.

E strizzò gli occhi, era un suo tic nervoso.

—E se non si può fare rumore, che facciamo? —chiese sconcertata la zia Rosa, recuperando la mobilità.

Tutti ci guardammo senza sapere cosa rispondere.

Alla fine, mamma Leo disse:

—Allora io vado a vedermi Copenhagen!

E se ne andò.

Quella sera mangiammo la tortilla di patate e cipolla in silenzio.

—È passato un angelo — disse il signor X, facendo il simpatico.

E mi fece tanta rabbia il fatto che quell'uomo parlasse di mio padre, che mi alzai e mi chiusi in camera sbattendo la porta.

10. El oficio del señor X

TENGO QUE RECONOCER que aquel hombre me resultaba antipático. Lo miraba todo como desde una gran altura, y eso que era un hombre más bien bajo o muy bajo, menudo, como ya te he dicho. Todo lo observaba y tomaba anotaciones en una libretita, a escondidas, y yo me di cuenta de que aquel hombre no era trigo limpio.

El notario también lo debió comprender enseguida, porqué más de una vez le oí murmurar para sus adentros:

—Espero que don Aquilino tenga a buen recaudo sus posesiones. Como para fiarse de este.

Y disimuladamente señalaba al señor X, que vagaba de aquí para allá, con sus saltos, sus guantes, su mirada suspicaz y su libretita de notas. Supe a qué se dedicaba el día que miré por encima de su hombro las anotaciones de aquella libreta. Allí había enumeradas todas las pertenencias del hotel y un numerito a su lado, que era el valor que él les daba. Me puse colorada de la indiganción. Comprendí de inmediato. A Goyo le costó un poco más darse cuenta. Tuve que espabilarle.

—¿A que no sabes a qué se dedica el señor X?

Mi amigo encogió los hombros.

—Solo hay que verle sus guantes y sus maneras sigilosas. ¡Piensa un poco!

Él se quedó un rato callado, como si le costase mucho pensar. Al fin dijo:

—¿Mayordomo?

—¡No, hombre, no!

Tuve que sacudirle y traerle a la realidad.

—Mira el maletín, su forma de observar la casa con codicia y los apuntes que hace sobre las cosas del hotel. Lleva guantes para no dejar huella y poder garrapiñar, ¿comprendes ahora?

Le miré de una manera muy profesional. Levanté las cejas y esperé pacientemente a quel él solito lo dedujera. Y lo hizo:

—¡Un ladrón! —susurró arrebolándose de excitación.

—Un ladrón de guantes blancos —asentí.

Tras el descubrimiento, estuvimos un rato en silencio.

10. Il lavoro del signor X

DEVO AMMETTERE che quell'uomo mi stava antipatico. Guardava tutto dall'alto in basso, nonostante fosse un uomo molto basso, anzi, bassissimo, minuto, come già vi ho detto. Osservava qualsiasi cosa e prendeva appunti di nascosto in un taccuino ed io mi resi conto che quell'uomo era un poco di buono.

Anche il notaio sembrò capirlo subito, perché più di una volta lo sentii mormorare tra sé e sé:

—Spero che il signor Aquilino tenga al sicuro tutti i suoi averi. Come potersi fidare di quell'uomo. E osservava di nascosto il signor X, che vagava di qua e di là, con i suoi saltelli, i suoi guanti, il suo sguardo sospetto e il suo taccuinetto di appunti. Capii di cosa si occupasse il giorno che da dietro le sue spalle lessi gli appunti di quel taccuino. C'erano numerati tutti i beni dell'hotel, a fianco ai quali si trovava un numeretto, che era il valore che lui gli attribuiva. Arrossii dall'indignazione. Capii immediatamente. Goyo invece ci mise un po' di più per rendersene conto. Dovetti farlo svegliare.

—Non hai capito a cosa si dedica il signor X?

Il mio amico fece spallucce.

—Basta guardare i suoi guanti e i suoi modi furtivi. Pensaci un po'!

Lui rimase un attimo in silenzio, come se facesse fatica a pensare. Alla fine disse:

— Maggiordomo?

—Ma nooo!

Dovetti scuotergli la testa e portarlo alla realtà.

—Guarda la valigetta, il suo modo di osservare la casa con avidità e gli appunti che prende sui beni dell'hotel. Porta i guanti per non lasciare tracce e poter rubare, capisci ora?

Lo guardai in modo molto professionale. Alzai le sopracciglia e aspettai pazientemente che lo deducesse da solo. E lo fece:

—Un ladro! — sussurrò arrossendo dall'eccitazione.

—Un ladro, non solo dai colletti bianchi, ma anche dai guanti bianchi — annuì.

Dopo la scoperta restammo un attimo in silenzio.

Ahora nos caía un poco más simpático aquel señor que, al fin y al cabo, tenía un oficio muy aventurero, aunque fuese poco honrado. Le empezamos a mirar de otra manera. Pero entonces llegó el domingo y volvimos a cogerle bastante tirria. Tú también se la habrías cogido.

Adesso ci stava un po' più simpatico quel signore che, alla fin fine, faceva un lavoro molto avventuroso, anche se poco onorevole. Da quel momento lo guardammo con altri occhi. Ma poi arrivò la domenica e ricominciammo ad avercela con lui. Anche voi avreste fatto lo stesso.

11. El domingo

AQUEL DOMINGO fue el comienzo de la gran hecatombe.

Yo hasta entonces no sabía el significado de la palabra *hecatombe*. Si tú no lo sabes, puedes buscar la palabra en el diccionario o esperar, porque ahora lo vas a saber.

Mis hermanos y yo pusimos la mesa. Después subimos al cuarto del señor Aguado y nos dio la paga, como siempre, aunque más circunspecto que otras veces, esa es la verdad. Con el ruido de la calderilla en los bolsillos, regresamos al comedor. Ya estaban los tíos y las tías sentados a la mesa, y también Currito, venga a hablar del salmorejo y de la tacita de plata, y los canadienses tan sonrientes que parecían chinos, en lugar de canadienses.

—Sale conejo y paquita la vaca — decían.

Y era “salmorejo” y “tacita de plata”, por si no lo habías entendido, pero no sé por qué ese domingo no nos hacía tan gracia. Había en el aire como un presagio, y era a causa de los pasos que se escuchaban en el corredor, como a trompicones, cada vez más cerca hasta alcanzar la sala.

Y allí estaba: el señor X.

Nos sonreía desde la puerta con sus guantes blancos y su bigote y sus ojillos suspicaces. Enseguida entró corriendo la tía Juanita, apretando contra el pecho la carta de Faustino y sonriéndonos con esperanza. Con las prisas zarandeó al metomentodo, que tuvo que recomponer su pequeña figura para no parecer un poco ridículo y, brincando, fue a sentarse a la mesa con nosotros. El señor Aguado también llegó, deprimido y sin monóculo desde lo del tren de Orense. Y ya estábamos todos menos mamá Leo, que siempre hacía su aparición a mitad del primer plato.

—¿Carta de Faustino, Juanita? — preguntó la tía Azucena, sirviendo la fabada.

Juanita se sonrojó.

—Me acaba de llegar ahora mismo — dijo, y había tanta emoción en su voz que todos sonreímos complacidos.

Entonces, al señor X le entró un ataque de risa que fue como un ladrido de perro.

—Pero si ese papel es más viejo que don Aquilino — dijo secándose las lágrimas de los ojos con los dedos enguantados.

11. La domenica

QUELLA DOMENICA fu l'inizio della grande ecatombe.

Io fino a quel momento non conoscevo il significato della parola ecatombe. Se non lo sapete, potete cercare la parola nel dizionario oppure aspettare, perché adesso lo scoprirete.

Io e i miei fratelli preparammo la tavola. Poi salimmo in camera del signor Aguado e, come sempre, ci diede la paghetta; questa volta in modo più circospetto rispetto alle altre, a dire la verità. Con il rumore degli spiccioli in tasca, tornammo in sala da pranzo. Gli zii e le zie erano già seduti a tavola, anche Currito, che parlava del salmorejo e della sua terra, e i canadesi, così sorridenti da sembrare più cinesi che canadesi.

—Saliceto in una serra — dicevano.

Ed era “salmorejo” e “terra”, nel caso non l'aveste capito, però non so perché quella domenica non ci aveva fatto tanto ridere. C'era nell'aria qualcosa come un presagio, ed era a causa dei passi barcollanti che si sentivano nel corridoio, sempre più vicini a raggiungere la sala.

Ed eccolo: il signor X.

Ci sorrideva dalla porta con i suoi guanti bianchi, i suoi baffi e i suoi occhietti sospettosi. Subito dopo la zia Giovannina entrò correndo, stringendo contro il petto la lettera di Faustino e sorridendo speranzosa. Dalla fretta spintonò l'impiccione, il quale dovette ricomporre la sua piccola figura per non sembrare ridicolo e, saltellando, si mise a sedere a tavola con noi. Arrivò anche il signor Aguado, depresso e senza monoculo per quello che era successo al treno per Ourense. C'eravamo già tutti tranne mamma Leo, la quale compariva sempre a metà della prima portata.

—Lettera da Faustino, Giovannina? — domandò la zia Azucena, servendo i fagioli all'asturiana.

Giovannina arrossì.

Mi è appena arrivata — disse, e c'era talmente tanta emozione nella sua voce che tutti sorridemmo compiaciuti.

In quel momento, al signor X scappò una risata che assomigliò ad un abbaio di un cane.

—Ma se quel foglio è più vecchio del signor Aquilino — disse asciugandosi le lacrime dagli occhi con le dita inguantate.

El abuelo y la tía Azucena le miraron malhumorados.

—Me ha llegado hoy — insistió Juanita, tratando de poner ojos de enamorada, pero no le salían.

—Sí, claro — dijo el señor X —, y yo soy cura.

Y se puso a comer fabada como si lo fuese, y hasta se le caía un poco el caldo por la comisura de la boca. Todos le mirábamos tan fijamente que no nos dimos cuenta de que mamá Leo entraba con su boa de visón y sus colores.

Se detuvo en medio del comedor, desconcertada porque nadie la miraba, y entonces al señor X se le abrieron mucho los ojos y se atragantó, y ya todos volvimos la vista hacia mamá Leo, que era la causa de su estupor. Ella sonrió aliviada y se acercó a saludar a la tía Azucena y al abuelo, dando besos y sonriendo a todos con mucho encanto.

—¡Bienvenida de nuevo a la mesa del capitán, doña Leonor! Es muy grato tenerla entre nosotros — dijo el abuelo estrechándole la mano y modulando su voz de domador de leones.

—Gracias, capitán — dijo mamá Leo —. Con las últimas borrascas y el movimiento del barco, a punto estuve de no salir al camarote. Pero creo que pronto llegaremos a Trondheim.

—¿Trondheim? — preguntó atónito nuestro metomentodo.

—¿Y querrá usted bajarse a dar una vuelta? — continuó muy educadamente el abuelo, ignorando al gorrión.

—Oh, me encantaría. Las casas de colores a la orilla del río Trondheimsfjorden son verdaderamente un espectáculo.

—¿Trondheimsfjorden? — se admiró de nuevo el señor X.

Te aconsejo que no trates de repetir ese nombre mientras comes fabada, como hizo el señor X. No te voy a contar aquí las consecuencias de ese irresponsable acto, pero tardamos días en quitar las manchas del techo.

—¿Dónde está Trondheimsfjorden? — preguntó.

Y venga a volar fabada...

Il nonno e la zia Azucena lo guardarono in modo scontroso.

—Mi è arrivata oggi — insistette Giovannina, cercando di fare gli occhi da innamorata, che però non le riuscirono.

—Si, certo — disse il signor X —, ed io sono un prete.

E si mise a mangiare i fagioli all'asturiana come se realmente lo fosse, addirittura gli cadeva un po' della zuppa dagli angoli della bocca. Tutti lo guardavamo così intensamente che non ci accorgemmo che mamma Leo stava entrando con il suo boa di piume e le sue guance incipriate.

Si fermò in mezzo alla sala da pranzo, sconcertata perché nessuno la guardava, e in quel momento il signor X spalancò gli occhi e gli andò per traverso la zuppa, così tutti ci girammo verso mamma Leo, che era stata la causa del suo stupore. Lei sorrise alleviata e si avvicinò a salutare la zia Azucena e il nonno, baciando e sorridendo a tutti con molto fascino.

—Di nuovo benvenuta alla tavola del capitano, signora Leonora! È molto grato di averla qui tra noi — disse il nonno stringendole la mano e modulando la sua voce da domatore di leoni.

—Grazie, capitano — disse mamma Leo—. Con le ultime burrasche e i movimenti della nave, per poco non riuscivo a salire in cabina. Credo però che presto arriveremo a Trondheim.

—Trondheim? — chiese sbalordito il nostro impiccione.

—Avrà voglia di scendere per fare un giro? — continuò molto educatamente il nonno, ignorando il passerotto.

—Oh, mi piacerebbe tanto. Le case colorate sulla riva del fiume Trondheimsfjorden sono davvero spettacolari.

—Trondheimsfjorden? — si stupì di nuovo il signor X.

Vi consiglio di non provare a ripetere quel nome mentre mangiate i fagioli all'asturiana, come ha fatto il signor X. Non vi racconto qui le conseguenze di quell'atto irresponsabile, ma vi dico solo che ci mettemmo giorni per pulire le macchie dal soffitto.

—Dove si trova Trondheimsfjorden? — domandò.

E ancora fagioli all'asturiana dappertutto...

De nuevo nadie le hizo caso porque todos, como es natural, ya sabíamos que Trondheimsfjordem es el río que confluye con el río Nidelva, en la ciudad noruega de Trondheim. Yo, con mamá Leo, aprendí mucho de geografía.

Currito y el tío Manolo empezaron a ponerse colorados y se les veía, por la agitación de los dedos y los movimientos de las orejas, que querían ponerse a cantar. La tía Amalia vino corriendo de la cocina y nos dijo con gran pesar que había desaparecido el arroz con leche.

—¡Vaya con los bisabuelos! —exclamó el tío Servando—. Para ser fantasmas, les gusta demasiado la comida.

Y nos pusimos a discutir sobre si los fantasmas comen o no y, en caso de que comieran, si el arroz con leche no les daría dolor de barriga. Entonces Currito no pudo más y se arrancó a cantar una copla. El tío Manolo le siguió con una tonada asturiana de pura cepa y todos empezamos a dar palmas con la servilleta en la cabeza, que es lo que hacemos para mostrar nuestro entusiasmo (cada familia tiene su código doméstico).

Entonces, el señor X explotó.

—¡Pero esto no es un hotel! ¡Esto es una casa de locos! ¡Usted, señora, no está en un barco, entérese! ¡Y a la muchacha esta no le ha llegado ninguna carta! ¡Los domingos no hay correo! ¡Y los fantasmas no existen! ¡Además, no se puede comer y cantar! Quien come y canta, algún sentido le falta. ¡Hasta aquí podíamos llegar! ¡Esto no hay quien lo aguante! Este hotel tiene los días contados. Mi informe no dejará duda.

Entonces, el abuelo Aquilino se levantó hecho una furia, con los bigotes disparados y los ojos muy abiertos. Golpeó el suelo con el bastón. A todos nos dio un poco de miedo por si golpeaba también al señor metomentodo, que se había encogido sobre sí mismo bastante acobardado para ser un ladrón, la verdad. Con mucha dignidad, el abuelo dijo:

—¡A usted sí que no hay quien lo aguante! ¡Nicanor, vamos!

Dio un silbido y se fue.

Todos tragamos saliva. El señor X suspiró aliviado por haberse librado del garrotazo, y fue recuperando su tamaño a medida que el abuelo se alejaba y su formidable figura se empequeñecía.

—¿Nicanor? ¿Quién es Nicanor? —preguntó amoscado.

Ancora una volta, nessuno gli fece caso perché tutti, ovviamente, sapevamo che Trondheimsfjordem è il fiume che confluisce con il fiume Nidelva, nella città norvegese di Trondheim. Io imparai molta geografia con mamma Leo.

La conversazione seguì il suo normale corso e il nonno aprì la bottiglia di vino. Tutti brindammo a Trondheimsfjorden (eccetto il signor X) e continuammo con le nostre cose.

Currito e lo zio Manolo iniziarono ad arrossire e si notava, dall'agitazione delle dita e dai movimenti delle orecchie, che avevano voglia di mettersi a cantare. La zia Amalia arrivò correndo dalla cucina e ci disse a malincuore che il riso al latte era sparito.

—Ah, questi bisnonni! — esclamò lo zio Servando-. Per essere fantasmi, piace loro troppo il cibo.

E ci mettemmo a discutere chiedendoci se i fantasmi mangino o no e, nel caso affermativo, se il budino di riso non gli facesse venire il mal di pancia. A quel punto Currito non ce la fece più e partì con una strofa. Lo zio Manolo lo seguì con un puro motivetto asturiano e tutti cominciammo a battere le mani con la salvietta in testa, che è il nostro modo di mostrare entusiasmo (ogni famiglia ha il proprio codice domestico).

A quel punto, il signor X esplose.

—Ma questo non è un hotel! Questa è una casa di pazzi! Lei, signora, non è in una nave, se ne renda conto! E a quella ragazza non è arrivata nessuna lettera! La posta non arriva di domenica! E i fantasmi non esistono! Inoltre, non si può mangiare e cantare! Chi mangia e canta, ha qualche rotella che gli manca. Ci mancherebbe! Non c'è nessuno che lo possa sopportare! Questo hotel ha i giorni contati. Il mio rapporto non lascerà dubbi. D'un tratto, il nonno Aquilino si alzò come una furia, con i baffi sparati e gli occhi spalancati. Colpì a terra con il bastone. Tutti avemmo paura che colpiscesse anche il signor impiccione, il quale si era rannicchiato su sé stesso, abbastanza spaventato per essere un ladro, bisogna dire la verità. Molto dignitosamente, il nonno disse:

—È a lei che nessuno sopporta! Nicanor, andiamocene!

Fece un fischio e se ne andò.

Tutti deglutimmo. Il signor X sospirò alleviato per aver scampato la bastonata e, man mano che il nonno si allontanava e la sua figura formidabile si rimpiccioliva, lui recuperava la sua figura.

—Nicanor? Chi è Nicanor? — chiese incavolato.

Pero nadie le respondió porque todos estábamos trastornados, había que ver la mirada afligida de la tía Azucena y del tío Servando, de Manolo y del forense Currito. Por no hablar de la tía Juanita, tan joven, y de mamá Leo, tan vieja, con las ilusiones hechas añicos por culpa del ladrón de guante blanco. Miramos al señor Aguado esperando que se levantase para ir a la estación, y entonces caímos en la cuenta de que ya no iría porque ahora era un vasco el que anunciaba la marcha del tren de Orense. Todo nuestro mundo se estaba desmoronando.

Ma nessuno gli rispose, tutti eravamo frastornati, bisognava vedere lo sguardo afflitto della zia Azucena e dello zio Servando, di Manolo e del forense Currito. Per non parlare della zia Juanita, così giovane, di mamma Leo, così vecchia, con le illusioni in frantumi per colpa del ladro dai guanti bianchi. Guardammo il signor Aguado sperando che si alzasse per andare alla stazione, ma poi ci ricordammo che non sarebbe andato perché adesso era un basco che annunciava la partenza del treno per Ourense. Tutto il nostro mondo stava controllando.

12. Hecatombe

AHORA YA SABES que una hecatombe es una desgracia, una catástrofe. Y en verdad que aquello lo fue.

Desde ese domingo, se veía a mamá Leo como perdida y ni siquiera se echaba colorete. Se sentaba en la butaca del comedor con los ojos en los cristales, donde a veces rebotaba la lluvia, y parecía envejecer por momentos. También la tía Juanita tenía la mirada perdida y ya no le brillaban los ojos ni hablaba de Faustino ni parecía enamorada. Y, para colmo de males, el notario seguía con aquella tristeza suya y no sabía qué hacer los domingos. Ni siquiera se oían por la casa las voces de Manolín y Currito. Solo el rebotar de aquella lluvia. Y el eco de los gritos del señor X. Y el bastón del abuelo de acá para allá en paseos lentos y meditabundos.

La tía Azucena había dicho:

-Ese hombre no será capaz de cerrarnos el hotel!

Pero todos callaban y en su silencio se veía que aquello era posible, aunque yo no entendiera qué tenían que ver aquel hombrecillo, por muy ladrón que fuera, el informe del que hablaba y el cierre del negocio del abuelo.

Mi amigo Goyo y yo deambulabámos por los alrededores del hotel tratando de sacar conclusiones. El agua nos empapaba y el viento enfriaba nuestras mejillas, pero no era lo mismo que antes de que apareciera el señor X. La lluvia y el aire ya no producían esa sensación de libertad y de alegría. A veces nos deteníamos y mirábamos la casona y sus corredores, y nos preguntábamos si en verdad aquel señor bajito tenía poder para cumplir su amenaza y a cuento de qué venía ponerse como se había puesto si no hacíamos mal a nadie con nuestros asuntos. Un día, le pregunté a mi madre:

-Mamá, ¿es verdad que ese señor tan antipático puede cerrarnos el hotel?

Mi madre, que tiene los ojos más negros y más lánguidos de toda la familia, me sonrió resignada. Entornó aquellos ojos suyos y yo la admiré porque hay que ver lo guapa que es mi madre, resignada y todo.

-El hotel anda en dificultades. No ganamos suficiente dinero con nuestros inquilinos y tenemos una deuda, Paloma. Si el señor X hace un informe negativo de nuestra capacidad de ganar dinero con el hotel, el banco no querrá darnos crédito.

12. Ecatombe

Adesso sai che un'ecatombe è una disgrazia, una catastrofe. E lo fu davvero.

Da quella domenica, mamma Leo sembrava persa, non si incipriava nemmeno. Si sedeva sulla poltrona della sala da pranzo con lo sguardo fisso sui vetri, dove a volte batteva la pioggia, e lei pareva invecchiare di minuto in minuto. Anche la zia Juanita aveva lo sguardo perso, gli occhi non le brillavano più, non parlava più di Faustino e non sembrava neanche più innamorata. E, come se non bastasse, il notaio continuava ad essere triste e non sapeva cosa fare la domenica. Non si sentivano neanche più le voci di Manolito e Currito per la casa. Solo lo sbattere della pioggia. E gli echi delle urla del signor X. E il bastone del nonno di qua e di là, con passi lenti e meditabondi.

La zia Azucena aveva detto:

—Quell'uomo non riuscirà a chiuderci l'hotel!

Ma tutti stavano zitti e quel silenzio diceva che sarebbe stato possibile, anche se io non capivo cosa avessero a che fare quell'ometto, per quanto fosse un ladro, il rapporto di cui parlava e la chiusura degli affari del nonno.

Io ed il mio amico Goyo passeggiavamo nei dintorni dell'hotel cercando di trarre delle conclusioni. L'acqua ci inzuppava ed il vento ci rinfrescava le guance, ma non era come prima che arrivasse il signor X. La pioggia e l'aria non provocavano più quella sensazione di libertà ed allegria. Ogni tanto ci fermavamo e guardavamo la casa ed i suoi corridoi, e ci domandavamo se davvero quell'uomo bassetto avesse il potere di concretizzare la sua minaccia e cosa ci guadagnasse ad assumere quell'atteggiamento, visto che non facevamo del male a nessuno con le nostre faccende. Un giorno chiesi a mia madre:

—Mamma, è vero che quel signore così antipatico può farci chiudere l'hotel?

Mia madre, che ha gli occhi più neri e più languidi di tutta la famiglia, mi sorrise rassegnata. Socchiuse quei suoi occhi ed io la ammirai perché bisognava proprio vedere quanto fosse bella mia madre, rassegnata e tutto.

—L'hotel sta attraversando tempi duri. Non guadagniamo abbastanza soldi con gli inquilini ed abbiamo un debito, Paloma. Se il signor X scrive un rapporto negativo sulla nostra capacità di guadagnare soldi con l'hotel, la banca non vorrà darci credito.

En ese caso, no quedará mas remedio que vender la casa y repartir el dinero entre todos los tíos para empezar una nueva vida.

-Entonces no es un ladrón?

-No, hija, no, cómo va a ser un ladrón. Es un trabajador del banco.

Me quedé tan blanca que es posible que alguien que pasara por allí en ese momento hubiese creído que me había vuelto fantasma, como los bisuabuelos. Tuve que apoyarme en la pared y tragarme saliva. De pronto odiaba a aquel hombre menudo, que no tenía siquiera altura para ser un ladrón, que era un simple trabajador del banco del que dependía, encima, el futuro del hotel.

-Maldito! – dije entre dientes, levantando un poco el puño.

Entonces mi madre trató de sonreír otra vez y pasó su mano por mis cabellos.

-Entre todos intentaremos convencer al señor metomentodo de que este hotel tiene mucho futuro. Ya verás como lo conseguiremos, Palomita.

Pero su voz no sonaba muy convincente. Y odio que me llamen Palomita.

Me fui enfurecida, golpeando bien fuerte el suelo para demostrar mi rebeldía. Aquel bichejo del señor X había venido para robarnos las ilusiones, la familia, el hotel y el futuro. ¡Claro que era un ladrón, un caco, un bandolero, un malhechor! ¡Y de los peores! ¡Algo había que hacer!

Para empezar, comencé a mirarlo con mucho rencor cada vez que me cruzaba con él. El despreciable señor X trataba de sonreírme y se quedaba siempre con un gesto como si se le hubiera atragantado una aceituna. Se le veía en los ojos que estaba inquieto o incómodo, y yo sonreía satisfecha por haberle importunado, también le espiaba, y me di cuenta de que a veces el señor metomentodo se quedaba con la mirada ausente, y era como de pesar esa mirada. Pero al rato, ajustándose la corbata y a saltos, como era su costumbre, se presentaba en el comedor bien sonriente y nos hacía comentarios ásperos que debían producirle un profundo regocijo.

-¿No seguirá esperando carta, Juanita? – decía, guiñando mucho los ojos y soltando su risa afónica y perruna.

O:

-Qué, doña Leonor, ¿aún sigue pensando que Trondheimsfjorden está a la vuelta de la esquina, jí, jí, jí?

In questo caso, non ci sarà altro rimedio se non vendere la casa e ripartire i soldi tra gli zii per iniziare una nuova vita.

—Quindi non è un ladro?

—No, figliola, no, come può essere un ladro. È un impiegato della banca.

Impallidii talmente tanto che probabilmente chiunque fosse passato per di là in quel momento avrebbe pensato di aver visto un fantasma, come i bisnonni. Dovetti appoggiarmi alla parete e deglutire. All'improvviso odiai quel piccoletto, che non era neanche all'altezza di essere un ladro, che era un semplice impiegato della banca dal quale, oltretutto, dipendeva il futuro dell'hotel.

—Maledetto! —dissi tra i denti, stringendo ed alzando un po' il pugno.

Mia madre cercò di sorridere di nuovo e passò la sua mano tra i miei capelli.

—Proveremo tutti a convincere il signor impiccione che questo hotel ha molto futuro. Vedrai che ci riusciremo, Palomita.

La sua voce però non suonava molto convincente. E odio che mi chiamino Palomita.

Me ne andai infuriata, colpendo forte a terra per dimostrare la mia ribellione. Quella mezza calzetta del signor X era venuto per rubarci l'entusiasmo, la famiglia, l'hotel ed il futuro. Certo che era un ladro, un farabutto, un bandito, un delinquente! Ed uno dei peggiori! Bisognava fare qualcosa!

Per prima cosa, iniziai a guardarla con molto rancore ogni volta che lo incrociavo. Lo spregevole signor X provava a sorridermi e rimaneva sempre con un'espressione tale da sembrare gli fosse andata per traverso un'oliva. Glielo si leggeva negli occhi che si sentiva inquieto e di disturbo, ed io sorridevo soddisfatta per averlo importunato. Lo spiavo anche, e mi accorsi che a volte il signor impiccione rimaneva con lo sguardo assente e triste.

Poco dopo, aggiustandosi la cravatta e saltellando, come faceva sempre, si presentava nella sala da pranzo super sorridente e ci faceva commenti acidi che dovevano fargli provare molta gioia.

—Non starà ancora aspettando la lettera, Juanita? — diceva, strizzando gli occhi e liberando la sua risata afonica e da cane.

Oppure:

—Cosa, signora Leonor, crede ancora che Trondheimsfjorden sia dietro l'angolo, ah, ah, ah?

O:

—Ah, señor forense, me alegra mucho saber que ha abandonado el cante jondo. Un hombre de su talla y de su oficio no debe dejarse llevar por tales flaquezas.

A veces, por no aguantarle, llegábamos a desear que hiciera las maletas y el informe, pero él no acababa de irse del hotel, como si fuera feliz entre nosotros, amargándonos a todos con sus frases y su odiosa presencia.

Para no verle, le pedí a Goyo que, en lugar de hacer los deberes en el hotel, fuéramos a su farmacia. Nos sentábamos en el suelo de la rebotica, entre los frascos de medicinas y los matraces, y escribíamos en nuestros cuadernos, chupeteando a ratos el bolígrafo y dejando vagar la vista por los estantes. Pero yo no veía aquellas botellitas etiquetadas ni percibía el intenso olor de sus líquidos. Pensaba en el hotel y me preguntaba si en verdad mi familia conseguiría que el señor X hiciese un informe favorable, o si por el contrario acabaríamos vendiendo el hotel y separándonos. Entonces, me hacía muchas preguntas y mi cabeza daba vueltas y vueltas completamente apesadumbrada. ¿Nos seguiría el ángel que era mi padre allá donde fuéramos?

¿Serían los fantasmas de una nueva casa igual de familiares? ¿Cuándo volvería a bailar el chiringüelo junto a mis tíos? ¿Y quién me hablaría de los ríos noruegos?

Después, pensaba en los desastres que ya se estaban llevando la alegría de mis tíos y de los huéspedes. Sin duda, la más daminificadas eran las tía Juanita y mamá Leo, con las ilusiones hechas pedazos.

Oppure:

—Ah, signor forense, sono felice di sapere che ha abbandonato il canto jondo. Un uomo della sua taglia e del suo rango non deve lasciarsi andare a tali debolezze.

A volte, da tanto che non lo sopportavamo, arrivavamo a desiderare che facesse le valigie ed il rapporto, ma non se ne andava mai dall’hotel, come se fosse felice tra noi, amareggiandoci tutti con le sue frasi e la sua odiosa presenza.

Pur di non vederlo, chiesi a Goyo se, invece di fare i compiti all’hotel, li potessimo fare nella sua farmacia. Ci sedevamo per terra nel retrobottega, tra i contenitori e i flaconi di medicinali e scrivevamo sui nostri quaderni, ciucciando ogni tanto la penna e perdendo lo sguardo tra gli scaffali. Però io non vedeva quelle boccette etichettate e neanche percepivo l’odore intenso dei loro liquidi. Pensavo all’hotel e mi domandavo se davvero la mia famiglia sarebbe riuscita a far scrivere al signor X un rapporto positivo, o se al contrario avremmo finito per vendere l’hotel e separarci. In quei giorni mi facevo molte domande, ero afflitta ed invasa dai pensieri. Ci avrebbe seguito l’angelo, che era mio padre, ovunque fossimo andati?

I fantasmi di una nuova casa ci sarebbero altrettanto familiari? Quando avrei riballato il chiringuelo insieme ai miei zii? E chi mi avrebbe parlato dei fiumi norvegesi?

Poi pensavo ai disastri che si stavano già portando via l’allegria dei miei zii e degli ospiti. Senza dubbio, le persone più danneggiate erano la zia Juanita e mamma Leo, con l’entusiasmo a pezzi.

13. La tía Juanita y mamá Leo

UNA TARDE me encontré a la tía Juanita sentada junto al fuego. Las llamas ponían reflejos anaranjados a su cara aniñada. Parecía estar absorta en aquella viveza y aquella luz. Tenía en sus manos la carta ajada de Faustino. De pronto, las llamas se avivaron y observé sobrecogida cómo aquel papel se retorcía en el fuego, produciendo una humareda negra y ondulante.

—Por qué has quemado la carta? —pregunté desconcertada.

Ella me miró, y parecía venir de muy lejos cuando exclamó con tristeza:

—Qué importa ya.

—¡Pero era la carta de Faustino! —protesté.

La tía Juanita me miró sorprendida, como si hubiese dicho una tontería.

—¿De Fastino? ¡Qué va! Esa carta la había escrito yo.

Me quedé patidifusa.

—¿Tú?

—Pues claro. A ver si te crees que ese tal Faustino iba a escribir una carta tan bonita.

—Pero quién es Faustino?

—Ah, no lo sé. Me gustó el nombre y firmé así.

—A que es bonito?

—Sí...

—Y menudas cosas escribe. Ya era hora de que recibiese una carta como Dios manda, Paloma, que los chicos de hoy en día no saben poner una palabra detrás de otra. Mira que recibo cartas de admiradores, pero es que son todas muy sosas. Como la de él, ninguna. Porque Faustino es...es...era... otra cosa.

Entonces, su semblante cambió y miró al fuego, donde ya ni siquiera quedaban los restos de humo de aquella carta tantas veces leída.

—Pero tal vez tenga razón el señor X y sea mejor acabar con esta tontería. Y eso que a mis hermanas les divertía mucho el juego, y yo ya ponía unos ojos de enamorada la mar de conseguidos. Pensaba escribirme alguna más, pero ahora ya para qué.

Su voz sonó trémula y el fuego tembló en sus pupilas completamente desencantadas. Yo sentí mucha lástima y también mucha rabia, y volví a alzar el puño vengativa. ¡Qué le importaban a aquel señor X las fantasías de la tía Juanita.

13. La zia Juanita e mamma Leo

UN POMERIGGIO vidi la zia Juanita seduta vicino al fuoco. Il riflesso delle fiamme le colorava d'arancione il suo viso infantile. Sembrava essere assorta in quella vivacità e quella luce. Teneva in mano la lettera rovinata di Faustino. All'improvviso, le fiamme si ravvivarono ed osservai turbata come quel foglio si ritorceva nel fuoco, producendo una nuvola di fumo nera e ondeggiante.

—Perché hai bruciato la carta? — chiesi sconcertata.

Lei mi guardò, e sembrò provenire da molto lontano quando esclamò con tristezza:

—Che importanza ha ora.

—Ma era la lettera di Faustino! — protestai.

La zia Juanita mi guardò sorpresa, come se avessi detto una sciocchezza.

—Di Faustino? Ma va! Quella lettera me l'ero scritta io.

Rimasi di stucco.

—Tu?

—Ovvio. Mica avrai creduto che quel tale Faustino potesse scrivere una lettera così bella.

—Ah, non lo so. Mi piaceva il nome e firmai così.

Non la trovi una cosa bella?

—Sì...

—E che cose fantastiche scrive. Ormai era ora che ricevessi una lettera come Dio comanda, Paloma, che i ragazzi di oggi non sanno nemmeno mettere una parola dopo l'altra. Guarda che ricevo lettere da ammiratori, il fatto è che sono tutte insipide. Come la sua, nessuna. Perché Faustino è...è...era... diverso.

In quel momento, la sua espressione cambiò e guardò il fuoco, dove già non rimanevano più le tracce di fumo di quel foglio letto così tante volte.

—Ma forse ha ragione il signor X ed è meglio smetterla con questa sciocchezza. Era il fatto che alle mie sorelle piacesse così tanto questo gioco che mi spingeva a fare ogni volta gli occhi da innamorata. Pensavo di scrivermene altre, ma ora che senso ha.

La sua voce suonò tremula ed il fuoco tremò nelle sue pupille totalmente disilluse. Io provai molto dispiacere e molta rabbia, tornando ad alzare il pugno in modo vendicativo.

Che importavano al signor X le fantasie della zia Juanita!

Pero mucho peor era lo de mamá Leo, que en esos días había envejecido una barbaridad. Ya no salía, estaba siempre sentada en la butaca con la vista fija en los cristales, donde se sucedían la lluvia y el sol, la noche y sus polillas. La tía Azucena le decía que no se pusiera así de tontona, que en menos que canta un gallo el barco volvería a emprender ruta, y esta vez hacia Groenlandia.

—¿O no ha querido usted siempre conocer Groenlandia, doña Leonor?

Pero mamá Leo no levantaba la cabeza ni se le iluminaban los ojos. Una tarde, perdida en sus ensueños, murmuró:

—Ya me decía mi Leocadio que yo nunca haría un crucero.

Todos nos sobrecogimos, y al señor Aguado, nuestro notario, tan sensible desde el cambio de voz del tren de Orense, le tembló la barbilla y se le escaparon algunas lágrimas monóculo abajo. Hasta los canadienses, que parecían no enterarse de nada, estaban como apagados y ya no corrían a coger el teléfono.

Todo parecía haberse transformado en el hotel. Incluso dejé de sentir aquel aire y aquella presencia dulce que era mi padre, y me sentí de nuevo completamente abandonada.

Todas nuestras ilusiones se esfumaban como el humo del que estaban hechos los bisabuelos.

Una noche, hundí la cabeza en la almohada y lloré por mi padre muerto y por aquel nuevo mundo que estaba desvaneciéndose ante mis ojos. Y entonces, muy bajito y muy cerca, escuché:

No llores, no, que la vida es muy breve.

*Todo se pasa como una sombra leve,
ea que se vá...*

*Duérmete né que les xanes del río
vienen por ti y márchense contigo...*

Era el tío Manolo cantándome al oído.

Le sonreí. Él me dio un beso y yo pensé que era bueno tener una familia como aquella.

—Me da mucha pena que nos tengamos que separar —le dije.

Però molto peggior era il caso di mamma Leo, che in quei giorni era invecchiata di uno sproposito. Non usciva più, se ne stava sempre seduta sulla poltrona con lo sguardo fisso sulle finestre, dove si succedevano la pioggia e il sole, la notte e le sue falene. La zia Azucena le diceva di non essere così sciocca, che in un batter d'occhio la nave avrebbe ripreso la rotta, e questa volta verso la Groenlandia.

—O non ha sempre voluto visitare la Groenlandia, signora Leonor?

Però mamma Leo non alzava la testa né le si illuminavano gli occhi. Una sera, persa nei suoi sogni, mormorò:

—Me lo diceva il mio Leocadio che non avrei mai fatto una crociera.

Tutti ci sorprendemmo, e al signor Aguado, il nostro notaio, così sensibile dopo il cambiamento della voce del treno di Ourense, gli tremò il meno e gli scappò qualche lacrima da sotto il monoculo. Perfino i canadesi, che sembrava non si accorgessero di niente, erano come spenti e non correvano più per rispondere al telefono.

Tutto sembrava essersi trasformato nell'hotel. Smisi anche di sentire quell'aria e quella presenza dolce che era mio padre, e mi sentii di nuovo completamente abbandonata.

Tutte le nostre illusioni sfumavano come il fumo del quale erano fatti i bisnonni. Una notte, sprofondai la testa sul cuscino e piansi per mio padre e per quel nuovo mondo che stava scomparendo davanti ai miei occhi. E in quel momento, sentii una voce bassa e molto vicina:

Non piangere, no, che la vita è tanto breve.

*Tutto accade come una sfumatura lieve,
se ne va...*

*Dormi piccola che le fate del fiume
Vengono per te e se ne vanno con te...*

Era lo zio Manolo che mi cantava all'orecchio.

Gli sorrisi. Lui mi diede un bacio ed io pensai che era bello avere una famiglia come quella.

—Mi dispiace tanto che dobbiamo separarci — gli dissi.

—Eso no va a ocurrir — me susurró el tío Manolo—. Ya lo verás. Tu abuelo Aquilino ha convocado mañana una reunión familiar para conseguir darle la vuelta a ese maldito informe.

Y con estas palabras de ánimo, caí dulcemente en el sueño.

—Questo non succederà — mi sussurrò lo zio Manolo—. Lo vedrai. Tuo nonno Aquilino ha convocato una riunione familiare domani per riuscire a ribaltare le sorti del rapporto. E con queste parole di incoraggiamento, mi addormentai dolcemente.

14. La reunión

ESTÁBAMOS EN EL COMEDOR la familia al completo – forense, notario, mamá Leo y canadienses incluidos–. El abuelo Aquilino comenzó detallando la situación económica y otros aspectos aburridos, para terminar con las circunstancias que habían llevado al implacable señor X a elaborar un informe negativo. Iba de un lado a otro de la habitación, enroscándose los bigotes, mientras dieciocho pares de ojos seguían expectantes.

—Así pues, para cambiar el signo del informe, nada de canciones, nada de fantasías. Ya hemos visto que las fantasías no le gustan al señor X – decía-. Debemos conseguir que piense que este hotel puede darnos montoneras de dinero y que somos de una seriedad intachable, lo cual no deja de ser otra fantasía. Como el gorrión – a veces, entre nosotros, le llamabamos así – sigue alojado en el hotel, aún estamos a tiempo de hacerle cambiare de opinión.

Y entoences el tío Florencio, que era el más bruto de la familia, gritó:

—¡A ese *déjolu* yo sin bigote, sin dientes y sin ganas de hacer el informe de un guantazo! Y se dispuso a subir a las habitaciones para cumplir sus amenazas. Entre los tíos Manolo, Servando y Azucena pudieron pararlo y lo sentaron en el sillón del señor Aguado, que estaba de pie, junto a la chimenea, encogido de hombros, con el monóculo y el pañuelo en las manos y aquella pena que parecía salírsele hasta por los bolsillos.

Desde el sofá, con sus ojos sin ilusiones, la joven Juanita y la vieja mamá Leo miraban el espectáculo sin inmutarse.

El abuelo Aquilino alzó un poco la voz para poner orden.

—Pero, Florencio, hijo, esa no es la mejor manera de hacer las cosas. La fuerza bruta se vuelve contra uno y empeora el problema. Hay que buscar soluciones definitivas.

Entonces alguien dijo:

—¿Y si eliminamos el gorrión? Muerto el perro, se acabó la rabia.

A todos nos pareció una idea definitiva, sí, pero un tanto exagerada. Aun así la discutimos un poco, por no ofender.

—El veneno podría servir – dijo para disimular la tía Jacinta, que cocinaba muy bien y cantaba muy mal para ser de la familia-. María nos puede dar algo de la farmacia, y con un buen guiso nadie distingue el sabor del cianuro del de una ciruela.

14. La riunione

ERAVAMO NELLA SALA DA PRANZO, tutta la famiglia al completo – forense, notaio, mamma Leo e canadesi inclusi–. Il nonno Aquilino cominciò a dettagliare la situazione economica ed altri aspetti noiosi, per porre fine alle circostanze che avevano portato l'implacabile signor X ad elaborare un rapporto negativo. Andava su e giù per la stanza, attorcigliandosi i baffi, mentre diciotto paia di occhi lo seguivano in attesa.

–Quindi così, per cambiare il segno del rapporto, niente più canzoni, niente più fantasie. Abbiamo già capito che al signor X non piacciono le fantasie – diceva –. Dobbiamo fare in modo che pensi che questo hotel possa fare valanghe di soldi e che siamo di una serietà ineccepibile, cosa che comunque rimane una fantasia. Visto che il passerotto – a volte, tra di noi, lo chiamavamo così – continua ad alloggiare nell’hotel, siamo ancora in tempo per farlo cambiare d’opinione.

E allora lo zio Florencio, che era il più rozzo della famiglia, gridò:

–A quello io gli do uno schiaffone e lo lascio senza baffi, senza denti e senza alcuna voglia di fare il rapporto! E si preparò a salire al piano delle stanze per concretizzare le sue minacce. Lo zio Manolo, Servando e Azucena riuscirono a fermarlo e lo fecero sedere sulla poltrona del signor Aguado, il quale era in piedi vicino al camino, con le spalle rialzate, il monocolo e il fazzoletto in mano e quel dispiacere che sembrava gli uscisse persino dalle tasche.

Dal divano, con gli occhi disincantati, la giovane Juanita e l’anziana mamma Leo guardavano lo spettacolo impassibili.

Il nonno Aquilino alzò un po’ la voce per fare ordine.

–Però, Florencio, figliolo, questo non è il modo migliore di fare le cose. La violenza si ritorce contro e peggiora il problema. Bisogna cercare soluzioni definitive.

Allora qualcuno disse:

–E se facciamo fuori il passerotto? Via il dente, via il dolore.

A noi tutti sembrò un’idea definitiva, sì, ma forse un tantino esagerata. Ad ogni modo ne discutemmo un po’, per non offendere.

Il veleno potrebbe servire – dissimulò la zia Jacinta, che cucinava molto bene e cantava molto male per far parte della famiglia–. Maria ci può dare qualcosa dalla farmacia, e con un buono stufato nessuno distingue il sapore del cianuro da quello di una prugna.

–¡Ca! – gruño el tío Florencio, todavía exaltado-. Yo puedo *matalu* a garrotazos.
–¡Anda que no *zois* brutos en el norte! – exclamó el forense echándose las manos a la cabeza-. ¡Y luego *zoy* yo el que tengo que examinar el cadáver! ¡Ni hablar!
–Además, a ver si se va a transformar en fantasma y les hace la vida imposible a los bisabuelos – zanjó el tío Servando.

Todos nos quedamos callados un rato. Los canadienses nos miraban y sonreían, pero ya no era igual que antes. Estaban tan tristes como el que más.

Al fin, la tía Rosa propuso:

–¿Y si convencemos a la gente del pueblo para que vengan a hospedarse y nos comportamos con mucha cordura y corrección?

–¡Siempre somos correctos! – protestó alguien.

–¡Pero el señor X conoce mitad del pueblo y no tragará! – dijo mi madre.

– Pues que venga la otra mitad! – propuso la tía Amalia.

–¡Y que se disfracen, por si acaso!

Pero era una idea un tanto descabellada y difícil de ejecutar. Todos permanecimos en silencio un rato, haciéndonos preguntas. Entonces la tía Azucena, que llevaba días sin ponerse nada en la cabeza pero que no por eso dejaba de ser la que más mandaba, se levantó de un salto y sacó esa sonrisa tan suya que ocultaba siempre una gran idea.

–¡Ya lo tengo! Tenemos que conseguir que venga a hospedarse alguien con mucha categoría, una duquesa o una millonaria. Mejor: una duquesa millonaria.

–¿Y de dónde sacamos una duquesa millonaria? – preguntó el tío Manolo.

– Alguna encontraremos.

–¿Nadie conoce una duquesa millonaria?

Nos pusimos a pensar.

Y así estábamos cuando el señor X entró en el comedor con el informe en la mano. Llevaba un paso muy diferente al de otros días, más lento y pesado, y arrastraba su maletín. Agitó el informe en el aire y todos palidecimos.

– Es hora de abandonarlos, señores. El informe está concluido y...

– Pero no puede irse usted ahora, señor X – le cortó el abuelo Aquilino, poniendo la voz más mojigata que pueda tener un domador de leones-. No puede irse justo ahora que...que... se puso colorado como sus calcetines, se aturulló y no supo continuar. La tía Azucena salió en su ayuda.

—Ah! — brontolò lo zio Florencio, ancora esaltato—. Io posso ammazzarlo a bastonate.

—Dai che non siete bestie al nord! — esclamò il forense mettendosi le mani sulla testa—. E poi sono io che devo esaminare il cadavere! Non se ne parla!

—Inoltre, pensate se si trasforma in fantasma e rende la vita impossibile ai bisnonni — concluse lo zio Servando.

Stemmo tutti in silenzio per un attimo. I canadesi ci guardavano e sorridevano, ma non era come prima. Erano tristi come non mai.

Alla fine, la zia Rosa propose:

—E se convinciamo la gente del paese a venire ad alloggiare qui e ci comportiamo correttamente e con molto buonsenso?

—Siamo sempre corretti! — protestò qualcuno.

—Ma il signor X conosce metà paese e non se la berrà! — disse mia madre.

—Allora che venga l'altra metà! — propose la zia Amalia.

—E che si travestano, che non si sa mai!

Però era un'idea un po' assurda e difficile da mettere in atto. Rimanemmo tutti in silenzio per un attimo, facendoci delle domande. Allora la zia Azucena, che da giorni non si metteva più nulla in testa ma non per questo smetteva di essere la più autoritaria, si alzò di scatto e fece quel suo tipico sorriso che nascondeva sempre una grande idea.

—Ho trovato! Dobbiamo riuscire a far alloggiare qui qualcuno di alto rango, una duchessa o una milionaria. Ancora meglio: una duchessa milionaria.

—E dove la troviamo una duchessa milionaria? — chiese lo zio Manolo.

—La troveremo da qualche parte.

—Nessuno conosce una duchessa milionaria?

Ci mettemmo a pensare.

E proprio in quel momento il signor X entrò nella sala da pranza con il rapporto in mano.

Aveva un passo molto diverso dagli altri giorni, più lento e pesante, e trascinava la sua valigetta. Agitò in aria il rapporto e tutti noi impallidimmo.

—È arrivata l'ora di abbandonarvi, signori. Ho terminato il rapporto e...

—Ma non può andarsene ora, signor X — lo interruppe il nonno Aquilino, facendo la voce più dolce che potesse fare un domatore di leoni—. Non può andarsene proprio ora che...che... diventò rosso come i suoi calzini, si agitò e non riuscì a continuare. La zia Azucena andò in suo aiuto.

– ...que viene la duquesa a hospedarse aquí, como cada año.

– Es tan fina, tan distinguida... Debería ver sus vestidos de oro, sus brocados, sus sedosos cabellos y su manera elegante y discreta de hablar – continuó la tía Rosa.

–¿Qui... quieren que me quede? – preguntó el señor metomentodo pestañeando muchísimo.

– Pues claro, quedese. Le encantará conocerla – contestó la tía Azucena, cogiéndole del brazo con mucho afecto.

El señor X sonrió alelado, casi diría que complacido, y se dejó llevar hasta el sofá. Una vez allí carraspeó, y entonces resurgió el gorrión que llevaba dentro: se agitó inquieto, pestañeó y retomó sus saltitos y sus maneras antipáticas.

– Duquesa, ¿eh? ¿Dónde está esa duquesa, a ver?

Y ya es casualidad que en ese momento la puerta de entrada del hotel se abriese como un aluvión y apareciese allí, en el umbral, con su enorme figura recortada contra la luz de la tarde, su sobretodo azul, sus anchas espaldas, su pelo corto y su cara un poco bruta: ¡la farmacéutica!

Entonces el abuelo, entre asustado y esperanzado, gritó saliéndole un gallo:

–¡Aquí la tiene, señor X! ¡Aquí la tiene! ¡La duquesa!

La señora María nos miró con estupor, frunció el ceño y se cruzó de brazos.

–¿Esto qué ye, ho? – preguntó, sin comprender, con su voz de cazallera.

Y todos miramos al techo, encomendándonos a todos los santos.

—...che alloggerà qui la duchessa, come ogni anno.

—È così fine, così distinta... dovrebbe vedere i suoi vestiti dorati, i suoi broccati, i suoi capelli di seta e il suo modo elegante e discreto di parlare — continuò la zia Rosa.

—Vo... volete che io rimanga? — domandò il signor impiccione sbattendo le palpebre di continuo.

—Ma certo, si fermi. Gli piacerà conoscerla — rispose la zia Azucena, prendendolo per il braccio in modo affettuoso.

Il signor X sorrise inebetito, direi quasi compiaciuto, e si lasciò portare al divano. Una volta arrivato lì si schiarì la voce, e allora resuscitò il passerotto che viveva dentro di lui: si agitò irrequieto, sbatté le palpebre e riprese con i suoi saltelli e le sue maniere antipatiche.

—Una duchessa, eh? E dove sarebbe questa duchessa?

E fu per pura casualità che in quel momento la porta d'entrata dell'hotel si aprì con forza e apparisse lì, sulla soglia, con la sua enorme figura ritagliata contro la luce del pomeriggio, il suo impermeabile blu, le sue spalle larghe, i suoi capelli corti ed il suo viso un poco grezzo: la farmacista!

Allora il nonno, spaventato e speranzoso allo stesso tempo, gridò con voce acuta, stonando un po':

—Eccola, signor X! Eccola qui! La duchessa!

La signora Maria ci guardò con stupore, fece il broncio e incrociò le braccia.

—E questa che roba è? — chiese, senza capire, con la sua voce da roca.

E tutti guardammo il soffitto, affidandoci a tutti i santi.

15. La duquesa

DETRÁS DE LA FARMACÉUTICA venía mi amigo Goyo, pero no lo pudimos ver hasta que se asomó por el costado de su madre.

—¡Goyo, vete a buscar el equipaje de la condesa! — gritó el tío Servando—.

— Duquesa — le corrigió alguien.

—¡Gran duquesa! — exclamó la tía Rosa, exaltada.

Y la duquesa, o sea, la farmacéutica, cada vez tenía los ojos más grandes y las mejillas más coloradas.

—¡¿Duquesa?! ¡¿Duquesa?! — rezongaba el señor X, sin acabar de creérselo.

Pero nadie le hizo caso, porque todos se entusiasmaron de golpe con la idea de hacer de la farmacéutica una duquesa, y ya corrían como locos de un lado para otro diciendo *señora-duquesa-por-aquí, señora-duquesa-por-allá*, y la farmacéutica, cada vez más atolondrada, se dejaba hacer.

Mis hermanos se cruzaban entre las piernas de los mayores, sobreexcitados y colorados como salmonetes. Solo mama Leo, Juanita y el notario miraban los acontecimientos con los ojos apagados.

—¡Rosa, ve a prepararle su suite a la duquesa! — ordenó la tía Azucena, que con el entusiasmo se había enroscado la pantalla de una de las lámparas del comedor en la cabeza.

El señor X la miraba pasmado.

—¡Huy! — dijo la tía Azucena, dándose cuenta y poniéndose colorada —. ¡Es la costumbre! Dejó la pantalla en su sitio y siguió dando órdenes y animando a la señora duquesa.

—¡Paloma, acompaña al señor X de nuevo a su habitación! ¡Duquesa, venga por aquí y descance del largo viaje!

Al fin, la farmacéutica se hartó de tanto tirón de manga y de tanta duquesa y gritó:

—¡Basta! ¡Bastaaa!

Sus brazos se movieron como las aspas de un gigantesco molino y golpearon el sobretodo azul, levantando dos nubes de polvo. Se hizo un tenso silencio y, entonces, María la de los botes nos contempló desafiante:

—¿Es que *nun* sabéis lo que yo quiero?

15. La duchessa

DIETRO ALLA FARMACISTA c'era il mio amico Goyo, però non riuscimmo a vederlo fino a quando non si affacciò dal fianco della madre.

—Goyo, vai a cercare i bagagli della contessa! — gridò lo zio Servando—.

—Duchessa — lo corresse qualcuno.

—Gran duchessa! — esclamò la zia Rosa, esaltata.

E la duchessa, ovvero la farmacista, aveva gli occhi sempre più grandi e le guance sempre più rosse.

—Duchessa?! Duchessa?! — borbottava il signor X, non potendoci credere.

Però nessuno gli fece caso, perché tutti si entusiasmarono di colpo all'idea di trasformare la farmacista in una duchessa e già correvaro come dei pazzi da una parte all'altra dicendo *signora-duchessa-di-qua*, *signora-duchessa-di-là*, e la farmacista, sempre più frastornata, si lasciava trasformare.

I miei fratelli si incrociavano con le gambe dei più grandi, sovreccitati e rossi come gamberi. Solo mamma Leo, Juanita e il notaio guardavano cosa stava succedendo con lo sguardo spento.

—Rosa, vai a preparare la suite alla duchessa! — ordinò la zia Azucena, che per l'entusiasmo si era messa in testa un paralume di una delle lampade della sala da pranzo.

Il signor X la guardava a bocca aperta.

—Ah! — disse la zia Azucena, rendendosene conto e arrossendo—. È l'abitudine! Mise il paralume al suo posto e continuò a dare ordini e ad incoraggiare la duchessa.

—Paloma, accompagna di nuovo il signor X nella sua stanza! Duchessa, venga qui e si riposi dal lungo viaggio!

Alla fine, la farmacista si stufò di tutte quelle tirate di maniche e di tutte quelle duchesse ed urlò:

—Basta! Bastaaaa!

Le sue braccia si mossero come le pale di un gigantesco mulino e colpirono l'impermeabile blu, sollevando due nuvole di polvere. Si creò un silenzio teso e Maria, quella dei vasi, ci osservò con uno sguardo di sfida.

—Ma come non sapete cos'è che voglio io?

Nos miramos de reojo, conteniendo el aliento, acobardados por aquella mujerona que en nada se parecía a una duquesa y que podía mandar al traste nuestros planes con una sola frase.

—¿Qué? —preguntó el abuelo con un hilo de voz, tembloroso como las alas de su bigote.

—¡Una fiesta de bienvenida, *cagüen!* —Dijo la farmacéutica, colorada a más no poder.

— Todos aplaudieron, olvidado ya el motivo de la comedia y entregados a ella con fervor.

El señor X fue a decir algo, amoscado y poniendo los ojos en blanco, pero la tía Azucena le atajó de inmediato:

— Por supuesto, será una fiesta de la categoría que se merece la duquesa y en honor a otro de nuestros no menos ilustres huéspedes: el señor X.

Y aquí el metomentodo sonrió halagado, el muy simple.

Ci guardammo con la coda dell'occhio, trattenendo il respiro, intimiditi da quella donna che all'improvviso sembrava una duchessa e che con una sola frase avrebbe potuto mandare all'aria i nostri piani.

—Cosa? — domandò il nonno con un filo di voce, tremante come le punte dei suoi baffi.

—Una festa di benvenuto, testa dura! — disse la farmacista, arrossata dall'esasperazione. Tutti applaudirono, avendo già dimenticato il motivo della commedia e dedicandosi a lei con fervore.

Il signor X aveva alzato gli occhi al cielo e stava per dire qualcosa incavolato ma la zia Azucena lo bloccò immediatamente:

—Ma certo, sarà una festa all'altezza di ciò che merita la duchessa e in onore ad un altro, non meno illustre, nostro ospite: il signor X.

E qui l'impiccione sorrise lusingato, quel sempliciotto.

16. Marie Cecereu

ACOMPAÑÉ AL SEÑOR X de vuelta a su habitación, llevándole la maleta. Él trató de hacerse el simpático conmigo en un par de ocasiones, pero yo miré a otro lado y se fastidió.

– Ya sé que no te caigo muy bien, pequeña mocosa – dijo cuando llegamos a la habitación-. Pero yo soy un hombre de ley, que cumple escrupulosamente con su trabajo. No creo en fantasmas ni en cartas absurdas ni en viajes imaginarios. Y a mi no me la dais con queso fácilmente.

Me dolieron tanto sus palabras que no me pude contener.

–¡Pues si no le gustamos, márchese de una vez!

Se quedó lívido y le tembló el bigotillo.

–Pero si esta noche hay una fiesta de bienvenida – murmuró, repentinamente acongojado.

Y había que verle con los hombros caídos y aquellos guantes y el ridículo bigote. Casi me dio pena pero me sobrepuso.

–¡Y a usted qué le importan las fiestas! ¡Qué le importan los demás!

Vi que le señor X agrandaba los ojos, pero yo ya no podía parar. Tenía que decirle a aquel tipejo todo lo que pensaba de él. A veces me pasan estas cosas. Es como si alguien agitara mi cabeza. Como si yo fuera una botella llena de sifón a punto de explotar, y si no lo suelto, reviento y ya está. Eso es lo que pasó. No me siento orgullosa, pero fue así.

Grité:

–¡No le importa nadie, nadie! ¡Solo su trabajo! ¿Y sabes qué? No le invitamos a la fiesta porque nos caiga bien. Solo lo hacemos por el informe. ¡A usted no hay quien lo aguante!

Sí, eso fue lo que dije. Un verdadero desastre.

Le miré con terror, asustada por mi propio arrojo y por haber desvelado la farsa.

Él parecía espantado, colérico, pero entonces su semblante cambió. Se dejó caer en la cama, completamente abatido, y extravió la mirada en los baldosines del suelo.

– Eso es lo que pensáis todos – murmuró -. Que no hay quien me aguante.

Atónita, vi cómo se le llenaban los ojos de lágrimas, y su nuez y su bigote y sus dedos enguantados se agitaron temblorosos.

16. Marie Cecereu

RIACCOMPAGNAI IL SIGNOR X alla sua stanza e gli portai la valigia. Lui cercò di fare il simpatico con me in un paio di occasioni, ma io guardai dall'altra parte e lui si infastidì.

—Lo so che non ti sto molto simpatico, piccola mocciosa — disse quando arrivammo alla sua stanza—. Ma io sono un uomo di legge, che svolge scrupolosamente il suo lavoro. Non credo nei fantasmi né in lettere assurde né in viaggi immaginari. E a me non me la date a bere facilmente.

Mi fecero così male le sue parole che non riuscii a contenermi.

—Allora se non le piacciono, che se ne vada una volta per tutte!

Diventò viola e i baffetti gli tremarono.

—Ma se questa sera c'è una festa di benvenuto — mormorò, improvvisamente afflitto.

E dovevate vederlo con le spalle a terra, quei guanti e quei ridicoli baffi. Mi fece quasi pena ma andai oltre.

—E a lei cosa gliene importa delle feste! Cosa gliene importa degli altri!

Vidi che il signor X allargava gli occhi, ma ormai non riuscivo a fermarmi. Dovevo dire a quel piccoletto tutto quello che pensavo di lui. Ogni tanto mi succedono queste cose. È come se qualcuno mi scuotesse la testa. Come se io fossi una bottiglia piena di soda sul punto di esplodere, e se non sfato, esplodo e basta. Successe proprio così. Non ne sono orgogliosa, però fu così. Gridai:

—Non le importa di nessuno, nessuno! Solo del suo lavoro! E sa cosa? Non l'abbiamo invitata alla festa perché ci sta simpatico. L'abbiamo fatto solo per il rapporto. Nessuno lo sopporta! Sì, fu questo quello che dissi. Un vero disastro.

Lo guardai terrorizzata, spaventata dalla mia stessa audacia e per avergli svelato la farsa. Lui sembrava impaurito, rabbioso, ma poi la sua parvenza cambiò. Si lasciò cadere sul letto, totalmente avvilito, e perse lo sguardo tra le mattonelle del pavimento.

—Questo è quello che pensate tutti — mormorò —. Che nessuno mi sopporta.

Rimasi attonita vedendo come gli si riempivano gli occhi di lacrime, ed il suo pomo d'Adamo, i suoi baffi e le sue dita inguantate si agitarono tremanti.

—Yo intento ser simpático, pero no me sale. Os veo a todos vosotros, en familia, y os resulta tan fácil ser agradables...

Aquí levantó los ojos hacia mí y mostró un gesto agrio, como si le repugnara la imagen de mi familia unida y feliz.

—Pero yo no siempre estuve solo, no. ¡Una vez tuve una novia! Levantó el mentón con orgullo y estuvo un rato expectante, analizando mi reacción ante aquella insólita confidencia. Inmediatamente, sus hombros se le hundieron de nuevo. Bajó los ojos y lloriqueó.

— Al final, ella comprendió que yo no la merecía y me dejó. ¡Marie Cecereu me dejó! ¡Ella ha sido lo único bueno que me ha pasado en la vida! Era dulce como una *crème brûlée*. Es que era francesa, ¿sabes? *Mon petit amour*. ¿Por qué crees quel llevo guantes desde entonces? Para que mis manos no pierdan la huella de la última vez que ella las tocó. ¡Hace siete años de eso! Desde entonces estoy solo, trabajando, amasando una fortuna... ¿Y para qué? Para seguir solo.

Se levantó y se puso a dar vueltas por la habitación con un paso extrañamente largo y pesado. Yo no salía de mi estupor, conmovida por su sorprendente revelación.

— Yo nunca tuve familia — continuó—. Crecí solo y he vivido siempre solo, sin que nadie me aceptase ni me comprendiese. Solo aquellos días con Marie Cecereu. Pero por un momento, hace un rato, en el comedor, sentí que era aceptado por vosotros y me imaginé que mi soledad era un espejismo, que habíais comprendido que yo, en el fondo, soy como cualquiera, que me gusta estar con la gente y que me hagan caso. ¿Te crees que no sé que la duquesa es la farmacéutica? ¡Tengo piedras en el riñón, úlceras, ardor de estomago y calambres! ¡Voy muy a menudo a la farmacia! ¡Pero ya lo has estropeado todo! ¡Ya no me queda ni la ilusión de pensar que por un rato deseáis mi compañía!

Un nudo se formó en mi garganta.

El señor X era exactamente igual a los miembros de mi familia. Se agarraba a la fantasía como la tía Juanita a sus cartas o mamá Leo a sus cruceros por el norte. Me sentí muy mal por haberle soltado todo aquello y quise arreglar las cosas.

—A lo mejor si cambia el informe y trata de ser un poco más simpático... me atreví a decir.

El señor X me miró con los ojos desorbitados. Arrojó un vendaval por los agujeros de su pequeña nariz y apretó los puños.

—Io ci provo ad essere simpatico, però non mi viene. Vedo tutti voi, in famiglia, e vi risulta così facile essere gentili...

Qui alzò lo sguardo verso di me e fece un gesto scontroso, come se lo ripugnasse l'immagine della mia famiglia unita e felice.

—Però non sono sempre stato da solo, no. Avevo una fidanzata una volta!

Alzò il mento con orgoglio e rimase un attimo in attesa, analizzando la mia reazione dopo quell'insolita confidenza. Immediatamente, le sue spalle sprofondarono di nuovo. Abbassò lo sguardo e piagnucolò.

—Alla fine, lei capì che io non la meritavo e mi lasciò. Marie Cecereu mi lasciò! Lei è stata l'unica cosa bella della mia vita. Era dolce come una *crème brûlée*. Era francese, sai? *Mon petit amour*. Perché credi che indosso sempre i guanti da quel giorno? Perché le mie mani non perdano l'impronta dell'ultima volta che lei le toccò. Sono sette anni! Da quella volta sono solo, lavoro, guadagno una fortuna... e per cosa? Per continuare ad essere solo.

Si alzò e si mise a camminare avanti e indietro per la stanza con un passo stranamente lungo e pesante. Io non riuscivo a ritornare in me stessa, commossa per la sua sorprendente rivelazione.

—Io non ho mai avuto una famiglia — continuò —. Sono cresciuto da solo ed ho vissuto sempre da solo, nessuno mi ha mai accettato né compreso. Solo quei giorni con Marie Cecereu. Però per un attimo, poco fa, nella sala da pranzo, ho sentito di essere accettato da voi e mi sono immaginato che la mia solitudine fosse un miraggio, che avevate capito che io, in fondo, sono come chiunque altro, che mi piace stare con la gente e che si accorgano di me. Pensai che non sappia che la duchessa è la farmacista? Ho i calcoli ai reni, ulcere, bruciore di stomaco e crampi. Vado spessissimo in farmacia! Però ormai hai rovinato tutto! Ormai non mi rimane nemmeno più l'illusione di pensare che per un attimo desiderate la mia compagnia!

Mi si formò un nodo alla gola.

Il signor X era esattamente come i membri della mia famiglia. Si aggrappava alla fantasia come la zia Juanita faceva con la sua lettera o mamma Leo con le sue crociere al nord. Mi sentii malissimo per avergli scaricato tutta quella roba addosso e volevo sistemare le cose.

—A lo mejor si cambia el informe y trata de ser un poco más simpático... me atreví a decir.

El señor X me miró con los ojos desorbitados. Arrojó un vendaval por los agujeros de su pequeña nariz y apretó los puños.

—¡Ah, pequeña mocosa, es eso! ¡Queréis sobornarme y os caigo como una patada en el culo!, ¿no es así?

Y sí, la verdad es que era exactamente así. Eso yo no podía negarlo.

El señor X retomó su paso inquieto, a saltos, arrojándose de cuando en cuando miradas furibundas. Había recuperado su rostro antipático y me señalaba con su dedo enguantado.

—¡Tú lo has conseguido! ¡Volveré a mi agujero solitario! ¡Abandonaré el hotel, sí, este hotel tan asquerosamente animado y lleno de gente en el que empezaba a encontrarme a gusto! ¡Me iré y entregaré el informe negativo sin más dilación! ¡Adiós, pequeña mocosa!

Con ímpetu, recuperó las maletas y los papeles que había guardado en un cajón y se quedó en medio del cuarto, mirándome con rencor. Sentí rabia y culpa, y otra vez mi cabeza como un sifón agitado. Ya no había vuelta atrás. Nos quedaríamos sin el hotel por mi culpa. Qué digo, por culpa de ese bárbaro que encima pretendía darme pena. Exploté:

—¡Eres un malvado, no tienes escrúpulos! ¡Pretendes acabar con la felicidad de nuestra familia solo porque tú no encuentras la tuya! ¡No quieres que te rompan las ilusiones y tú rompes las de los demás! Nosotros no hacemos mal a nadie con nuestras cosas.

Las lágrimas arrasaban mis ojos. Di un portazo y corrí al patio trasero a ocultarme. Me balanceé en el columpio oxidado, y el viento y la luz y las lágrimas me cegaron. Las nubes se agolpaban negras y deseé que lloviera con rabia y que se la lluvia se lo llevara todo.

Entonces sentí que alguien se columpiaba a mi lado, y allí estaba Goyo.

Me miró con sus ojos grises o marrones. Sonrió si decir nada, para hacerme entender que respetaba mi llanto, los columpios chirriaban. Al fin, le confesé todo lo que había sucedido. Las horribles cosas que nos habíamos dicho el señor X y yo, y cómo había estropeado la única posibilidad de que el hotel siguiera siendo de la familia.

—Magari se corregge il rapporto e prova ad essere un po' più simpatico... mi azzardai a dire.

Il signor X mi guardò con gli occhi fuori dalle orbite. Dalle sue piccole narici gli uscì del fumo e strinse i pugni.

—Ah piccola mocciosa, è per questo! Mi volete corrompere e vi piaccio come la sabbia nelle mutande! Non è così?

E sì, la verità è che era esattamente così. Questo non lo potevo negare.

Il signor X riprese i suoi passi irrequieti, a saltelli, lanciandomi di tanto in tanto degli sguardi furibondi. Aveva recuperato la sua faccia antipatica e mi indicava con il suo dito inguantato.

—Ci sei riuscita! Tornerò nella mia tana solitaria! Abbandonerò l'hotel, sì, questo hotel così schifosamente animato e pieno di gente con la quale cominciai a trovarmi bene! Me ne andrò e consegnerò il rapporto negativo senza indugiare ancora! Addio, piccola mocciosa!

Con impeto, recuperò le valigie e i documenti che teneva dentro a un cassetto e rimase in mezzo alla stanza, guardandomi con rancore. Provai rabbia e un sentimento di colpa, ed un'altra volta avevo la testa come una bottiglia di soda agitata. Ormai non c'era modo di tornare indietro. Saremmo rimasti senza hotel per colpa mia. Cosa dico, per colpa di quell'essere crudele che pretendeva persino di farmi pena. Esplosi:

—È spregevole, non ha nessuno scrupolo! Vuole distruggere la felicità della nostra famiglia solo perché non trovi la tua! Non vuoi che ti rompano le illusioni e tu rompi quelle degli altri! Noi non facciamo del male a nessuno con le nostre faccende.

Le lacrime mi riempivano gli occhi. Sbattei la porta e corsi a nascondermi nel giardino sul retro. Mi dondolai sull'altalena ossidata, e il vento e la luce e le lacrime mi accecarono. Le nuvole nere si ammucchiavano e desiderai che piovesse forte e che la pioggia si portasse via tutto.

Sentii che qualcuno si dondolava a fianco a me; era Goyo.

Mi guardò con i suoi occhi grigi o marroni. Sorrise senza dire nulla, per farmi capire che rispettava il mio pianto, le altalene cigolavano. Alla fine, gli confessai tutto quello che era successo. Le cose orribili che ci eravamo detti io e il signor X e di come io avessi mandato all'aria la nostra unica possibilità di tenere l'hotel.

Él escuchó mi relato atentamente y, cuando terminé de contarla, me tomó de la mano.
Estuvimos un rato callados, sin saber qué decir.

– ¡Lo he echado todo a perder! – lloriqueé.

– Creo que se lo tienes que contar a los demás – dijo Goyo, apretándome con fuerza la mano.

Asentí. Era terrible, pero mi amigo tenía razón: debía enfrentarme a ello.

Nos bajamos de los columpios y entramos en la casa. Me alegré de que Goyo viniera conmigo. Su mano me daba fuerza.

La tarde azul nos rodeaba.

Y había un silencio lleno de pájaros. De oscuridades.

Lui ascoltò il mio racconto attentamente e, quando finii di raccontarlo, mi prese la mano.

Restammo per un attimo in silenzio, senza sapere cosa dire.

–Ho rovinato tutto! – piagnucolai.

–Credo che tu debba raccontarlo agli altri – disse Goyo, stringendomi forte la mano.

Annuii. Era terribile, però il mio amico aveva ragione: dovevo affrontare il problema.

Scendemmo dalle altalene ed entrammo in casa. Ero felice che Goyo venisse con me.

La sua mano mi dava forza.

Il pomeriggio azzurro ci avvolgeva.

Ed il silenzio era pieno di uccelli. Di oscurità.

17. La fiesta

CUANDO LLEGAMOS, la fiesta ya había empezado.

Había arroz con leche y *casadielles*, que son una especie de empanadillas dulces, y sidra a raudales y mucho alboroto. El tío Florencio, que es bruto como un arado pero que escancia muy bien, iba de un lado a otro, con el brazo en alto, dejando caer el chorro luminoso de la sidra que llenaba todo de olor a manzanas fermentadas. Habían puesto barreños aquí y allá, y también serrín por el suelo para absorber la humedad.

La farmacéutica, a la que habían vestido con un traje de gala de mamá Leo, estaba muy tiesa en el sillón del señor notario. Daba gusto verla allí, embutida en aquel traje que le quedaba pequeño, con las mejillas más coloradas que nunca, tratando de hacerse la fina.

– Pásame un culín, Manolete – decía, y enseguida se retractaba-. Quiero decir, un traserín, un *panderu*... un poquitín de sidra.

Y cuando le llegaba el vaso, bebía extendiendo el meñique.

Todos parecían muy contentos. El abuelo Aquilino sonreía ufano, mostrando su abultada barriga y alisándose los bigotes. Goyo y yo nos miramos. Me sentí incapaz de romper aquella atmósfera y alegría. Desde la llegada del señor X, no se había visto en el hotel una animación semejante. Hasta mamá Leo se había pintado los labios.

– Mejor les dejo disfrutar un rato – le dije a mi amigo.

Él estuvo de acuerdo.

– ¡Otro *panderu*! – gritó la duquesa, colorada hasta las orejas.

El tío Manolo, como es natural, no puedo resistirse y cantó aquello de: *Siga el panderu tocando, siga el tambor. Ahora sale a bailar un amigu que yo tengo...*

Aún estaba la voz de Manolín vibrando en el aire cuando el forense gritó:

– ¡Pero uzted zaben qué ez una canción de verdad?! ¡Pues ahora lo van a ver!

Y soltó unas alegrías con mucho sentimiento.

La tía Rosa zapateaba y todos daban palmas. Incluso Goyo y yo.

Los asturianos en general somos muy malos dando palmas, pero en Canadá sí que saben hacerlo. Al menos nuestro canadienses se arrancaron con un dúo de palmeros que cualquiera diría que habían nacido en Jerez de la Frontera o en Alcalá de los Gazules en lugar de en Ottawa, que es, como sabes, la capital de Canadá.

17. La fiesta

QUANDO ARRIVAMMO, la festa era già iniziata.

C'erano *arroz con leche* e *casadielles*, che sono una sorta di fagottini dolci, sidro a palate e un sacco di confusione. Lo zio Florencio, che è indietro come la coda del maiale, ma che *escancia* benissimo, se ne andava da una parte all'altra, con un braccio in alto, lasciando cadere il flotto luminoso del sidro che lasciava un odore di mele fermentate dappertutto. Avevano messo delle bacinelle di qua e di là, ed anche della segatura per terra per assorbire l'umidità.

La farmacista, alla quale avevano messo addosso un abito da gala di mamma Leo, se ne stava sulla poltrona del signor notaio, molto tesa. Era bello vederla lì, insaccata in quell'abito che le stava stretto, con le guance più colorate che mai, cercando di essere elegante.

—Passami il culetto del pane, Manolito — diceva, e subito si correggeva—. Voglio dire, il fondo, il cozzetto... un pezzettino di pane.

E lo accompagnava ad un bicchiere di sidro, che beveva alzando il mignolo.

Sembravano tutti molti contenti. Il nonno Aquilino sorrideva soddisfatto, mostrando la sua grossa pancia e lisciandosi i baffi. Io e Goyo ci guardammo. Non riuscivo a distruggere quella bella atmosfera e quella allegria. Da quando era arrivato il signor X, non si era più visto un entusiasmo simile. Mamma Leo si era persino messa il rossetto.

—Meglio se li lascio divertire un po' — dissi al mio amico.

Lui fu d'accordo.

—Un altro colpo al pandero! — gridò la duchessa, con le guance rosse fino alle orecchie.

Lo zio Manolo, naturalmente, no riuscì a resistere e cantò quel: *Il pandero continui a suonare, continui il tamburo. Ora un mio amico si mette a ballare...*

La voce di Manolito stava ancora vibrando nell'aria quando il forense urlò:

—Ma voi lo sapete qual è una vera canzone? Adesso lo sentirete!

E si lasciò andare nelle *alegrías* con grande sentimento.

La zia Rosa batteva i piedi e tutti battevano le mani. Io e Goyo inclusi.

Noi asturiani in generale non siamo bravi a battere le mani, però in Canada sì che lo sanno fare.

Al menos nuestro canadienses se arrancaron con un dúo de palmeros que cualquiera diría que habían nacido en Jerez de la Frontera o en Alcalá de los Gazules en lugar de en Ottawa, que es, como sabes, la capital de Canadá.

Un brillo destellaba en las pupilas de mamá Leo, y a la tía Juanita, sentada junto a ella, se le escapaba la sonrisa. Mis hermanos bailaban entra las piernas de la tía Rosa y a veces correteaban a cuatro patas y ladraban, y al ebuelo se le ponían los bigotes nostálgicos con los ladridos.

Lo estábamos pasando tan bien que a Goyo y a mí se nos olvidó la existencia del señor X y la mala noticia de su huida por mi culpa. A la duquesa, o sea, la madre de mi amigo, con tanto culín, se la habían subido los ánimos y bailaba con mucho desparpajo, tratando de imitar a la tía Rosa. Las carnes que sobresalían de las costuras de su vestido se agitaban como un pudin y los colores redondos de su cara parecían los faros traseros de una furgoneta. Mi madre y los tíos, con servilletas en las cabezas, vitoreaban a la duquesa. Los canadienses también se habían puesto servilletas en las coronillas y contemplaban el espectáculo muy sonrientes.

Entonces, la tía Azucena arrugó el entrecejo y preguntó:

–¿Dónde está el señor X?

Se hizo un silencio y todos se quedaron como congelados en su sitio.

Goyo y yo tragamos saliva. Había llegado el momento de contar la verdad.

Así pues, carraspée y todos me miraron.

– Parece que Paloma tiene algo que decirnos – dijo mi madre.

Me rodearon y yo, colorada y tartamudeando, les conté lo mejor que pude la conversación que había tenido con el ladrón de guante blanco y su decisión de entregar el informe ya mismo.

Al unísono, nuestro ojos se desviaron hacia la ventana, apenados, y allí recortada por el marco de madera y la oscuridad de la noche, vimos la figura esmirriada del señor X alejarse del hotel, a saltitos.

La tía Azucena fue la primera en quitarse la servilleta de la cabeza, costernada.

Almeno i nostri canadesi cominciarono con un duo di battiti per il quale chiunque avrebbe pensato che fossero nati a Jerez de la Frontera o ad Alcalá de los Gazules invece che a Ottawa, che, come sapete, è la capitale del Canada.

Le pupille di mamma Leo luccicavano e alla zia Juanita, seduta vicino a lei, scappava un sorriso. I miei fratelli ballavano tra le gambe della zia Rosa e a volte gironzolavano a gattoni e abbaivano, e i baffi del nonno si facevano nostalgici con gli abbai.

Ci stavamo divertendo talmente tanto che io e Goyo ci dimenticammo del signor X e della cattiva notizia riguardante la sua fuga a causa mia. La duchessa, cioè la madre del mio amico, con tutto quel sidro, si era riempita di energia e ballava con molta disinvoltura, cercando di imitare la zia Rosa. La pelle che fuoriusciva dalle cuciture del vestito si agitava come un budino e le sue rotonde guance rosse sembravano i fari posteriori di un furgoncino. Mia madre e gli zii, con delle salviette in testa, applaudivano alla duchessa. Anche i canadesi si erano messi le salviette in testa e contemplavano lo spettacolo sorridenti.

A quel punto, la zia Azucena aggrottò le sopracciglia e domandò:

—Dov’è il signor X?

Calò il silenzio e tutti rimasero come congelati nel posto in cui si trovavano.

Io e Goyo deglutimmo. Era arrivato il momento di raccontare la verità.

Così mi schiarii la voce e tutti mi guardarono.

—Sembra che Paloma abbia qualcosa da dirci — disse mia madre.

Mi vennero tutti attorno ed io, arrossita e balbettante, raccontai loro, nel miglior modo possibile, la conversazione che avevo avuto con il ladro dai guanti bianchi e la sua decisione di consegnare il rapporto adesso.

All’unisono, i nostri occhi tristi dirottarono verso la finestra, e lì, ritagliata dalla cornice di legno e dall’oscurità della notte, vedemmo la figura rachitica del signor X che si allontanava, a saltelli, dall’hotel.

La zia Azucena fu la prima a togliersi la salvietta dalla testa, costernata.

18. Fila india

EL ABUELO AQUILINO encendió la chimenea y todos nos dejamos caer en los sofás. Empezó a llover. El agua golpeaba los cristales y el silencio angustiado del comedor. Creí que de un momento a otro me iban a regañar por bocazas, pero las preocupaciones de la familia iban por otros derroteros. La tía Violeta, la más amedrentada y sensible de las tíos, habló por todos:

-¡Pobre señor X! ¡Mira que no darnos cuenta de su soledad!

-¿Y el detalle de los guantes blancos? ¿No es muy romántico el detalle de los guantes blancos? –dijo exaltada la tía Juanita.

Hasta mamá Leo exclamó:

-¡Pobre muchacho!

El abuelo Aquilino, que era el único que permanecía en pie, golpeó el suelo varias veces con el bastón, contrariado:

-¡Imperdonable, es imperdonable no habernos dado cuenta!

Así es mi familia. En lugar de pensar en la que se le veía encima, se preocupaba por el antipático ladrón de ilusiones.

-¡Esto hay que arreglarlo! –dijo de pronto la tía Azucena, levantándose del sofá -. ¡Pues buenos somos nosotros! ¡Esto hay que arreglarlo!

Y se pusieron a discutir la forma de hacerlo. No te voy a contar las ideas peregrinas que surgieron. Incluso la farmacéutica, entusiasmada con su papel de duquesa, se ofreció voluntaria para hacerse pasar por Marie Cecereu. Al final, se convino en que iríamos a buscar al señor X a su oficina todos juntos, para disculparnos por no haberle sabido comprender e invitarle a comer al hotel. De la proposición de la farmacéutica, ni hablamos.

-¿Y no será exagerado que vayamos los veintiuno?

(Si nos cuentas, verás como éramos veintiuno):

-¡Veintidós! – gritó el abuelo -. ¡El perro Nicanor también viene!

Y así, al día siguiente, todos vestidos muy elegantes y en fila india, salimos del hotel en dirección al banco. Había que vernos; qué buen aspecto teníamos. Incluso mamá Leo y Juanita y el notario dejaron atrás sus penas para acometer esta misión especial. La gente nos saludaba al pasar y nosotros levantábamos la mano o movíamos la cabeza con una

18. Fila indiana

IL NONNO AQUILINO accese il camino e tutti ci lasciammo cadere sui sofà. Cominciò a piovere. L’acqua colpiva i vetri ed il silenzio angosciante della sala da pranzo. Credevo che da un momento all’altro avrebbero cominciato a rimproverarmi senza fine, però le preoccupazioni della famiglia erano altre. La zia Violeta, la più paurosa e sensibile delle zie, parlò per tutti:

–Povero signor X! Non ci siamo resi conto che soffrisse di solitudine!

–E la storia dei guanti bianchi? Non è romantica la storia dei guanti bianchi? – disse esaltata la zia Juanita.

Anche mamma Leo esclamò:

–Povero ragazzo!

Il nonno Aquilino, l’unico che era rimasto in piedi, colpì a terra varie volte con il bastone, contrariato:

–Imperdonabile, è imperdonabile il non essercene resi conto!

La mia famiglia è così. Invece di pensare a quello che sarebbe successo, si preoccupava per l’antipatico ladro di allegrie.

–Dobbiamo risolvere questa cosa! – disse subito la zia Azucena, alzandosi dal divano–.

Noi siamo buoni! Dobbiamo risolvere!

E si misero a discutere sul modo in cui farlo. Non vi racconterò le strane idee che vennero loro in mente. Addirittura la farmacista, entusiasmata dal suo ruolo da duchessa, si offrì come volontaria per farsi passare come Marie Cecereu. Alla fine, decidemmo di andare a cercare tutti insieme il signor X nel suo ufficio, scusarci per non essere riusciti a capirlo e invitarlo a pranzo in hotel. Della proposta della farmacista non parlammo nemmeno.

–E non sarà esagerato andare li tutti e ventuno?

(Se ci contate, vedrete che eravamo proprio ventuno):

–Ventidue! – gridò il nonno –. Viene anche il cane Nicanor!

E così, il giorno seguente, tutti vestiti molto eleganti e in fila indiana, uscimmo dall’hotel per andare in banca. Dovevate vederci; che bell’aspetto che avevamo. Perfino mamma Leo, Juanita e il notaio misero da parte i loro dispiaceri per svolgere questa missione speciale. Quando passavamo la gente ci salutava e noi alzavamo la mano o muovevamo

gravedad que nos daba mucho empaque. Pero yo no podía evitar pensar en qué pasaría después.

—¿Qué va a ser de nosotros? —le pregunté a mi madre-. ¿Qué va a pasar cuando el abuelo venda el hotel?

—Bueno, eso ya lo discutiremos - dijo ella, tan de la familia como la que más-. Lo primero es lo primero.

Llegamos al banco y todos los empleados levantaron las cejas a la vez, sorprendidos. Éramos una multitud, no había duda, encabezada por el abuelo Aquilino, la tía Azucena y la farmacéutica, que a codazos se había hecho sitio en primera fila.

El abuelo carraspeó muy educado y, dejando caer las gafas de pinza al borde de su nariz, preguntó hincándose en el bastón:

—¿El señor X, por favor?

Una empleada, con los ojos desorbitados, nos señaló una puerta.

— Ese es su despacho. Pero si es por algún asunto del banco, yo puedo atenderlos.

No sé si temía que atentáramos contra el señor X por el informe dichoso o si realmente tenía deseo de ocuparse de veintidós clientes de un solo tacazo. Su rostro se distorsionó un poco más cuando el abuelo le confesó:

— Oh, no. Es personal. Somos sus amigos.

—¿Todos?

— Todos.

—¡Pues yo creí que no tenía amigos! —dijo ella en poco fatua.

—¡Pues los tiene, chúpate esa! —exclamó el tío Florencio, que a veces es mejor no llevarle a los sitios.

El abuelo nos miró a todos con severidad y ordenó silencio. Después se adelantó hacia la puerta del despacho y golpeó dos veces.

—¡Adelante! —escuchamos. Y era la voz del gorrión amortiguada por la puerta.

El abuelo Aquilino abrió. Con el ímpetu, los bigotes se le agitaron. Los peinó y, mirándonos de aquella manera que venía a significar “¡Alehop!”, nos metimos todos en el despacho, y eso que era pequeño.

Tardamos en encontrar cada cual un sitio y hubo empellones, pisotones y hasta tirones de pelo, pero nos recompusimos.

la testa con una solennità tale da attribuirci una grande classe. Però io non riuscivo a non pensare a cosa sarebbe successo dopo.

—Cosa ne sarà di noi? — chiesi a mia madre—. Cosa succederà una volta che il nonno avrà venduto l’hotel?

—Beh, di questo ne discuteremo — disse lei, mostrando di appartenere alla famiglia—. Una cosa per volta.

Arrivammo in banca e tutti gli impiegati alzarono sorpresi le sopracciglia nello stesso momento. Eravamo una caterva di gente, non c’erano dubbi, guidata dal nonno Aquilino, la zia Azucena e la farmacista, che a suon di gomitate si era fatta posto in prima fila.

Il nonno si schiarì la voce educatamente e, lasciando cadere gli occhiali stringinasi fino alla punta, chiese appoggiandosi al bastone:

—Il signor X, per favore?

Un’impiegata, con gli occhi spalancati, ci indicò una porta.

—Quello è il suo ufficio. Però se è per qualcosa che riguarda la banca, mi posso occupare io di voi.

Non so se temesse che facessimo del male al signor X per quel maledetto rapporto o se veramente desiderasse occuparsi di ventidue clienti alla volta. Cambiò faccia quando il nonno le confessò:

—Oh, no. È una questione personale. Siamo suoi amici.

—Tutti?

—Tutti.

—Io credevo che non avesse amici! — disse lei in modo leggero.

—E invece ne ha, beccati questa! — esclamò lo zio Florencio, che a volte è meglio non portarselo in giro.

—Avanti! — sentimmo. Ed era la voce del passerotto ovattata dalla porta.

Il nonno Aquilino aprì. Con l’impeto, i baffi gli si agitarono. Li pettinò e, guardandoci con quell’espressione che significava “Hop hop!”, ci infilammo tutti nell’ufficio, e sì che era piccolo.

Ci mettemmo un po’ perché ognuno trovasse un posto e ci furono spintoni, pestoni e persino qualche tiro di capelli, però ci ricomponemmo.

Al principio, nos costó verlo. El señor X estaba agazapado detrás del escritorio, tiritando de miedo. No tenía muy claro cuál era el motivo de la visita y si veníamos en son de paz o de guerra, como los indios aquellos de las Américas.

Había que verle, tan esmirriado y encogido, el pobre.

Inizialmente, ci pesò vederlo. Il signor X era accovacciato dietro alla scrivania, tremante di paura. Non aveva chiaro il motivo della nostra visita e non sapeva se venivamo in pace o in guerra, come gli indiani d'America.

Dovevate vederlo, così mingherlino e rattrappito, povero.

19. La invitación

–¡SEÑOR X! – comenzó el abuelo, hablando muy alto y con muy buena dicción–. Hemos venido todos a verle para decirle que... que...

Se puso nervioso y empezó a mirar a todos lados buscando ayuda. El señor X estaba lívido, sudaba y tragaba montoneras de saliva. Yo le veía la nuez y el bigotillo ridículos subir y bajar, y me daba pena, y también un poco de risa.

–Que sentimos no haberle demostrado nuestra calidez, nuestra amistad –completó el notario. Y se notaba en su forma de hablar que tenía estudios. –Hemos venido para invitarle a comer –añadió la tía Azucena.

El señor X levantó el cuello como un aveSTRUZ y lo hundió entre los hombros, completamente desconcertado. Nos miró de refilón y achicó los ojos.

–¡Pero si ya he entregado el informe! –dijo, receloso.

–¿Y...?

– Que no lo pienso modificar aunque me hagan la pelota.

–¡Pero, alma de cántaro –exclamó el abuelo levantando ambas manos y los ojos al cielo–, si esto no tiene nada que ver con el informe! Lo hacemos porque queremos.

– Porque nos cae simpático –dijo alguien, exagerando un poco.

–¿Les caigo simpático? –preguntó pasmado el pobre señor X.

–¡De maravilla! –exclamó Rosa, que enseguida se entusiasma.

Y todos mentimos un poco.

–¡Oh, realmente bien!

–¡Fantástico!

–Es el que mejor nos cae de todos –afirmó en un arrebato el tío Manolo.

–Tampoco hay que *ezagerah*, que parece *uzté andalú* –le reprendió el forense.

–Bueno, los canadienses nos caen mejor –se corrigió Manolo.

–Me recuerdas a mi nieto –dijo mamá Leo sonriendo con dulzura.

–¿Pero tiene usted nietos, doña Leonor? -preguntó la tía Juanita, sorprendida.

–Qué va.

–¡¿Entonces qué?! –gritó el abuelo con su voz de domador, y todos nos callamos intimidados. ¿Vas a venir a comer o no?

19. L'invito

—SIGNOR X! — cominciò il nonno, parlando a tono alto e con una buona dizione—. Siamo venuti tutti qui per dirle che... che...

Si fece nervoso e cominciò a guardarsi attorno in cerca di aiuto. Il signor X era violaceo in viso, sudava e degluttiva montagne di saliva. Io gli vedeva il pomo d'Adamo e quei baffetti ridicoli salire e scendere. Mi dispiaceva ma allo stesso tempo mi faceva anche un po' ridere.

—Che ci dispiace non averle dimostrato il nostro calore, la nostra amicizia — completò il notaio. Dal suo modo di parlare si notava che aveva studiato. — Siamo venuti per invitarla a pranzo — aggiunse la zia Azucena.

Il signor X alzò il collo come uno struzzo e lo affondò tra le spalle, completamente sconcertato. Ci guardò di sbieco e strizzò gli occhi.

—Ma se ho già consegnato il rapporto! — disse, sospettoso.

—E quindi?

—Quindi arruffianarvi non servirà a farmi modificare il rapporto.

—Ehi, caro mio — esclamò il nonno alzando entrambe le mani e gli occhi al cielo —, questo non ha niente a che vedere con il rapporto! Lo facciamo perché ci fa piacere.

—Perché ci sta simpatico — disse qualcuno, esagerando un po'.

—Vi sto simpatico? — chiese sbalordito il povero signor X.

—Simpaticissimo! — esclamò Rosa, che si entusiasma subito.

E tutti mentimmo un po'.

—Oh, sì, davvero simpatico!

—Assolutamente simpatico!

—È la persona che ci sta più simpatica di tutte — affermò impulsivamente lo zio Manolo.

—Ora non esagerare, che mi sembra un andaluso — lo riprese il forense.

—Beh, i canadesi ci stanno più simpatici — si corresse Manolo

—Mi ricordi mio nipote — disse mamma Leo sorridendo dolcemente.

—Lei ha dei nipoti, signora Leonor? — domandò sorpresa la zia Juanita.

—Certo che no.

—E quindi? — gridò il nonno con la sua voce da domatore, e tutti tacemmo intimiditi.

Vieni a pranzo o no?

—¡Bueno! —dijo el señor X.

Y después, erre que erre:

—Pero el informe no lo cambio.

—¡Entonces, hasta las dos!

El abuelo Aquilino dio la orden y nos dispusimos a salir de aquel diminuto despacho.

Los que estaban más cerca de la puerta eran el notario y el forense.

—¡Por favor, usted delante! —dijo el señor Aguado, tan educado como siempre.

—¡No, por favor! ¡Usted primero! —le animó Currito, cortés como el que más.

—¡No, no! ¡Yo detrás de usted!

—¡Ni hablar! ¡Usted delante!

Y así estuvieron un buen rato mientras el aire del despacho se espesaba y el calor nos hacía sudar a chorros. Podían pasarse horas así, bien lo sabíamos, porque alguna vez se habían sentado en las escaleras del hotel sin haber llegado a entrar.

La farmacéutica, que era buena a rabiar pero que paciencia tenía poca, se abrió paso a empujones y, al llegar a la puerta, gritó:

—¡Aquí la primera *ye* una servidora, que *pa algu* fue duquesa!

Y salió.

Detrás fuimos todos.

–Va bene! – disse il signor X

E poi, insistette:

–Però il rapporto non lo cambio.

–Allora ci vediamo alle due!

Il nonno Aquilino ci diede l'ordine e noi ci muovemmo per uscire da quell'ufficio minuscolo. I più vicini alla porta erano il notaio e il forense.

–Prego, passi pure! – disse il signor Aguado, educato come sempre.

–No, la prego! Lei per primo! – lo incoraggiò Currito, ancora più cortese.

–No, no! Io dopo di lei!

–Non se ne parla! Vada avanti lei!

E continuarono per un bel po', mentre l'aria dell'ufficio si faceva più pesante e il caldo ci faceva gocciolare di sudore. Avrebbero potuto rimanere così per ore, lo sapevamo bene, perché era capitato che si fossero seduti sulle scale dell'hotel senza riuscire a decidere chi dovesse entrare per primo.

La farmacista, che era brava ad arrabbiarsi ma che di pazienza ne aveva poca, si fece spazio spintonando fino alla porta e gridò:

–Qui la prima è la sottoscritta, che fu duchessa per quello!

E uscì.

Tutti le andammo dietro.

20. El de Orense

HABÍA QUE RECONOCER que se respiraba cierto nerviosismo en el ambiente. Nos habíamos pasado toda la mañana preparando la comida. Mis hermanos, Goyo y yo pusimos la mesa del comedor como si fuera domingo y hasta el notario nos dio la paga. Hacía sol y la luz entraba a raudales por la ventana.

—¿Y si nos cae gordo? —preguntó la tía Juanita, que en el fondo tenía un poco atragantado al señor X.

—Bueno, bueno, habrá que contenerse. Debemos darle otra oportunidad —el abuelo Aquilino trataba de ser sensato.

—¿Y si a Nicanor le da por ladrarle como un loco? —preguntó la tía Azucena con mucha guasa.

El abuelo se puso a silbar ignorándola.

Al fin, todo estuvo listo y nos sentamos a esperar. El tío Manolo punteaba el suelo con un pie, nervioso, y también el forense, pero a un ritmo más flamenco.

Entonces sonó el teléfono.

Todos nos miramos. Hasta los canadienses. Y antes de que pudiéramos reaccionar, se lanzaron a cogerlo. Por aquellos días todavía seguíamos preguntándonos por qué los canadienses se afanaban tanto en responder al teléfono. Cuando supimos su secreto, lo comprendimos.

El que había cogido el auricular escuchaba muy atento. Después, tapándolo con una mano, dijo:

—Es para el de Orense.

Nos miramos tratando de buscar al que era de Orense, pero solo vimos al notario echarse a llorar. El abuelo se dio un golpetazo en la cabeza con la mano y exclamó:

—Pero si seré olvidadizo... ¡Ahora vengo!

Entonces, alguien dijo:

—El forense, es para el forense.

Y todos:

—¡Aaah!

Y Currito:

20. Quello di Ourense

BISOGNAVA AMMETTERE che si respirava un clima teso nell'hotel. Avevamo trascorso tutta la mattina preparando il pranzo. I miei fratelli, Goyo ed io preparammo la tavola della sala da pranzo come se fosse domenica ed anche il notaio ci diede la paghetta per lo stesso motivo. C'era il sole ed entrava tantissima luce dalla finestra.

—E se ci starà antipatico? — chiese la zia Juanita, alla quale in verità il signor X stava un po' sullo stomaco.

—Beh, dovremmo contenerci. Dobbiamo dargli un'altra possibilità — il nonno Aquilino cercava di essere ragionevole.

—E se Nicanor gli abbaia contro come un pazzo? — domandò la zia Azucena in tono burlone.

Il nonno si mise a fischiare ignorandola.

Finalmente fu tutto pronto e ci sedemmo in attesa. Lo zio Manolo ticchettava a terra con un piede, nervoso, e anche il forense lo faceva, però con un ritmo più flamenco.

Suonò il telefono.

Tutti ci guardammo. Anche i canadesi. E prima ancora che potessimo reagire, si catapultarono a rispondere. In quei giorni continuavamo ancora a chiederci perché i canadesi si affannassero tanto a rispondere al telefono. Quando scoprîmo il loro segreto, lo capimmo.

Quello che aveva alzato la cornetta ascoltava attentamente. Poi, tappandola con una mano, disse:

—È per quello di Ourense.

Ci guardammo cercando di capire chi fosse quello di Ourense, ma vedemmo solo il notaio mettersi a piangere. Il nonno si diede un colpo con la mano sulla testa ed esclamò:

—Ma quanto sono sbadato... Adesso arrivo!

—E qualcuno disse:

—Il forense, è per il forense.

E tutti:

—Aaaaah!

E Currito:

-*¿Para mí? Zerá por mi trazlado?* Ansioso, pero sin perder las maneras, cogió el teléfono, se ajustó la corbata, hizo un par de gorgoritos y dijo con mucha notoriedad:
-*Zí?*

Todos tratábamos de entender qué decía aquel alambre de voz que bisbiseara al otro lado del teléfono. Currito, cada vez más circunspecto, asentía.

-*Zí!... Ajá!... Ezo eh!... Zí!... No!... Zí!... Ya!... Ajá!... Zí, zi!... Graciah!... Buenoz díah!* Y colgó con la cara sonriente.

-*¿Qué?* -preguntamos.

-*Me han dado el trazlado a Cá!*

Todos aplaudimos y le vitoreamos.

De reojo vi cómo el tío Manolo trataba de sonreír y no le salía.

—Per me? Sarà per il mio trasferimento? Ansioso, però sempre composto, prese la cornetta, si aggiustò la cravatta, fece un paio di gorgheggi e disse con grande notorietà:
—Sì?

Tutti cercavamo di capire cosa dicesse quel filo metallico di voce che bisbigliava dall'altro capo del telefono. Currito, sempre più circospetto, annuiva.

—Sì!... Aha!... Esatto!... Sì!... No!... Sì!... Già!... Aha!... Sì, sì!... Grazie!... Buona giornata!

Ed attaccò sorridente.

—Allora? — domandammo.

—Mi hanno dato il trasferimento a Cadice!

Tutti applaudimmo e facemmo il tifo per lui.

Con la coda dell'occhio vidi lo zio Manolo che cercava di sorridere senza riuscirci.

21. La comida

AL FIN SONÓ EL TIMBRE y corrimos a abrir. Tratamos de portarnos con mucha corrección. El señor X venía repeinado, con el bigote brillante. Sujetaba con los dedos índice y pulgar, bien enguantados, las cintas que ataban un paquetito.

Nos pusimos de nuevo en fila india y le fuimos dando dos besos por turnos. Cuando le tocó a la farmacéutica, el señor X se puso colorado hasta las orejas y gritó:

—¡Bueno, ya está bien! ¡Basta de formalidades! ¿Dónde dejo los milhojas?

Seguía sujetando con los dos dedos el paquete y estaba tieso como una estaca. Alguien, creo que la tía Amalia, se llevó los pasteles y nos sentamos todos a la mesa. Con tantas idas y venidas, mamá Leo estaba un poco desconcertada, pero sonreía y se había puesto colorete y hasta sombra de ojos.

Comimos con mucha formalidad, y ni Currito ni el tío Manolo cantaron una estrofa. No sé por qué salió a relucir la historia del señor Aguado y el tren de Orense. Con tanto lío, lo habíamos olvidado todos menos el abuelo. El señor X escuchaba atentamente, y se enjugó los ojos con sus guantes blancos, a escondidas, pero todos le vimos. Es posible que el amor del notario y Marineli le recordase a Marie Cecereu. También la tía Juanita observó este enternecimiento del gorrión y trató de probar suerte.

—¡Hoy he recibido una carta! —dijo con la voz un poco aguda. «Ji, ji, ji», la risa del señor X llenó el comedor y la tía Juanita se enfurruñó. Todos miramos contrariados al metomentodo. Él pidió perdón, pero no podía dejar de reírse y la farmacéutica, la muy bruta, se contagió y ahogó también una risita.

Terminamos de comer en silencio, un poco enfadados.

Cuando llegamos a los postres, el abuelo golpeó su copa con la cuchara varias veces.

—¡Atención, atención todos! Tengo un regalo para el señor Aguado. Con el jaleo del... ejem... informe...

—Que no lo cambio -rabió el señor X.

El le ignoró:

—... pues se me había olvidado. He hecho unas gestiones y... bueno, aquí tiene, señor Aguado. Le entregó un paquete pequeño, que el notario, muy grave, se dispuso a abrir. Le temblaban un poco las manos, porque creo que intuía, como todos nosotros, de qué se trataba.

21. Il pranzo

FINALMENTE IL CAMPANELLO SUONÒ e corremmo ad aprire. Cercammo di comportarci molto educatamente. Il signor X era arrivato ripettinato, con i baffi brillanti. Teneva con il pollice e l'indice, ben inguantati, i nastri che legavano un pacchettino. Ci mettemmo di nuovo in fila indiana e a turno andammo a dargli due baci. Quando toccò alla farmacista, il signor X arrossì fino alle orecchie e urlò:

—Va bene, basta così! Basta con le formalità! Dove lascio la millefoglie?

Continuava a tenere il pacchetto con le dita ed era teso come una corda di violino. Qualcuno, credo la zia Amalia, prese il dolce e ci sedemmo tutti a tavola. Con tutto quel movimento, mamma Leo era un po' sconcertata, però sorrideva e si era incipriata le guance e si era messa persino l'ombretto.

Pranzammo con molta formalità, e né Currito né Manolo cantarono una strofa. Non so perché tornò a galla la storia del signor Aguado e del treno per Ourense. Con tutto quel trambusto, ce lo eravamo dimenticati tutti, eccetto il nonno. Il signor X ascoltava attentamente, e si asciugò di nascosto gli occhi con i guanti bianchi, però tutti lo vedemmo. È possibile che l'amore tra il notaio e Marineli gli ricordasse Marie Cecereu. Anche la zia Juanita osservò l'intenerimento del passerotto e azzardò:

—Oggi ho ricevuto una lettera! — disse con la voce un po' acuta. “Ah, ah, ah”, la risata del signor X riempì la sala e la zia Juanita si imbaciò. Tutti guardammo contrariati l'impiccione. Lui chiese scusa, però non riusciva a smettere di ridere e la farmacista, molto rude, si fece contagiare e soffocò una risata.

Finimmo di mangiare in silenzio, un po' arrabbiati.

Quando arrivammo al dolce, il nonno colpì il bicchiere con un cucchiaio varie volte.

—Attenzione, attenzione tutti! Ho una sorpresa per il signor Aguado. Con tutto il trambusto causato dal... ehm... rapporto...

—Che non cambio — sbraitò il signor X.

Il nonno lo ignorò:

—... beh mi ero dimenticato. Ho fatto alcune cose e... beh, questo è per lei, signor Aguado.

Gli consegnò un piccolo pacchetto, che il notaio, molto serio, aprì. Gli tremavano un po' le mani, perché credo che avesse intuito, come tutti noi, di cosa si trattasse.

En efecto, era una cinta magnetofónica, que es una cinta para grabar sonidos.

En una de su caras había escrito: «Grabaciones horarios trenes por Marineli González».

El notario, de la impresión, se cayó de la silla. Se recompuso. Sus ojos de salmonete se habían enrojecido. Sacó con mucho cuidado el pañuelo del bolsillo y se secó los lagrimales.

—Es... es... el anuncio de la salida del tren de Orense —acertó a decir.

—Y de los otros trenes. Todos grabados por su Marineli, señor Aguado —informó orgulloso el abuelo Aquilino—. Me ha costado conseguirlo. He tenido que hacer muchas gestiones, pero, al fin, ahí lo tiene usted.

Todos aplaudimos emocionados. Hasta el señor X, que no pudo evitar dar dos o tres palmadas. El notario cabeceaba satisfecho dando las gracias a unos y otros y se guardó la cinta en el bolsillo izquierdo, junto a su corazón y su pañuelo.

Con tanta emoción, no fue posible impedir que el tío Manolo cantase. Lo hizo con los ojos cerrados y la frente fruncida, y se veía que el canto aquel le salía del corazón.

*Como la flor que el aire la lleva
vien el mi amor rondando puerta.*

*Como la flor que el aire la lleva
vien el Señor del cielo a la tierra.*

Y en su voz te llama a tu puerta.

Vien el Señor del cielo a la tierra.

Como la flor está el mi amor.

Cuando terminó, todos miramos expectantes a Currito para oírle protestar y luego cantar, pero él estaba con los ojos sobre la mesa, como si en verdad aquella canción le hubiese emocionado lo mismo que una copla gitana. Todos, menos el señor X, nos pusimos la servilleta en la cabeza, porque aquel cantar nos había llegado muy adentro y nos gustaba.

Entonces, alguien dijo:

—¿Y los milhojas?

El tío Servando corrió a la cocina. Tardó mucho en regresar y, cuando llegó, nos explicó:

—Nada, que los bisabuelos ya se los han comido.

E infatti, era un nastro magnetico, ovvero un nastro per registrare i suoni. In uno dei due lati c'era scritto: "Registrazioni orario treni di Marineli González". Il notaio cadde dalla sedia per l'emozione. Si ricompose. I suoi occhi languidi si erano arrossati. Tirò fuori con molta cura un fazzoletto dalla tasca e si asciugò le lacrime.

-È... è... l'annuncio della partenza del treno per Ourense – azzeccò.

-E degli altri treni. Tutti registrati dalla sua Marineli, signor Aguado – lo informò orgoglioso il nonno Aquilino–. È stata dura recuperarlo. Ho dovuto occuparmi di varie cose, però, finalmente, è tutto suo.

Tutti applaudimmo emozionati. Persino il signor X, che non riuscì ad evitare un paio di battiti di mano. Il notaio muoveva la testa soddisfatto ringraziando tutti, uno dopo l'altro, e mise la cinta al sicuro nella sua tasca sinistra, insieme al suo cuore e al suo fazzoletto. Con tutta quella emozione, non fu possibile impedire allo zio Manolo di cantare. Lo fece con gli occhi chiusi e la fronte aggrottata, e si vedeva che quel canto gli usciva dal cuore.

Come il fiore che l'aria trasporta

Viene il mio amore ad appostarsi alla porta.

Come il fiore che l'aria trasporta

Viene il Signore dal cielo alla terra

E con la sua voce ti chiama alla tua porta.

Viene il signore dal cielo alla terra.

Come il fiore c'è il mio amore.

Quando finì, tutti guardammo Currito in attesa di sentirlo protestare e poi cantare, però lui se ne stava con gli occhi sopra al tavolo, come se in realtà quella canzone l'avesse emozionato tanto quanto una canzone gitana. Tutti, tranne il signor X, ci mettemmo la salvietta in testa, perché quel canto ci era entrato dentro e ci piaceva. Poi qualcuno disse:

-E la millefoglie?

Lo zio Servando corse in cucina. Ci mise tanto a tornare e, quando arrivò, ci spiegò:

-Niente, i bisnonni se la sono già mangiata.

El abuelo Aquilino le hizo gestos disimulados para que se limpiase la boca, porque la tenía llena de merengue. El señor X miró escamado al tío Servando. Para entretenérle y un poco por costumbre, la tía Rosa dijo:

—¿Y si bailamos un chiringüelo?

Pero no nos atrevimos.

Il nonno Aquilino con un gesto velato gli fece capire che doveva pulirsi la bocca, perché ce l'aveva piena di meringa. Il signor X guardò diffidente lo zio Servando. La zia Rosa, con l'intento di distrarlo e un po' anche per abitudine disse:

—E se ballassimo un chiringuelo?

Però non avemmo il coraggio di farlo.

22. La fiesta de despedida

AL FINAL, la comida resultó un éxito.

De todos nosotros, había dos personas felices: el notario, con su cinta magnetofónica, y el forense, al que le habían dado su ansiado traslado a Cádiz. También el señor X parecía contento, porque se embarullaba con las palabras y no volvió a reírse de nadie. Cuando terminamos, la tía Azucena y la farmacéutica le acompañaron a la puerta.

—Ya sabe dónde tiene su casa -dijo la tía Azucena.

—¡Hasta que se venda! —gritó alguien, de malos modos, desde el comedor, y yo creo que fue el tío Florencio.

—Puede venir cuando quiera -completó la tía, ignorando a su hermano.

—¡Eso! -dijo la farmacéutica, entusiasmada, y le arreó un cachetazo en la espalda.

El señor X le tomó la palabra y cogió la costumbre de venir a comer con nosotros. Aquellos días, en el interior de la casona se hacían muchos preparativos. La marcha del forense y el cierre del hotel no dejaban tregua a mi familia. Yo no entendía cómo no guardaban rencor al antipático del señor X.

—Él ha hecho su trabajo. No debemos mezclar —me dijo mi madre, resignada y bella.

—Pero sigue siendo un antipático -dije yo, que aún debía aprender mucho de mi familia.

—A los antipáticos también se les coge cariño —aseguró mi madre—. Y luego dan mucho juego en las familias. Además, el señor X está cambiando, y eso es lo más importante. Tu abuelo está muy orgulloso.

Y era verdad. Con cada visita, el señor X parecía menos un gorrión, ya no iba dando saltitos. Incluso dejó de pestañear y a veces se le escapaba una sonrisa. Tanto fue así que la tía Juanita se volvió a atrever a sacar un papel del bolsillo y a poner ojos de enamorada. El señor X no se rio, y todos nos sentimos reconfortados.

También mamá Leo empezó a maquillarse y a llegar tarde a comer. Aún no se animaba a vestirse de gala, pero un día dijo:

—Esta noche me he mareado un poco —y sonrió.

22. La festa d'addio

ALLA FINE, il pranzo fu un successo.

Tra tutti noi, c'erano due persone felici: il notaio, con il suo nastro magnetico, e il forense, al quale avevano dato il tanto agognato trasferimento a Cadice. Anche il signor X sembrava contento, perché si impappinava con le parole e non rise più di nessuno. Quando finimmo, la zia Azucena e la farmacista lo accompagnarono alla porta.

—Questa è casa sua — disse la zia Azucena.

—Fino a quando non la venderemo! —gridò qualcuno in malo modo dalla sala da pranzo, ed io penso che fu lo zio Florencio.

—Può venire quando vuole —continuò la zia, ignorando suo fratello.

—Esatto! — disse la farmacista, entusiasta, e gli diede una pacca sulla schiena.

Il signor X la prese in parola e prese l'abitudine di venire a mangiare con noi. Quei giorni, in casa, si facevano molti preparativi. La partenza del forense e la chiusura dell'hotel non davano tregua alla famiglia. E non capivo come potessero non riservare rancore all'antipatico signor X.

—Lui ha fatto il suo lavoro. Non dobbiamo confondere le cose — mi disse mia mamma, bella e rassegnata.

—Però continua ad essere antipatico — dissi io, che ancora dovevo imparare tanto dalla mia famiglia.

—Si vuole bene anche agli antipatici — assicurò mia madre—. E poi servono sempre nelle famiglie. Inoltre, il signor X sta cambiando, e questa è la cosa più importante. Tuo nonno è molto orgoglioso.

Ed era vero. Ogni volta che veniva, il signor X assomigliava sempre meno ad un passerotto, non saltellava più. Smise persino di sbattere le palpebre e a volte gli scappava da sorridere. Per questo la zia Juanita osò tirare fuori di nuovo un foglio dalla tasca e fare gli occhi da innamorata. Il signor X non si mise a ridere, e tutti ci sentimmo rassicurati.

Anche mamma Leo cominciò a truccarsi e ad arrivare tardi a pranzo. Ancora non era stimolata abbastanza per vestirsi da gala, ma un giorno disse:

—Questa notte ho sofferto un po' il mal di mare — e sorrise.

—¡El perro Nicanor también empieza a sentir corrientes! —señaló el abuelo Aquilino, mirando de reojo al señor X.

Y él, nada, ni se inmutó.

Los que ya no peleaban cantando eran el tío Manolo y Currito. Parecía como si el forense, desde que supo lo de su traslado, ya no necesitara cantar flamenco. Por respeto, el tío Manolo también callaba.

Los canadienses estaban a lo suyo sonriendo, y el notario, cuando terminábamos de comer, se levantaba muy circunspecto, nos miraba con sus ojos de salmonete y se encerraba en su cuarto. Durante horas, oíamos la salida de los trenes de Orense, de Villablinos, de Cangas... y había que reconocer que aquella Marineli tenía una voz hermosa y que, desde entonces, las tardes en el hotel se habían vuelto más dulces.

Pero nada de eso me quitaba a mí la tristeza por la venta del hotel. También el ángel que era mi padre aleteaba con más aflicción, y yo no sabía si iba a quedarse en la casona con los fantasmas o si podía seguir a mi familia allá donde fuéramos. El abuelo Aquilino nos tranquilizó diciéndonos que aún pasarían meses hasta que alguien se decidiera a comprarlo, y que quien lo comprase seguramente quisiera mantener el hotel.

—Y tal vez —dijo el abuelo— nos permita seguir llevando la gestión.

Con esa esperanza vivíamos.

A todo aquello había que sumarle la marcha de Currito, que aunque para él era un acontecimiento alegre, nos daba a todos mucha pena. Le hicimos una gran fiesta de despedida. Por supuesto, el señor X fue uno de los invitados.

No te voy a contar los detalles de la fiesta, solo que hubo mucha música y Currito y el tío Manolo cantaron como en los buenos tiempos.

La tía Rosa bailaba por alegrías que era un primor, y había que ver cómo se miraban a los ojos ella y el forense, justamente ahora que el andaluz tenía que marcharse.

Los canadienses, por su parte, estaban a lo suyo, palmea que te palmea, y el tío Florencio escanciaba sidra desde tan alto que el chorro cristalino rebotaba en el cristal del vaso sonando como los ángeles.

–Anche il cane Nicanor inizia a sentire le correnti! – indicò il nonno Aquilino, guardando con la coda dell’occhio il signor X.

E lui, niente, non batté nemmeno ciglio.

Manolo e Currito non bisticciavano più a suon di canzoni. Era come se il forense, da quando ebbe la notizia del trasferimento, non avesse avuto più bisogno di cantare flamenco. Lo zio Manolo taceva per rispetto.

I canadesi come al solito sorridevano, e il notaio, quando finivamo di mangiare, si alzava circospetto, ci guardava con i suoi occhi languidi e si chiudeva nella sua stanza. Sentivamo per ore le partenze dei treni per Ourense, Villablinos, Cangas... e bisognava ammettere che quella Marineli aveva una voce bellissima e che, da allora, i pomeriggi in hotel erano diventati più dolci.

Ma nulla di tutto ciò mi faceva passare la tristezza per la vendita dell’hotel. Anche l’angelo che era mio padre svolazzava più sofferente, ed io non sapevo se sarebbe rimasto nella casa con i fantasmi o se avrebbe seguito la mia famiglia, ovunque fossimo andati. Il nonno Aquilino ci tranquillizzò dicendoci che comunque sarebbero passati mesi prima che qualcuno si decidesse a comprarlo, e che chi l’avrebbe comprato avrebbe probabilmente avrebbe mantenuto l’hotel.

–E forse – disse il nonno – potrebbero continuare a lasciarcelo in gestione.

Vivevamo con questa speranza.

A tutto ciò bisognava aggiungere la partenza di Currito, che anche se per lui era un avvenimento positivo, a noi tutti provocava molta tristezza. Gli organizzammo una grande festa d’addio.

Ovviamente il signor X fu uno degli invitati.

Non vi racconterò tutti i dettagli della festa, solo che c’era tanta musica e Currito e lo zio Manolo cantarono come ai tempi d’oro.

La zia Rosa danzava come una vera ballerina di flamenco, e dovevate vedere come si guardavano negli occhi lei ed il forense, giustamente proprio ora che l’andaluso doveva andarsene.

I canadesi, invece, facevano ciò che era il loro forte, cioè battere le mani, e lo zio Florencio versava il sidro da talmente in alto che il getto cristallino rimbalzava sul vetro del bicchiere tintinnando come il suono del richiamo degli angeli.

Con canciones lentas, la tía Juanita y mamá Leo bailaron juntas, y también la farmacéutica y el señor X. Había que verlos, ella tan grande y él tan canijo, ella tan colorada y él tan pálido, ella tan bruta y él tan meticuloso, ella tan cándida y él tan antipático. Qué buena pareja hacían.

Al fin, Currito cogió las maletas y pidió un taxi. Le despedimos desde la puerta y él tuvo palabras amables para todos, incluido el perro Nicanor. El taxi dejó una nube de polvo y nos fuimos todos adentro, excepto Goyo y la farmacéutica, que regresaron a su casa. También el señor X, a saltitos y guiñando mucho los ojos, como antaño, se alejó por la plaza. Al poco, se detuvo y se dio la vuelta. Durante un rato contempló el anuncio de «Se vende» que el abuelo Aquilino había colgado de una de las ventanas. Y si no hubiera sido porque sabíamos que aquel era el señor X, habríamos pensado que algo conmovía su alma. Parece que fue entonces cuando al señor X se le ocurrió.

La zia Juanita e mamma Leo ballarono insieme canzoni lente ed anche la farmacista insieme al signor X. Dovevate vederli, lei così grande e lui così nanetto, lei così colorata in viso e lui così pallido, lei così sempliciotta e lui così meticoloso, lei così candida e lui così antipatico. Che bella coppia che erano.

Alla fine, Currito prese le valige e chiamò un taxi. Lo salutammo dalla porta e lui ebbe una parola gentile per tutti, anche per il cane Nicanor. Il taxi lasciò una nuvola di polvere e noi entrammo, eccetto Goyo e la farmacista, che ritornarono a casa. Anche il signor X, saltellando e strizzando gli occhi, come ai vecchi tempi, si allontanò per la piazza. Dopo poco, si fermò e si girò. Contemplò per un attimo l'annuncio “Vendesi” che il nonno Aquilino aveva appeso ad una delle finestre. E se non avessimo saputo che quello era il signor X, avremmo pensato che qualcosa aveva commosso la sua anima. Sembra che sia stato quello il momento in cui gli venne in mente.

23. La venta

EL ABUELO AQUILINO nos reunió a todos. Llevaba los bigotes caídos, y las gafas, y también sus brazos se desmayaban a lo largo del cuerpo.

-El hotel ya tiene comprador... -nos anunció.

Nadie diría que aquella voz había sido alguna vez una voz de domador de leones.

Nos miramos desolados. Los ojos de todos, incluidos los de los canadienses, se aguaron o se enrojecieron y en nuestras gargantas se anudó la angustia.

Goyo y yo pasamos la tarde en los columpios. Yo me dejaba mecer y cerraba los ojos. El vértigo del movimiento se unía al de la pérdida. Todo estaba ahí, en mi estómago, clavándose como un hierro amarillo. Subiendo. Bajando.

Los pies en el aire. Eso sí me gustaba. Y también que Goyo estuviera conmigo, aunque fuera tan silencioso que parecía que no estaba.

-A mí no me pierdes -susurró mientras nos balanceábamos.

Eso fue lo único que dijo, y fue suficiente.

Aquella noche cenamos en silencio. Al final de la cena, el abuelo se puso a hacer planes de futuro. Trataba de mostrarse optimista, pero sus bigotes y sus hombros seguían desmayados. También la tía Azucena intentó gastar alguna broma. Nadie se rio ni se puso una servilleta en la cabeza.

El ambiente estaba enrarecido. Solo mis hermanos parecían ajenos a aquella congoja y se peleaban entre sí o jugaban, y sus gritos era lo único que llenaba el aire frágil, casi azulado y triste del hotel. Afuera, rebotaba la lluvia.

A media noche, cuando daba vueltas en mi cama, inquieta, escuché unos gemidos. Me levanté ansiosa, casi contenta, pensando que eran los fantasmas. Pero sus llantos eran demasiado infantiles. Entonces me di cuenta de que se trataba de mis hermanos. Estaban juntos, acurrucados y llorando. Fui hacia su cama.

—¡No quiero irme del hotel! —dijo el mediano.

—¡Echo de menos a papá! —gimoteó el pequeño.

Volvieron a sus llantos, y yo vi aquellos ojos tan grandes y tan negros que sentí que me dolía el corazón. Los abracé.

—No os preocupéis, hermanitos —les dije—. Papá siempre estará con nosotros vayamos donde vayamos. Está aquí, en nuestro corazón.

23. La vendita

IL NONNO AQUILINO ci riunì tutti. Aveva i baffi cadenti, così come gli occhiali, ed anche le braccia crollavano lungo il corpo.

—L’hotel ha già un acquirente... — ci annunciò.

Nessuno avrebbe detto che quella voce una volta era una voce da domatore di leoni.

Ci guardavamo desolati. Gli occhi di tutti, incluso quelli dei canadesi, si lucidarono o si arrossarono e ci si formò un nodo angosciante alla gola.

Io e Goyo trascorremmo il pomeriggio sulle altalene. Io mi lasciavo cullare e chiudevo gli occhi. La sensazione di vertigine provocata dal movimento si univa a quella della perdita. Era tutto lì, nel mio stomaco, completamente in subbuglio. Saliva e scendeva.

I piedi all’aria. Quello sì che mi piaceva. Ed anche che Goyo fosse con me, nonostante fosse talmente silenzioso che sembrava non esserci.

—A me non mi perdi — sussurrò mentre ci dondolavamo.

Questa fu l’unica cosa che disse, e fu sufficiente.

Quella sera cenammo in silenzio. Alla fine della cena, il nonno si mise a fare dei piani per il futuro. Cercava di mostrarsi ottimista, ma i suoi baffi e le sue spalle continuavano ad essere cadenti. Anche la zia Azucena provò a fare qualche scherzo. Nessuno rise né si mise una salvietta in testa.

L’atmosfera era fredda. Solo ai miei fratelli sembrava non toccare quel dolore e litigavano tra loro o giocavano, e le loro grida erano l’unica cosa che riempiva l’aria fragile, quasi bluastra e triste, dell’hotel. Fuori batteva la pioggia.

A mezzanotte, mentre mi rigiravo irrequieta sul mio letto, sentii dei gemiti. Mi alzai ansiosa, quasi contenta, pensando che fossero i fantasmi. Ma i loro pianti erano troppo infantili. Quindi mi resi conto che si trattava dei miei fratelli. Erano insieme e piangevano raggomitolati. Andai nel loro letto.

—Non me ne voglio andare dall’hotel! — disse quello di mezzo.

—Mi manca papà! — frignò il più piccolo.

Continuarono a piangere, ed io vidi quegli occhi così grandi e neri e mi fece male al cuore. Li abbracciai.

—Non vi preoccupate, fratellini — dissi loro. — Papà sarà sempre con noi, ovunque andremo. È qui, nel nostro cuore.

Y alrededor de nosotros, ayudándonos. Eso no nos lo podrá quitar nadie. Vayamos donde vayamos, estaremos todos juntos.

Entonces recordé la canción que me había susurrado el tío Manolo, y les canté muy bajito:

No llores, no, que la vida es muy breve.

*Todo se pasa como una sombra leve,
ea que se vá...*

Cuando se durmieron, regresé a mi cama. Sentía un peso muy grande en el corazón. Quería rebelarme contra todo aquello, pero no tenía fuerzas. El espíritu de mi padre sobrevoló mi almohada y vino a posarse a mi lado. Con aquella compañía, acabé por dormirme. No me desperté hasta que la luz se instaló en mis párpados y era como un pájaro.

Se oían ruidos en el salón. Corré descalza y allí estaba otra vez.

Todos le rodeaban.

Questo non ce lo potrà togliere nessuno. Ovunque andremo, staremo tutti insieme.
Ricordai la canzone che mi aveva sussurrato all'orecchio lo zio Manolo, e gliela cantai
a bassa voce:

*Non piangere, no, che la vita è tanto breve.
Tutto accade come una sfumatura lieve,
se ne va...*

Appena si addormentarono tornai nel mio letto. Sentivo un peso grossissimo al cuore. Volevo ribellarmi a tutto quello che era successo, ma non avevo forze. Lo spirito di mio padre sorvolò sul mio cuscino e venne a posarsi a fianco a me. Con la sua compagnia, finii per addormentarmi. Non mi svegliai fino a quando la luce si insediò nelle mie palpebre ed era come un uccello.

Si sentivano dei rumori provenire dalla sala da pranzo. Corsi a piedi nudi e se ne stava lì un'altra volta.

Tutti lo circondavano.

24. Souvenirs

EL SEÑOR X hablaba y sudaba a chorros. La familia le escuchaba muy interesada, haciendo un corro, incluidos el señor Aguado, mamá Leo y los canadienses. Hasta la farmacéutica y Goyo estaban allí. El metomentodo llevaba los pantalones remangados, los guantes blancos y el cuello desanudado. El bigotillo, como una tachadura sobre la boca, se agitaba, dando saltos, a medida que hablaba. Me quedé detrás de la puerta del salón, escuchando.

—... que hayan llegado a esta situación. Por desgracia, no está en mi mano hacer nada para revertirla. Ciertamente había una cláusula en el informe, pero ya es tarde para ello... Demasiado tarde. La niña, esa moco... ejem... Paloma —miró a todos lados extrañándose de no verme—, ¿dónde está?

Al oír mi nombre respingué. Me oculté lo mejor que pude y continué espiándolos con el corazón disparado por la ansiedad.

—Durmiendo —dijo mi madre.

—Quería decírles que fue esa niña la que me dijo unas cosas terribles el día que llegó la... ejem... duquesa —aquí sonrió a la farmacéutica en el sillón del señor Aguado y que miraba al señor X pestañeando mucho, para espanto de todos.

El despiadado señor X continuó:

—A pesar de que todos pensaban como la niña y de que yo les advertí de que no iba a cambiar una palabra del informe, ustedes me acogieron con mucho..., ejem... ejem... ca... cariño (le costaba decir este tipo de palabras). Y no solo eso, sino que les dijeron a los del banco que eran mis... vaya, vaya... am... am... amigos (aquí tuvo que contener las lágrimas). Han llenado mi vida de ilusiones, y eso que yo había roto las suyas. Fue de nuevo esa moco... ejem... esa niña la que me lo hizo ver muy claro, y cuánta razón tenía. Les corté las ilusiones a todos: a doña Leonor, a Juanita, a Manolo, al exhuésped señor forense, a usted, don Aquilino. Por ese motivo he venido. Ya que las cosas están como están y no puedo hacer nada por cambiarlas, quiero devolverles sus ilusiones, restablecerles ciertas cosas. Por eso les he traído unos... ejem... re... re... regalos, unos *souvenirs*... Todos aplaudieron.

—¡Qué discurso tan bonito! —dijo la tía Rosa, emocionada.

24. Souvenirs

IL SIGNOR X parlava e gocciolava di sudore. La famiglia lo circondava, inclusi il signor Aguado, mamma Leo e i canadesi; lo ascoltavano tutti molto interessati. C'erano perfino la farmacista e Goyo. L'impiccione indossava dei pantaloni arrotolati sulle caviglie, i guanti bianchi e il colletto aperto. I baffetti, che gli coprivano tutta la bocca, si agitavano, saltellando man mano che parlava. Rimasi dietro alla porta della sala ad ascoltare.

—...che siate arrivati a questa situazione. Purtroppo non ho il potere di fare nulla per capovolgerla. Sicuramente c'era una clausola nel rapporto, ma ormai è tardi... troppo tardi. La bambina, quella moccio... ehm... Paloma — guardò dappertutto e si stranì di non avermi vista, —dov'è?

Sentendo il mio nome feci un sussulto. Mi nascosi meglio che potei e continuai a spiarli con il cuore a mille per l'ansia.

—Sta dormendo — disse mia madre.

—Volevo dirle che è stata quella bambina a dirmi delle cose terribili il giorno che arrivò la... ehm... duchessa — e sorrise alla farmacista che stava sulla poltrona del signor Aguado e che guardava il signor X sbattendo di continuo le palpebre, sconvolgendo tutti.

Lo spietato signor X seguì:

—Nonostante voi tutti la pensiate come la bambina ed io vi avevo avvertiti che non avrei cambiato neanche una parola del rapporto, voi mi avete accolto con molto... ehm... ehm... af... affetto (faceva fatica a dire questo tipo di parole). E non solo questo, avete anche detto a quelli della banca che eravate miei... dai, dai... am... am... amici (qui dovette contenere le lacrime). Avete riempito la mia vita di fantasie, ed io avevo distrutto le vostre. Fu di nuovo quella moccio... ehm... quella bambina ad avermelo fatto capire, e quanto aveva ragione. Infransi i sogni di tutti: alla signora Leonor, a Juanita, a Manolo, all'ex ospite il signor forense, a lei, signor Aquilino. Per questo sono venuto qui. Visto che le cose sono come sono e non posso fare nulla per cambiarle, voglio restituirlvi i vostri sogni, ristabilire alcune cose. Per questo vi ho portato dei... ehm... re... re... regali, dei *souvernirs*... tutti applaudirono.

—Che bel discorso! — disse la zia Rosa, emozionata.

—En primer lugar, tengo una carta para Juanita que me ha dado... bueno, ya saben... el de... el de correos.

Todos supimos que mentía, pero nos alegramos por ello.

La tía Juanita corrió a coger la carta, un poco nerviosa, y la abrió allí mismo. Trató de poner ojos de enamorada, pero no le salían nada bien. Seguro que aquella carta la había escrito el señor X. ¡La de tonterías que pondría!

Mi madre le dio un codazo a la tía Azucena:

—Hay que ver cómo se esfuerza este hombre...

—Y qué mal le sale —susurró ella.

El señor X continuó con los regalos. A mamá Leo le entregó otro sobre. Ella lo abrió con las manos temblorosas y sus viejos ojos pestañearon perplejos cuando encontró dentro un pasaje para un crucero por el Caribe. Yo vi cómo mi familia trataba de sonreír, pero todos sabíamos que a mamá Leo lo que le gustaba era el norte. Y además, los barcos la mareaban una barbaridad.

El metomentodo entregó ahora un paquetito a la tía Azucena y otro al tío Manolo. El regalo de la tía Azucena era un sombrero, un sombrero de verdad, de los de ponerse en la cabeza. Con lo que le gusta a la tía Azucena ponerse cualquier cosa que no sea un sombrero en la cabeza. Hizo como que le gustaba mucho y hasta se lo puso.

El tío Manolo abrió su regalo. Eran partituras de flamenco, y casi se desmaya.

—Y ahora viene uno de los mejores..., ejem... re... regalos —dijo el señor X tremadamente satisfecho.

—Salió un momento y regresó con un bultito muy grande que le entregó al abuelo Aquilino. Este carraspeó y se retorció los bigotes, esperando lo peor. En efecto, allí, en aquel bulto que se movía, había ¡un perro! Un perro de verdad. Hay que reconocer que era bonito y que hasta se le oía cuando ladraba. Pero el abuelo no quería un perro de verdad, quería a Nicanor. Congeló una sonrisa y dijo:

—Vaya, a Nicanor le... le encantará la compañía!

Entonces yo los miré a todos.

Estaban muy raros así: el abuelo con un perro, la tía Azucena con aquel sombrero, el tío Manolo tratando de cantar flamenco y mamá Leo con un pasaje que la alejaría de los ríos noruegos. Por no hablar de los ojos de la tía Juanita.

—In primo luogo, ho una lettera per Juanita che mi hanno dato... beh, lo sapete... quelli... quelli delle poste.

Tutti sapevamo che mentiva, però saperlo ci rese felici.

La zia Juanita corse a prendere la lettera, un po' nervosa, e la aprì all'istante. Provò a fare gli occhi da innamorata, ma non le uscirono per niente bene. Di sicuro quella lettera gliela aveva scritta il signor X. Chissà quali sciocchezze ci saranno state scritte!

Mia madre diede una gomitata alla zia Azucena:

—Dobbiamo renderci conto di quanto si sforza quest'uomo...

—E come gli viene male — sussurrò lei.

Il signor X continuò con i regali. A mamma Leo diede un'altra busta. Lei la aprì con le mani tremanti e le sue vecchie ciglia sbatterono perplesse quando trovò dentro un biglietto per una crociera ai Caraibi. Io vidi come la mia famiglia cercasse di sorridere, però tutti sapevamo che a mamma Leo piaceva il nord. E inoltre, soffriva di mal di mare. L'impiccione consegnò poi un pacchettino alla zia Azucena e uno allo zio Manolo. Il regalo della zia Azucena era un cappello, un cappello vero, di quelli che si mettono in testa.

Ma alla zia Azucena piace mettersi in testa qualsiasi cosa che però non sia un cappello.

Finse di apprezzare molto e se lo mise in testa.

Lo zio Manolo aprì il suo regalo. Erano delle partiture di flamenco, e per poco non sviene.

—E adesso arriva uno dei migliori... ehm... re... regali — disse il signor X tremendamente soddisfatto.

—Uscì un momento e rientrò con un pacco grande che consegnò al nonno Aquilino. Questo si schiarì la voce e si ritorse i baffi, aspettandosi il peggio. Infatti, lì, in quel pacco che si muoveva, c'era un cane! Un cane vero. Bisogna riconoscere che era bello e addirittura lo si sentiva quando abbaia. Però il nonno non voleva un cane vero, voleva Nicanor. Congelò un sorriso e disse:

—Wow, a Nicanor pia... piacerà un po' di compagnia!

Allora io li guardai tutti.

Erano stranissimi così: il nonno con un cane, la zia Azucena con quel cappello, lo zio Manolo che cercava di cantare flamenco e mamma Leo con un biglietto che l'avrebbe allontanata dai fiumi norvegesi. Per non parlare degli occhi della zia Juanita.

Aquello empezaba a exasperarme. Entonces el señor X, con una enorme sonrisa bajo aquel ridículo mostacho, dijo:

—¿Y la moco... ejem... digo... la... la niña? ¿Se habrá despertado ya? ¡El último y mejor regalo es para ella! Mi corazón se movió aterrado. ¿Qué sería capaz de regalarme aquel hombre? Dudé entre echar a correr o plantarle cara. Al fin, me decidí por lo último. Salí dispuesta a decirle cuatro cosas. La verdad a veces duele, pero alguien se tiene que encargar de decirla. Y en esta ocasión, ese alguien también iba a ser yo.

Tutto ciò cominciava ad esasperarmi. In quel momento il signor X, con un sorriso enorme sotto a quei ridicoli baffi, disse:

—E la moccio... ehm....dico...la...la bambina? Si sarà svegliata? L'ultimo e il miglior regalo è per lei! Il mio cuore sussultò terrorizzato. Cosa sarebbe stato capace di regalarmi quell'uomo? Esitai, indecisa se darmela a gambe o affrontarlo. Alla fine, optai per la seconda. Uscii, pronta a dirgli quattro cose. La verità a volte fa male, però qualcuno deve prendersi la responsabilità di dirla. E in questa occasione, quel qualcuno sarei stata io.

25. La batalla final

¡AQUÍ ESTOY! -grité saliendo de detrás de la puerta-. ¡Y no quiero su regalo! ¡No y no! ¿Cree que lo puede arreglar todo con unos regalos que no le gustan a nadie? Nosotros éramos felices con nuestras cosas y usted tuvo que venir a romper nuestro mundo. Está tratando de ponerlo todo a su modo: cartas de verdad, viajes de verdad, sombreros de verdad, perros de verdad... ¿Pero sabe cuál es la verdad? Que éramos mucho más felices antes sin todas esas cosas y sin usted. -¡Paloma! –me reprendió mi madre–. ¡Lo ha hecho con toda su buena intención!

-¡Buena intención sería no haber escrito ese maldito informe!

-Palomita, cariño, él no tiene la culpa de nuestra deuda ni de que el banco no quiera darnos crédito y... –comenzó a decir el abuelo.

-¡Odio que me llamen Palomita!

-¡El señor X ye un *pedazu* de pan! –gritó la farmacéutica, poniéndose muy roja.

-¡De pan duro! –grité yo más alto.

-¡A pan duro, diente agudo! –dijo alguien.

-¡Cada quien mastica con los dientes que tiene!

-¡Sin dientes no hay pan blando!

-¡Pan blando, pan duro, me sacan de un apuro!

-Pito, pito, gorgorito –dijo el tío Florencio por decir. -¡Basta! –gritó la tía Azucena viendo que la cosa se estaba desviando–. ¡Paloma, discúlpate ante el señor X! Lo que me faltaba. Me puse colorada de puro enojo. ¿Disculparme? ¡Jamás!

-Dejad a la niña, creo que tiene razón.

El señor X estaba encogido sobre sí mismo, como un pollo mojado de tanto que sudaba.

Tenía los ojos enrojecidos y le temblaba la voz. Todos le miramos.

-La moco... ejem... la niña tiene razón –repitió–.

Estabais todos mejor antes de que yo llegara, y ni siquiera sé hacer regalos. ¡Soy una calamidad! -¡Pero si son regalos fantásticos!

-Buenísimos.

-¡Los mejores!

-¡Basta, basta! Dejad de mentir –pidió el señor X–. Sé que todos pensáis como ella y que os portáis así conmigo por compasión. Que os doy lástima. Nada más.

25. La battaglia finale

SONO QUI! – gridai uscendo da dietro la porta–. Io non voglio il suo regalo! No e no! Crede di poter sistemare tutto con dei regali che non piacciono a nessuno? Noi eravamo felice con le nostre cose e lei è dovuto venire a distruggere il nostro mondo. Sta cercando di fare tutto a modo suo: lettere vere, viaggi veri, cappelli veri, cani veri... Ma sa qual è la verità? Che eravamo molto più felici prima di tutte queste cose e senza di lei. – Paloma! –Mi riprese mia madre–. Ha fatto tutto con le sue più buone intenzioni!

–Una buona intenzione sarebbe stata non scrivere quel maledetto rapporto!

–Palomita, tesoro, lui non ha colpe per il nostro debito né per il fatto che la banca non voglia darci credito e... – cominciò a dire il nonno.

–Odio che mi chiamino Palomita!

–Il signor X è un pezzo di pane! – gridò la farmacista, arrossendo.

–Di pane duro! – gridai io più forte.

–A pane duro, dente acuto! – disse qualcuno.

–Ognuno mastica con i denti che ha!

–Senza denti non c'è neanche il pane al latte!

–Pane al latte, pane duro, mi tirano fuori da questo guaio duraturo!

–Ambarabacciciccoccò... –disse lo zio Florencio così per dire. –Basta! – gridò la zia Azucena vedendo che la cosa stava scappando di mano–. Paloma, scusati con il signor X! Proprio quello che mi mancava. Arrossii di pura rabbia. Scusarmi? Mai!

–Lasciate stare la bambina, penso che abbia ragione.

Il signor X era rannicchiato su sé stesso, come un pollo bagnato, da tanto che sudava.

Aveva gli occhi arrossati e gli tremava la voce. Lo guardavamo tutti.

–La moccio... ehm... la bambina ha ragione – ripeté–.

Stavate tutti meglio prima che io arrivassi, e non sono nemmeno bravo a fare i regali.

Sono un disastro!

Ma se ci hai fatto dei regali fantastici!

–Bellissimi.

–I migliori!

–Basta, basta! Smettete di mentire – disse il signor X–. So che la pensate tutti come lei e che vi comportate così con me per compassione. Che vi faccio pena. Nient'altro.

¡Y no soporto la lástima! ¡Me iré! No volveréis a verme, pero te ruego, moco... ejem... Paloma, que aceptes mi... mi... regalo. Nada más. ¡Toma! ¡Ha sido muy grato venir a comer con vosotros! ¡Adiós!

El señor X extendió sus guantes, se abotonó la camisa y salió de la casa con paso largo. Todos le vimos irse y sentimos un no sé qué.

Yo miré el sobre que había dejado en mi mano. Después volví la vista hacia Goyo. Sentí que de nuevo lo había estropeado todo. ¿Por qué yo no era como el resto de mi familia? Un soplo de aire me recorrió la nuca. Los ojos se me inundaron de lágrimas. Pensé que si pestañeaba me resbalarían por las mejillas.

—Oye, neña, ¿vas a abrir el sobre ese o qué? —preguntó entonces la farmacéutica.

Y, para animarme, me dio un cachetín en la espalda que casi se me sale un riñón por la boca.

Yo volví a mirar a Goyo y él asintió para que abriera aquel estúpido regalo.

Non sopporto la compassione! Me ne vado! Non mi vedrete più, però ti prego, moccio... ehm... Paloma, accetta il mio... il mio... regalo. Non ti chiedo altro. Tieni! È stato un piacere venire a mangiare da voi! Addio!

Il signor X dispiégò i suoi guanti, si abbottonò la camicia ed uscì dalla casa con un passo lungo.

Tutti lo vedemmo andarsene e sentimmo un non so che.

Guardai la busta che mi aveva lasciato in mano. Poi riguardai Goyo. Sentivo di nuovo di aver rovinato tutto. Perché io non ero come il resto della mia famiglia? Un soffio d'aria mi percorse la nuca. Gli occhi mi si inondarono di lacrime. Pensai che se avessi sbattuto le palpebre le lacrime mi sarebbero scivolate sulle guance.

—Senti, piccola, pensi di aprire quella busta o cosa? — domandò la farmacista.

E, per incoraggiarmi, mi diede una pacchetta sulla schiena che per poco mi faceva uscire un rene dalla bocca.

Guardai di nuovo Goyo e lui annuì par dirmi di aprire quello stupido regalo.

26. El regalo del señor X

TODOS ESTABAN TAN INTRIGADOS que me rodeaban, extendiendo sus cuellos para ver qué contenía el sobre. Me quitaban la luz y no me dejaban respirar. –¿Queréis apartaros un poco? –pedí.

Se disculparon y me dejaron espacio. Abrí el sobre y saqué los papeles que contenía. Mi corazón se cambió de sitio. Saltó, se detuvo y se puso a brincar como loco.

–¿Qué es? –preguntó el abuelo, tan nervioso que se había enroscado los bigotes al meñique y no se los podía desenroscar. La oscuridad se hizo sobre aquellos papeles. Todos estaban otra vez encima de mí.

–¡Apartaos, hombre! –gritó.

–¿Pero qué es? –preguntaron a coro.

Se hizo un silencio expectante. Aguardé a que se separaran unos palmos y entonces mostré las hojas. Mis mejillas ardían de la excitación.

–¡Las escrituras de propiedad del hotel! –dije.... Y están a mi nombre.

–¿Quéeee?! -exclamaron veinte bocas al unísono.

–Que me ha regalado el hotel! –dije. Me abrasaba la cara y me sentía terriblemente culpable por todo lo que le había dicho a aquel hombre antipático, que había tenido el gesto más generoso que había visto en mi vida.

Todos se miraron sin acabar de creérselo.

–Pero entonces el comprador del hotel era él? –preguntó el notario.

El abuelo abrió tanto los ojos que casi se le salen. –¡Era un comprador anónimo! ¡Cómo iba yo a saber...!

–¡Menuda con el señor X!

–Es que estaba forrado -dijo.

–Qué buen corazón tiene. Ya lo decía yo –dijo el tío Florencio, que nunca lo había dicho.

Todos volvieron a mirarse y la tía Azucena gritó:

–¡A por él!

Los diecinueve salieron en busca del señor X. Solo Goyo se quedó a mi lado.

¡Qué fastidio! – dije de pronto-. Ahora tendré que disculparme.

–Y algo más -sentenció él muy serio.

26. Il regalo del signor X

ERANO TUTTI TALMENTE CURIOSI che mi accerchiarono con i colli allungati per vedere cosa conteneva la busta. Mi toglievano la luce e non mi lasciavano respirare. – Vi volete allontanare un po’? – chiesi.

Si scusarono e mi lasciarono spazio. Aprii la busta e tirai fuori i fogli che conteneva. Il mio cuore sussultò. Schizzò, si fermò e si mise a balzare come un pazzo.

–Che cos’è? – domandò il nonno, talmente nervoso da essersi attorcigliato i baffi al mignolo e non riuscire più a srotolarli. Scesero le tenebre sopra a quei fogli. Mi stavano di nuovo tutti addosso.

–Spostatevi, accidenti! – gridai.

–Ma che cos’è? – chiesero in coro.

Calò un silenzio impaziente. Aspettai che si allontanarono di qualche spanna e mostrai le carte. Le mie guance ardevano per l’eccitazione.

–L’atto di proprietà dell’hotel! – dissi... Ed è a mio nome.

–Coooosa? – esclamarono venti bocche all’unisono.

–Mi ha regalato l’hotel! – dissi. Il viso mi bruciava e mi sentivo terribilmente in colpa per tutto quello che avevo detto a quell’uomo antipatico, che aveva fatto il gesto più generoso che avevo visto nella mia vita.

Tutti si guardarono increduli.

–Quindi l’acquirente dell’hotel era lui? – domandò il notaio.

Il nonno spalancò così tanto gli occhi che quasi gli uscirono dalle orbite. –Era un acquirente anonimo! Come facevo a sapere io...!

–Accidenti al signor X!

–È che era ricco sfondato – dissi.

–Che cuore d’oro che ha. Lo dicevo io – disse lo zio Florencio, che invece non l’aveva mai detto.

Tutti si riguardarono e la zia Azucena urlò:

–Prendiamolo!

Tutti e diciannove uscirono alla ricerca del signor X. Solo Goyo rimase al mio fianco.

–Che fastidio! – dissi di punto in bianco. Adesso dovrò chiedere scusa.

–Anche qualcosa in più – sentenziò lui molto serio.

—¿Tú crees?

—¡Pues claro!

Al poco, llegaron todos con el señor X a hombros. Iban cantando aquello de:

*El señor X non baila
porque diz que tien corona;
baile señor X, baile,
que Dios todo lo perdoná.
Siga el panderu tocando, siga el tambor...*

Y entonces escuchamos:

—¡Pero qué *muzica ez eza* que ni tiene *zentimiento* ni tiene *pazión*!

Y era el forense, que estaba en la puerta con las maletas. Nos quedamos tan pasmados que tardamos en aplaudir. Al tío Manolo se le encendieron los ojos. Y no digamos a la tía Rosa. Currito, por hacerse notar, se arrancó con una copla. Cuando su voz era solo un recuerdo en el aire, alguien le preguntó.

—Pero tú no estabas en Cádiz?

—¿Y qué *ze* me ha perdido a mí allí? —dijo, poniéndose colorado—. Mañana *mizmo* viene toda mi familia a *inztalarze* al hotel. *Azí* no *ze* podrá negar que no *zea* un hotel rentable. Nadie podrá *echarnoz*.

—Ya nadie nos va a echar —dijo el abuelo a punto de llorar de la emoción. Goyo me miró.

Como yo no me movía, me empujó un poco hacia el señor X.

—Te toca —susurró.

Aún tardé un rato en aclararme la voz.

—Que... que... —dije, y me parecía al abuelo cuando se ofuscaba—.

Que gracias, señor X. ¡Hala, ya está!

Goyo volvió a mirarme, recriminándome. Tuve que continuar.

—Y que... que, como dueña del hotel, me gustaría invitarle a que se quedara con nosotros en la habitación de honor.

Miré a mi amigo y concluí:

—Para siempre.

–Tu credi?

–Certo!

Dopo poco arrivarono tutti con il signor X sulle spalle. Se ne andavano cantando:

Il signor X non balla

Perché dice di avere una corona;

balli signor X, balli,

che Dio perdonà tutto.

Che il pandero continui a suonare, continui il tamburo...

E poi sentimmo:

–Che musica è mai questa, senza sentimento né passione!

Ed era il forense, che stava sulla porta con le valige. Fummo tutti così scioccati che ci mettemmo un po' prima di applaudire. Allo zio Manolo si accesero gli occhi. E non vi dico alla zia Rosa.

Currito, per farsi notare, cominciò con una strofa. Quando la sua voce diventò solo un ricordo nell'aria, qualcuno gli chiese:

–Ma tu non eri a Cadice?

–E che ci faccio io lì? – disse, arrossendo. Domani stesso tutta la mia famiglia viene a stabilirsi nell'hotel. Così non si potrà dire che non è un hotel redditizio. Nessuno potrà mandarci via.

–E nessuno lo farà – disse il nonno quasi piangendo per l'emozione. Goyo mi guardò.

Visto che io non mi muovevo, mi spinse un pochino verso il signor X.

–Ti tocca – sussurrò.

Ci misi ancora un po' per schiarirmi la voce.

–Gra... gra... – dissi, assomigliando al nonno quando si confondeva–.

–Grazie, signor X. Dai, basta così!

Goyo mi riguardò, rimproverandomi. Dovetti continuare.

–E... e... come proprietaria dell'hotel, mi farebbe piacere invitarla a rimanere con noi nella stanza d'onore.

Guardai il mio amico e conclusi:

–Per sempre.

Todos acogieron mis palabras con aplausos y vítores y se lanzaron sombreros al aire. En realidad, solo la tía Azucena tenía sombrero. El señor X moqueaba, completamente feliz, y el abuelo Aquilino daba golpecitos con el bastón a diestro y siniestro. Pensé que al fin yo había hecho algo de lo que mi familia se sentiría orgullosa. Estábamos tan contentos que el tío Manolo y Currito se pusieron a cantar a dúo y todos los acompañamos. Yo sentía algo que subía por mi estómago y que me alcanzaba la boca y la hacía sonreír. Me había portado muy bien. No es que me agradara el señor X, porque seguía siendo muy antipático, pero había demostrado ser digno de mi familia y, ante eso, yo no podía objetarle nada.

Goyo me agarró y se puso a dar vueltas conmigo. La habitación giraba y el aire se enroscaba, anudándose y desanudándose entre nosotros. Eso me gustaba.

También aquel soplo que era mi padre.

Un ruido de cadenas vino a interrumpir nuestro regocijo.

—¡Los bisabuelos! —exclamó el tío Servando.

Y los canadienses:

—Los pisahuevos, sí. Los pisahuevos.

Y siguieron tan anchos, palmeando.

—¿Puedo hacer de duquesa? —preguntó entonces la farmacéutica, rebosante de felicidad.

Todos aceptamos de inmediato. Mamá Leo le prestó un traje. Y María la de los botes apareció embutida, como aquella otra tarde.

Al señor X, al verla, se le encendieron los ojos. Se atusó el bigotillo y el traje y, sudando a chorros, se acercó a la duquesa:

—¿Me permite? —dijo poniéndose rojo como una cereza y ofreciéndole una mano.

Todos abrimos los ojos impresionados: ¡aquella mano no tenía guante!

La acompañó hasta el sofá y allí se quedaron, ella, toda emperifollada y sentada, tan grande que parecía dos, y él, de pie, con su levita negra y su bigote y su ridícula nuez, pequeño como un carbonero garrapinos, que es un pájaro diminuto de los bosques, mucho más gracioso que un vulgar gorrión de ciudad.

—¿Dónde estamos? —preguntó mamá Leo, al ver a la farmacéutica con su traje.

—Llegando a las islas Faroes —dijo el abuelo Aquilino, soltándose al fin el meñique del bigote y sonriendo que daba gusto verle.

Tutti accolsero le mie parole con applausi ed acclamazioni e lanciarono i cappelli in aria. In realtà, la zia Azucena era l'unica ad avere il cappello. Il signor X piagnucolava, completamente felice, e il nonno Aquilino dava dei colpetti con il bastone a destra e a sinistra. Pensai che alla fine avevo fatto qualcosa per cui la mia famiglia si sarebbe sentita orgoglioso. Eravamo così contenti che lo zio Manolo e Currito si misero a cantare in duetto e tutti noi li accompagnammo. Io sentivo qualcosa muoversi e salire nello stomaco che quasi raggiungeva la bocca e la faceva sorridere. Mi ero comportata molto bene. Non è che il signor X mi andasse a genio, perché continuava ad essere molto antipatico, ma aveva dimostrato di essere degno della mia famiglia, e, a tale proposito, io non potevo contestare nulla.

Goyo mi afferrò e si mise a piroettare con me. La stanza girava e l'aria ci abbracciava, annodandosi e snodandosi tra di noi. Mi piaceva.

Anche quel soffio era mio padre.

Un rumore di catene venne ad interrompere il nostro giubilo.

–I bisnonni! – esclamò lo zio Servando.

E i canadesi:

–Gli insonni, sì. Gli insonni.

E orgogliosi continuarono a battere le mani.

–Posso fare la duchessa? – chiese la farmacista, traboccante di felicità.

Tutti accettammo immediatamente. Mamma Leo le prestò un vestito. E Maria, quella dei vasi, apparì insaccata in quell'abito, come quell'altra sera.

Al signor X, appena la vide, si illuminarono gli occhi. Si lisciò i baffi ed il vestito e, gocciolando di sudore, si avvicinò alla duchessa:

–Mi permette? – disse diventando rosso come un peperone e offrendole la mano.

Tutti spalancammo gli occhi impressionati: quella mano non aveva il guanto!

La accompagnò fino al divano e rimasero lì, lei, seduta e tutta agghindata, talmente grande da sembrare due e lui, in piedi, con la sua finanziera nera, i suoi baffi e le sue ridicole narici, piccolo come una cincia mora, che è un minuto uccellino dei boschi, molto più grazioso di un volgare passerotto di città.

–Dove siamo? – chiese mamma Leo, vedendo la farmacista con indosso il suo vestito.

–Stiamo arrivando alle isole Fær Øer – disse il nonno Aquilino, liberando il mignolo dai baffi e facendo un sorriso che era proprio bello da vedere.

La tía Juanita, que llevaba un rato aplicada escribiendo, desapareció para entrar corriendo al rato. Gritaba entusiasmada:

—¡He recibido carta!

Y todos: —¿De Faustino?

—¡Hombre, claro!

—¡Pues ya estamos como siempre! —sentenció la tía Azucena, con un plato de plástico cayéndole sobre el flequillo.

—Como siempre no, Azucena, como siempre no —dijo el tío Manolo—. Estamos mucho mejor.

Y todos aplaudimos. Cuando nos dimos cuenta, el señor X estaba con una servilleta en la cabeza.

Entonces alguien dijo: —¿Y si bailamos un chiringüelo para celebrarlo?

La zia Juanita, che era sparita da un po' per scrivere qualcosa, entrò correndo. Urlava entusiastica:

—Ho ricevuto una lettera!

E tutti noi: — Da Faustino?

—Ma certo!

—Allora tutto è tornato come prima! — sentenziò la zia Azucena, con un piatto di plastica che le cadeva sulla frangetta.

—Non come prima, Azucena, non come prima — disse lo zio Manolo. — Stiamo molto meglio.

E tutti applaudimmo. Ci rendemmo conto che il signor X aveva una salvietta sulla testa.

E allora qualcuno disse: —E se ballassimo un chiringuelo per festeggiare?

Epílogo

NATURALMENTE, a estas alturas te estarás preguntando cuál era el secreto de los canadienses. Pues, la verdad, este secreto yo no te lo puedo contar. Solo te puedo decir que iban de incógnito y es posible que no fueran canadienses. O sí.

Un día sonó el teléfono. Los canadienses lo cogieron, se pusieron a hablar español como si supieran hacerlo desde siempre y al día siguiente se fueron. Nos dio mucha pena.

Quizás te estés preguntando también qué pasó con todos ellos, con nuestros huéspedes: el señor X, el notario y el forense y mamá Leo. Y qué pasó con el hotel y con nuestra familia. Eso sí te lo puedo contar.

Mamá Leo murió a los pocos años. Llevaba un abrigo de pieles y los labios pintados, y se quedó como desmayada con una sonrisa mientras hablaba de Fáskrúdsfjördur. Durante mucho tiempo, por las noches, se escuchó en el hotel una voz recitando los puertos islandeses, y era el fantasma de mamá Leo que recorría la casa, reviviendo aquellas fantasías suyas que tan feliz la hicieron en sus últimos años de vida. Currito y Rosa se casaron y se quedaron a vivir con nosotros en el hotel, junto al notario y al señor X, hasta que al final, con los años y la muerte del abuelo Aquilino, el hotel se vendió. Pero mucho antes de eso, el señor X y la farmacéutica tuvieron su pequeña gran historia de amor. Nadie sabía cómo aquella mujerona aguantaba al antipático del señor X. Pero en una cosa mamá no se había equivocado: un antipático en la familia da mucho juego. Y al final se les acaba queriendo como al que más. Y Goyo y yo... bueno, Goyo y yo seguimos siendo tan amigos como siempre.

Ahora, cuando paso por el ayuntamiento y veo el edificio moderno y feo que han construido en el lugar donde estuvo la casona, siento lástima, pero también sonrío al recordar esos años maravillosos junto a mis tíos, que me hicieron comprender que la ilusión es la esencia de la vida. A veces, si nadie me ve, doy unos saltitos en la calle, con los brazos levantados. Y si llueve, siento la lluvia y el viento en el rostro y giro, y eso me gusta.

Epilogo

NATURALMENTE, a questo punto vi starete chiedendo qual era il segreto dei canadesi.

Beh, la verità è che questo segreto non ve lo posso raccontare. Vi posso solo dire che erano sotto copertura e forse non erano canadesi. O forse sì.

Un giorno suonò il telefono. I canadesi risposero, cominciarono a parlare spagnolo come se sapessero farlo da sempre e il giorno dopo se ne andarono. Ci dispiacque molto.

Forse vi starete anche chiedendo cosa successe con tutti gli altri, i nostri ospiti: il signor X, il notaio, il forense e mamma Leo. E cosa successe con l'hotel e la nostra famiglia. Questo si che ve lo posso raccontare.

Mamma Leo morì pochi anni dopo. Indossava una pelliccia ed il rossetto sulle labbra, e rimase come priva di sensi, sorridendo, parlando di Fáskrúdsfjördur. Per molto tempo, la notte, si sentiva una voce in hotel che elencava i nomi dei porti islandesi, ed era il fantasma di mamma Leo che girava per la casa, rivivendo quelle sue fantasie che l'avevano resa tanto felice negli ultimi anni della sua vita. Currito e Rosa si sposarono e rimasero a vivere con noi nell'hotel, insieme al notaio e al signor X, fino a quando, con il passare del tempo e la morte del nonno Aquilino, l'hotel venne venduto. Però, molto prima che ciò accadesse, il signor X e la farmacista vissero la loro piccola grande storia d'amore. Nessuno sapeva come quella donnona riuscisse a sopportare quell'antipatico del signor X. Però in una cosa mamma Leo non si era sbagliata: un antipatico in famiglia serve sempre. E poi si finisce per amarlo più di tutti. Ed io e Goyo... beh, io e Goyo continuammo ad essere tanto amici come sempre.

Adesso, quando passo per il municipio e vedo l'edificio moderno e brutto che hanno costruito dove una volta c'era l'hotel, provo dispiacere, però allo stesso tempo sorrido ricordando quegli anni meravigliosi passati insieme ai miei zii, che mi fecero capire che la fantasia è l'essenza della vita. A volte, quando nessuno mi vede, saltello per la strada, con le braccia alzate. E se piove, sento la pioggia e il vento sul viso e giro su me stessa. E quanto mi piace.

CAPÍTULO 2: LA LITERATURA INFANTIL: CONCEPTO Y CARACTERIZACIÓN

2.1 Lo literario y lo infantil

Durante mucho tiempo, la literatura infantil ha sido ignorada por críticos y filólogos y, lo que todavía es peor, es que cuando ha sido valorada y enjuiciada, no lo ha sido con criterios literarios, sino pedagógicos y morales.

La Literatura Infantil tuvo una necesidad excesiva de transmitir determinadas enseñanzas, moralidades o doctrinas. En 1967, en la revista *Bordón*, se afirmaba que en el libro infantil no era suficiente la calidad literaria, sino que tenía que cumplir también otras obligaciones:

El libro infantil no cumple tener calidad literaria; cuando está fuera del mundo de los pequeños, nace condenado a no leerse, cuando descuida los imperativos sociales, ha dejado de cumplir la misión educativa que toda comunidad le exige. Existe el peligro, cuando el libro es únicamente bello, que contribuya solo a cultivar el buen gusto, ejerciendo escaso influjo en la vida moral y social.¹

Se exigía que la Literatura Infantil no solo fuera capaz de instruir o adoctrinar, sino que representara también una parte fundamental de la educación de los niños, privándola, de esa manera, de sus valores más importantes, es decir, los literarios.

Una vez superados los problemas de la excesiva dependencia de la instrucción y de la moralidad, surgen otros problemas que, hoy en día, siguen caracterizando la Literatura Infantil.

Victoria Fernández, crítica literaria y directora de la revista *C.L.I.J (Cuadernos de Literatura Infantil y Juvenil)*, habló de los peligros del “utilitarismo curricular”, que consiste en el aprovechamiento de la lectura de textos literarios para la realización de objetivos escolares extraños a la propia lectura.²

¹ SOLER, Eduardo: “La Literatura Infantil en la escuela”. En *Bordón*, 150-151, 1967, p. 326.

² CERILLO, Pedro y GARCÍA PADRINO, Jaime: “La literatura infantil en el siglo XXI”, Cuenca, 2001, p. 81.

Teresa Colomer, experta de este segmento de la literatura, expuso otro problema, aún más relevante, en un artículo publicado en la revista *C.L.I.J.*³: “el debilitamiento de la dimensión metafórica y simbólica” de las creaciones literarias infantiles a favor de otros factores que cumplen más inmediatamente el objetivo editorial de llegar con un libro a lectores de muchas edades, como “el lenguaje estandarizado, un vocabulario reducido y una lectura univoca”.

Lo que Teresa Colomer quería subrayar a través de estas palabras es que, con demasiada frecuencia, se olvida o, aún peor, se niega que la literatura infantil es, simplemente, literatura y que, por eso, hay que valorarla, estudiarla y enjuiciarla.

Los lectores infantiles y adolescentes tienen niveles diferentes y progresivos en sus capacidades de comprensión lectora y de recepción literaria; por eso, es comprensible que estos tipos de textos literarios se correspondan con esas diferencias, pero, al mismo tiempo, no tienen que afectar a su calidad literaria.

Otra vez, con demasiada frecuencia, se olvida que el niño no llega vacío de cultura literaria a su primer contacto oficial con la literatura, es decir, cuando accede por primera vez a la escuela. Antes de eso, los niños participan en varias manifestaciones del folklore literario y también asisten a la transmisión de obras literarias de tradición oral (en algunas de las cuales los niños son los principales y únicos destinatarios): cuentos maravillosos, nanas, juegos mímicos, oraciones, cuentos de nunca acabar, trabalenguas y adivinanzas.⁴

La Literatura Infantil no es un mundo aparte; sus características no son extrañas al conjunto de la Literatura; la comparación entre obras infantiles y obras para adultos enseña que, en ambas literaturas, se encuentran estructuras organizativas y procedimientos estilísticos parecidos y que, en ambas, se reflejan las corrientes sociales y culturales que predominan.

En donde sí hay diferencias evidentes es en el destinatario de una y otra literatura; en las obras para adultos la comunicación se produce entre iguales mientras que en las obras infantiles no es así, porque el lector es un niño para el que escribe un adulto y también porque el niño (que es el lector) no siempre elige sus lecturas (no tiene las

³ COLOMER, Teresa: “Texto, imagen, imaginación”. En *CLIJ*, 130, septiembre de 2000.

⁴ CERILLO, Pedro y GARCÍA PADRINO, Jaime: “La literatura infantil en el siglo XXI”, Cuenca, 2001, p. 82.

condiciones necesarias para hacerlo, porque no ha terminado de crecer y de desarrollar sus capacidades).

De hecho, en la Literatura Infantil, cobra especial importancia la figura del mediador adulto (padre/madre, animador, educador, bibliotecario o crítico), quien en muchas ocasiones, según lo que dice German Lluch⁵, se convierte en un “agente de transformación”, ya que actúa como “primer receptor” del texto literario para, en una segunda fase, comprar, recomendar o proponer el libro al niño, que es un “segundo receptor”.

2.2 El concepto de literatura infantil

Se dice que hasta los hermanos Grimm y sus cuentos de 1812 y 1825 no existió la Literatura Infantil tal y como la entendemos hoy; en realidad, ya en el signo XVIII la Literatura Infantil empezó a tener alguna autonomía artística, aunque relativa, a causa del utilitarismo y didactismo impuestos por los creadores ilustrados de esos años, los cuales condicionaron mucho las obras que se escribieron para los niños.

La llegada del Romanticismo será determinante para la literatura infantil europea porque se abrirá un nuevo camino en el que las imposiciones pedagógicas y doctrinales poco a poco irán perdiendo importancia.

El campo de la Literatura Infantil siempre ha suscitado posturas contrarias entre los expertos de literatura. Benedetto Croce, escritor, filósofo, historiador y político italiano (1866 - 1952) negó la existencia y la necesidad de la Literatura Infantil, afirmando que: “los niños solo buscan libros que les prohíben los mayores”; otros, en cambio, la afirmaron con decisión: “Escribir para niños no es escribir para tontos”.

Miguel Delibes, uno de los narradores españoles más importantes del siglo XX, dedicó una parte de su talento creativo a escribir relatos para niños y, en un artículo de 1994 aparecido en la revista *C.L.I.J.*⁶, habló de algunas especificidades de la Literatura Infantil:

⁵ LLUCH, G.: “La comunicación literaria y el tipo de lector modelo que propone la actual Literatura Infantil”, 1999.

⁶ DELIBES, Miguel: “Escribir para niños”. En *C.L.I.J.*, Barcelona, 1994, p. 16.

El escritor para adultos olvida que los niños son los seres humanos con ideas más claras, que sus ideas tal vez no serán muchas, pero están perfectamente definidas. El lenguaje, entonces, de no tratarse de un lenguaje intrincado y conceptista, no constituye un impedimento para hacernos entender por ellos... El escritor para adultos que, circunstancialmente, se dirige a los niños, no tiene por qué poner voz de falsete, ni sacar la “voz de la abuelita” para contar un cuento. Hacer esto sería menospreciar a sus destinatarios que, de ordinario, suplen su vocabulario limitado cuando la historia que pretendemos referirles les interesa.

Delibes destaca también tres notas en la Literatura Infantil: tema adecuado, linealidad y brevedad, explicándolas así:

El tema no tiene por qué ser simple, ñoño ni edulcorado, pero sí ha de caer dentro de su mundo o excitar su imaginación. El tema que elijamos no debe dejarlos insatisfechos ni indiferentes, pero tampoco tiene por qué ser exclusivo para ellos. Quiero decir que un gran tema para un relato infantil será aquel que no solo encandile a los niños, sino que despierte en el adulto sus nostalgias de infancia o sus sentimientos de entonces (...). La LI que, como hemos dicho, no demanda un estilo propio – salvo en el caso de niños de muy pocos años – sí requiere una determinada extensión... Al niño, inmerso ya en la peripecia, debemos facilitarle el acceso hacia el desenlace, puesto que le encocora cualquier interrupción, cualquier ornamento que frene o desvíe su interés.

La Literatura Infantil es, ante todo, literatura, sin adjetivos de ningún tipo. Se le añade “infantil” por la sola voluntad de delimitar un periodo de tiempo de la vida del hombre que, en literatura, está marcada por las capacidades de los lectores y por sus gustos e intereses. Pero Literatura Infantil no es solamente la que se escribe para niños; es también la que, sin tener a los niños como únicos destinatarios, ellos la han hecho suya con el pasar del tiempo. Las peculiaridades y particularidades de esta literatura se han consolidado poco a poco,

pero hoy se puede afirmar que su lenguaje coincide con el de la literatura en general. Y, por lo que se refiere a los contenidos, superada ya la dependencia a la moralidad, “cualquier tema puede ser tratado, siempre que sea con coherencia, ya que el niño necesita un horizonte polícromo, una visión multiple y abierta del mundo.”⁷

2.3 Características de la literatura infantil

Tras comprobar las constantes que aparecen en la mayoría de las obras literarias que, en los años, se han escrito para niños y en aquellas otras que los niños han hecho suyas, se puede intentar de definir cuáles son las características fundamentales de los textos literarios infantiles.

Ante todo, la Literatura Infantil siempre ha tenido una componente popular relevante; por esta razón, se puede confirmar que lo infantil ha siempre ido muy unido a la tradición popular.

Además de eso, hay algunas características que se refieren a los contenidos, a los personajes, a las estructuras y a los procedimientos técnicos que se repiten en muchas creaciones literarias infantiles.

Características de los contenidos:

1. Frecuente presencia de elementos no normales;
2. Tendencia a personificar y a humanizar lo que no es humano (animales que tienen la capacidad de hablar);
3. No hay complicación temática ni argumental;
4. Hay elementos argumentales recurrentes como, por ejemplo, el viaje a través del tiempo, los cambios radicales de suerte, el premio al bueno, el castigo del malo, etc.;
5. Los contenidos tienen una gran carga afectiva;
6. Hay muchos contenidos fantásticos.

⁷ MORA, Luisa y MORÁN José: “Menos y mejores libros para formar lectores”. En *Cuatrogatos*, 2000.

Características de los personajes:

1. El protagonista suele destacar sobre el resto de los personajes;
2. Los protagonistas suelen ser niños o adolescentes.

Características de la técnica y de la estructura literarias:

1. La acción suele estar dividida en tres partes: exposición, desarrollo y desenlace;
2. El tipo de localización temporal de los hechos que se narran provoca frecuente extratemporalidad. Las localizaciones temporales son amplias e imprecisas: “Había una vez...”, “Después de un año...”, “Érase una vez...”, etc.;
3. El tipo de localización espacial de los hechos que se narran provoca algo similar al tiempo del punto anterior: “En un lugar lejano...”, “En un país remoto...”, “En una misteriosa ciudad”, etc.;
4. Las características de los personajes son muy rígidas: el bueno es siempre muy bueno; el malo es siempre muy malo; etc.

Características de las formas:

1. Exposición de las acciones muy clara;
2. Expresión léxica y sintáctica simple;
3. Ritmo vivo y ágil.

CAPÍTULO 3: ANÁLISIS TRADUCTOLÓGICO

La traducción es un proceso muy complejo y por eso es imposible describirlo con una única definición. Por tanto, muchos autores han dado su propia definición de traducción y cada uno de ellos se enfoca en aspectos diferentes. En su libro “*Traducción y Traductología*”, Hurtado Albir explica que existen diferentes perspectivas por las cuales se dividen las varias definiciones de traducción:

- Traducción como actividad entre lenguas

Vinay y Darbelnet afirman que traducir significa “pasar de una lengua A a una lengua B para expresar la realidad”. Esto quiere decir que solo se tienen en cuenta los elementos lingüísticos y que la traducción se posiciona en el plano de la lengua y no de la habla.

- Traducción como actividad entre textos

Según Seleskovitch, traducir significa “transmitir el sentido de los mensajes que contiene un texto y no convertir en otra lengua la lengua en la que éste está formulado”. En este caso la traducción se considera un acto de comunicación y no de lingüística. Se traduce el sentido.

- Traducción como acto de comunicación

Para Nida y Taber, la traducción consiste en “reproducir, mediante una equivalencia natural y exacta, el mensaje de la lengua original en la lengua receptora”.

- Traducción como proceso

Lederer afirma que “el proceso de traducción está más relacionado con operaciones de comprensión y reexpresión que de comparación de lenguas”.

Según Delisle, “la actividad traductora se define, pues, como la operación que consiste en determinar la significación de los signos lingüísticos en función de un querer decir concretizado en un mensaje, y restituir después ese mensaje íntegramente mediante los signos de otra lengua”.

Hurtado Albir identifica seis principios básicos de la traducción:

- 1- Comunicación y adecuación a la lengua de llegada
- 2- Sentido
- 3- Contexto
- 4- Aspectos culturales y destinatario de la traducción
- 5- Adscripción textual y finalidad de la traducción
- 6- Proceso cognitivo del traductor

Por lo que se refiere al proceso de traducción, Hurtado Albir afirma que el traductor tiene que comprender el texto original para expresar el mismo sentido con los medios de otra lengua. La comprensión del sentido es la primera fase del proceso traductor, seguida de las etapas de desverbalización y de reexpresión.

Antes de empezar a traducir, es decir, de proceder con la reverbalización del sentido del TO con los medios de otra lengua, el traductor tiene que elegir el método con el que va a trabajar, en función de su objetivo. En este caso, para la traducción de *El hotel*, se ha decidido emplear el método traductor interpretativo-comunicativo. Se trata de un método que se enfoca en la comprensión y reexpresión del sentido del texto original y permite conservar en la traducción la misma finalidad del texto original y producir el mismo efecto en el lector.

Después de elegir el método, hay que utilizar las correctas estrategias traductoras para solucionar los problemas y aplicar las técnicas de traducción más adecuadas.

Hurtado Albir define las técnicas de traducción en la siguiente manera:

“Procedimientos, visibles en el resultado de la traducción, que se utilizan para conseguir la equivalencia traductora a microunidades textuales. Las técnicas se catalogan en comparación con el original. La pertinencia del uso de una técnica u otra es siempre funcional, según el tipo textual, la modalidad de traducción, la finalidad de traducción y el método elegido”.

A continuación, se describirán las técnicas más utilizadas para la traducción italiana de *El hotel* y se aportarán algunos de los ejemplos más significativos de cada una de ellas.

3.1 Ampliación lingüística

La ampliación lingüística es la técnica que consiste en añadir elementos lingüísticos en el texto meta que no están presente en el texto original, para que ese último resulte más claro al lector.

Esta es una de las técnicas que más se ha utilizado en este trabajo. Veámos algunos ejemplos:

Español	Italiano
El ala izquierda era la de los inquilinos; la derecha, la nuestra.	L'ala sinistra era riservata agli inquilini; quella destra era la nostra.

En este caso se ha añadido el verbo “*riservare*” para que la traducción italiana resultara más clara.

Español	Italiano
Ella estaba a sus cosas.	Lei aveva le sue cose da fare .

Sin esta adición, la frase italiana no habría tenido sentido.

Español	Italiano
O mientras me balanceaba en los columpios oxidados del patio trasero y el viento me entrecerraba los ojos.	O mentre mi dondolavo sull'altalena ossidata del giardino sul retro ed il vento mi imponeva di socchiudere gli occhi.

Se ha añadido el verbo “*imporre*” para que se entendiera mejor que el viento era la causa por la cual los ojos de la protagonista se entrecerraban.

Español	Italiano
Lo que faltaba!	Proprio quello che ci mancava!

En este caso se ha añadido el adverbio de afirmación italiano “*proprio*” para intensificar el significado de la frase.

Español	Italiano
Mejor: una duquesa millonaria.	Ancora meglio: una duchessa milionaria.

La adición del adverbio “*Ancora*” sirve para que el texto meta resulte más natural. En este caso es mucho más frecuente decir en italiano “*Ancora meglio*” que “*Meglio*” solo.

Español	Italiano
– ¿Y de dónde sacamos una duquesa millonaria? – preguntó el tío Manolo. – Alguna encontraremos.	E dove la troviamo una duchessa milionaria? – chiese lo zio Manolo. – La troveremo da qualche parte .

Con la adjunta de “*da qualche parte*” la frase resulta más clara y natural para el lector.

Español	Italiano
Mis hermanos, Goyo y yo pusimos la mesa del comedor como si fuera domingo y hasta el notario nos dio la paga.	I miei fratelli, Goyo ed io preparammo la tavola della sala da pranzo come se fosse domenica ed anche il notaio ci diede la paghetta per lo stesso motivo .

Se ha tenido que añadir “*per lo stesso motivo*” para que fuera claro al lector que el notario dio la paga a los niños porque ese día parecía como un domingo.

Español	Italiano
Él ha hecho su trabajo. No debemos mezclar.	Lui ha fatto il suo lavoro. Non dobbiamo confondere le cose .

En este caso se ha utilizado esta técnica sino la frase habría resultado incompleta en italiano.

Español	Italiano
Se oían ruidos en el salón.	Si sentivano dei rumori provenire dalla sala da pranzo.

Se ha añadido el verbo “*provenire*” para intensificar la idea de que la protagonista, en su habitación, escuchaba ruidos llegar desde el salón.

Español	Italiano
Solo te puedo decir que iban de incógnito y es posible que no fueran canadienses. O sí.	Vi posso solo dire che erano sotto copertura e forse non erano canadesi. O forse sì .

Se ha añadido el adverbio “*forse*” para enfatizar el efecto duda. Además, sin “*forse*” el texto meta no habría sido claro y tampoco natural.

3.2 Comprensión lingüística

La comprensión lingüística es la técnica contraria a la ampliación lingüística y consiste en sintetizar o eliminar elementos del texto original para producir una traducción más concisa o por razones estructurales y estilísticas, es decir para evitar problemas de repetición, falta de naturalidad o confusiones.

En seguida algunos ejemplos:

Español	Italiano
Mis hermanos y yo dimos una vuelta en redondo , sobre las punteras de los pies, por ver si veíamos al perro Nicanor.	Io e i miei fratelli piroettammo in punta di piedi per vedere se vedevamo il cane Nicanor.

Aquí no se han eliminado elementos, sino se han sintetizados. Se ha utilizado un único verbo italiano (“*piroettare*”) para comunicar el mismo sentido de la expresión española “*dar una vuelta en redondo*”.

Español	Italiano
Todos se miraron sin acabar de creérselo .	Tutti si guardarono increduli .

Se ha sintetizado la expresión “*sin acabar de creérselo*” con el adjetivo “*increduli*”. La frase resulta así más natural.

3.3 Generalización

La generalización es una técnica de traducción que consiste en utilizar un término más general o neutro de lo que se encuentra en el texto original.

Algunos ejemplos:

Español	Italiano
Y se arrancó a bailar una jota asturiana.	E si mise a ballare una danza asturiana.

La “*jota*” es un baile típico español que no tiene equivalente perfecto en italiano. Por esta razón se ha traducido con “*danza*”, que es un término más general pero que, seguido del adjetivo “*asturiana*”, consigue mantener la idea de que se trata de un baile típico de Asturias.

Español	Italiano
A veces nos llegaba también una nota del tío Manolo cantando alguna tonada asturiana y, al rato, como atraído por aquella nota, desde algún otro lugar de la casa, se escuchaba un fraseo por bulerías , breve y ensortijado.	A volte si sentiva anche la voce dello zio Manolo che cantava qualche motivetto asturiano, seguita poi, come se ne fosse attratto, da un breve canto andaluso proveniente da un altro angolo della casa.

Tampoco “*bulerías*” tiene un equivalente italiano. Por la misma razón se ha decidido traducirlo con una explicación más general de su significado. En efecto, las bulerías no son solo un cante típico de Andalucía, sino son el palo flamenco más típico de Jerez de la Frontera (que es una ciudad que se encuentra en la región) y tienen una características específicas. Se ha decidido omitir todo esto porque no se ha considerado una información fundamental para el lector del texto meta.

Español	Italiano
Y la tía Rosa, que comenzaba con un zapateado , se quedó petrificada con un pie en el aire.	E la zia Rosa, che stava cominciando con dei passi di flamenco , rimase pietrificata con un piede per aria.

El “*zapateado*” es un tipo de danza y música folclórica de origen andaluz que presenta en su baile un típico zapateado. Esta danza no existe en la cultura meta y no tiene una traducción italiana. Por esta razón se ha convertido el término “*zapateado*” con uno más general y comprensible en italiano, es decir, “*flamenco*”.

Español	Italiano
Ya estaban los tíos y las tías sentados a la mesa, y también Currito, venga a hablar del salmorejo y de la tacita de plata , y los canadienses tan sonrientes que parecían chinos, en lugar de canadienses.	Gli zii e le zie erano già seduti a tavola, anche Currito, che parlava del salmorejo e della sua terra , e i canadesi, così sorridenti da sembrare più cinesi che canadesi.

La ciudad de Cádiz es conocida como la “tacita de plata” desde hace más de 200 años. El origen de esa denominación no es cierta; queda a medio camino entre datos históricos, legendarios o costumbristas, que se prestan a múltiples interpretaciones. Se ha tenido que generalizar la expresión española con un término mucho más neutro, es decir, “*terra*”. No se ha traducido con “città” porque en la parte de texto siguiente tenía que mantenerse una rima (*terra – serra*), que se verá después en el análisis de traducción de rimas.

Español	Italiano
Preguntó, sin comprender, con su voz de cazallera .	Chiese, senza capire, con la sua voce roca .

Cazalla es una ciudad andaluza conocida por sus anisados y aguardientes. Una voz es “*de cazallera*” cuando es rasposa (como consecuencia de haber trasegado litros de anisados o aguardientes de Cazalla). No se podía mantener este significado tan específico en italiano y se ha elegido una traducción mucho más neutra que sí mantiene la idea de una voz rasposa pero no hace alguna referencia a la ciudad de Cazalla o a la razón por la cual la voz tendría que ser ronca, es decir, por beber demasiado.

Español	Italiano
No te voy a contar las ideas peregrinas que surgieron.	Non vi racconterò le strane idee che vennero loro in mente.

En este caso se ha utilizado un término más neutro para hacer el texto meta más fluido. También se habría podido traducir “ideas peregrinas” con “bizarre idee”, pero con el simple adjetivo “strane” la frase resulta más natural.

Español	Italiano
La tía Rosa bailaba por alegrías que era un primor .	La zia Rosa danzava come una vera ballerina di flamenco .

En esta frase se han generalizados dos términos. “*Alegrias*”, que son un palo festero flamenco que forma parte del grupo de las cantiñas (cantes de Cádiz por excelencia), se ha traducido con un neutro “*flamenco*”, término conocido y de fácil comprensión en italiano. El término “*primor*” lleva en sí una idea de minuciosidad y delicadeza y se ha traducido con “*vera ballerina*”, que no refleja tan explícitamente los mismos conceptos.

Español	Italiano
Currito, por hacerse notar, se arrancó con una copla .	Currito, per farsi notare, cominciò con una strofa .

El término “*copla*” se utiliza sobre todo para designar un tipo de estrofa de tradición popular andaluza con unas características específicas. Se ha traducido con el término muy neutro “*strofa*” porque se trata de algo que no existe en la cultura meta. Además, esta frase se encuentra al final del libro y, conociendo el personaje del que se habla, Currito, queda implícito al lector de que cante algo típicamente andaluz.

3.4 Particularización

La particularización es una técnica de traducción que consiste en utilizar un término más preciso o concreto del que se encuentra en el texto original. Esta técnica se opone a la generalización.

Veámos algunos ejemplos:

Español	Italiano
Ya habíamos acabado de comer y de recoger el salón .	Avevano già finito di pranzare e di sparecchiare .

La expresión “*recoger el salón*” es más general de “*sparecchiare*”. “*Sparecchiare*” solo significa “recoger la mesa” mientras que “*recoger el salon*” tiene un significado más

amplio. Se ha decidido utilizar un verbo más específico en italiano porque suena más natural pero también para evitar una repetición en la frase que sigue.

Español	Italiano
Y antes de que pudiéramos reaccionar, se lanzaron a cogerlo.	E prima ancora che potessimo reagire, si catapultarono a rispondere.

En este caso en el texto meta se ha utilizado un verbo más preciso del que se encuentra en el texto original, con el fin de intensificar el significado del mensaje.

Español	Italiano
Le hicimos una gran fiesta de despedida.	Gli organizzammo una grande festa d'addio.

También se habría podido traducir con el verbo equivalente italiano “*fare*”. “*Gli facemmo una grande festa d'addio*” también tiene sentido y se entiende bien, pero el verbo “*organizzare*” es más preciso y es más frecuente decir “*organizzargli una festa*” que “*fargli una festa*”.

Español	Italiano
A veces nos llegaba también una nota del tío Manolo cantando alguna tonada asturiana y, al rato, como atraído por aquella nota, desde algún otro lugar de la casa, se escuchaba un fraseo por bulerías, breve y ensortijado.	A volte si sentiva anche la voce dello zio Manolo che cantava qualche motivetto asturiano, seguita poi, come se ne fosse attratto, da un breve canto andaluso proveniente da un altro angolo della casa.

Se ha traducido “*lugar*” no con “*luogo*” o “*posto*” sino con el término más específico “*angolo*”. En italiano es bastante común utilizar la palabra “*angolo*” aunque no se esté hablando de un verdadero “*angolo*” (esquina) sino de un lugar.

3.5 Transposición

La transposición es una técnica de traducción que consiste en el cambio de una categoría gramatical por otra sin que cambie el sentido del mensaje.

Aquí algunos ejemplos:

Español	Italiano
¿Y sigue viniendo?	E viene ancora ?

He sustituido el verbo “*seguir*” con el adverbio de tiempo “*ancora*”. La frase habría tenido sentido también si hubiera utilizado la misma forma, es decir, “*continua a venire*”, pero suena mucho más natural con el adverbio “*ancora*”.

Español	Italiano
El abuelo Aquilino caminaba echando la espalda un poco hacia atrás y levantando el mentón .	Il nonno Aquilino camminava sporgendo la schiena un po' all'indietro e con il mento all'insù .

Aquí se sustituye el verbo “*levantar*” con el adverbio “*insù*”. El sentido del mensaje no cambia y se facilita la comprensión.

Español	Italiano
Lleva con nosotros diez años, desde que enviudó .	È qui con noi da dieci anni, da quando è vedova .

Se transforma el verbo “*enviudar*” con el sustantivo “*vedova*”. No existe un verbo equivalente en italiano.

Español	Italiano
Aquí todos empezamos a llorar. O casi todos, porque los canadienses seguían sonriendo y agitando las cabezas haciendo mucho esfuerzo por comprender.	Qui tutti cominciammo a piangere. O quasi tutti, perché i canadesi continuavano a sorridere agitando la testa e sforzandosi di capire.

En este caso se transforma el sustantivo “*esfuerzo*” con un verbo reflexivo que expresa el mismo sentido pero de manera más fluida.

Español	Italiano
Desde la llegada del señor X, no se había visto en el hotel una animación semejante.	Da quando era arrivato il signor X, non si era più visto un entusiasmo simile.

Aquí se trasforma el sustantivo “*llegada*” con un verbo que expresa el mismo significado en el texto meta.

Español	Italiano
Y se notaba en su forma de hablar que tenía estudios .	Dal suo modo di parlare si notava che aveva studiato .

Se traduce el sustantivo “*estudios*” con el verbo italiano “*studiare*”. Se utiliza una forma más simple para decir la misma cosa, facilitando la comprensión al lector.

3.6 Amplificación

Esta técnica consiste en añadir precisiones que no están presente en el texto original: informaciones, paráfrasis explicativas, notas del traductor, etc.

En seguida unos pocos ejemplos:

Español	Italiano
–Un ladrón de guantes blancos – asentí.	–Un ladro, non solo dai colletti bianchi , ma anche dai guanti bianchi – annui.

Un ladrón de guante blanco en español equivale al italiano “*colletti bianchi*”. No se podía sustituir “*guanti*” con “*colletti*”, porque los guantes que lleva ese personaje son un elemento importante durante toda la historia. Por esta razón, se ha tenido que introducir la información de los “*colletti bianchi*”, que no está formulada en el texto original pero que es necesaria para la comprensión del texto meta.

Español	Italiano
El abuelo abrió tanto los ojos que casi se le salen.	Il nonno spalancò così tanto gli occhi che quasi gli uscirono dalle orbite .

En este caso he añadido la precisación “dalle orbite” para facilitar la comprensión y para que la frase sonara más natural.

3.7 Traducción de modismos

Según la RAE, un modismo es una “expresión fija, privativa de una lengua, cuyo significado no se deduce de las palabras que las forman”.

Los modismos tienen unos rasgos generales que se pueden sintetizar en la siguiente manera:

- se trata de expresiones idiomáticas peculiares de un idioma y son muy difíciles, casi imposibles, de traducir literalmente a otros idiomas;
- tienen una estructura sintácticamente y semánticamente rígida; no hay libertad en configurar los elementos dentro del modismo mismo;
- se definen como semánticamente opacos, esto quiere decir que el significado total no puede deducirse de la suma de sus partes.

Así que los modismos son muy difíciles de traducir porque, aunque sean una clase de expresiones que existen en todos los idiomas, son, al mismo tiempo, muy específicos de cada idioma y de su cultura.

Siguen ahora algunos ejemplos:

Español	Italiano
El tío Florencio, que es bruto como un arado...	Lo zio Florencio, che è indietro come la coda del maiale...

Se ha traducido con un modismo italiano que mantiene el significado del original, pero el italiano no es tan común como el modismo español.

Español	Italiano
Y tus tíos le siguen la corriente?	E i tuoi zii stanno al gioco?

En este caso los dos modismos no tienen nada que ver el uno con el otro pero expresan exactamente el mismo mensaje.

Español	Italiano
La tía Azucena le decía que no se pusiera así de tontona, que en menos que canta un gallo el barco volvería a emprender ruta, y esta vez hacia Groenlandia.	La zia Azucena le diceva di non essere così sciocca, che in un batter d'occhio la nave avrebbe ripreso la rotta, e questa volta verso la Groenlandia.

El modismo español “*En menos que canta un gallo*” tiene su equivalente en italiano. En el texto se ha elegido la traducción “*in un batter d'occhio*”, pero existen también otras opciones: “*in un battibaleno*” o “*in men che non si dica*”.

Español	Italiano
Muerto el perro, se acabó la rabia.	Via il dente, via il dolore.

Español	Italiano
¡Queréis sobornarme y os caigo como una patada en el culo!	Mi volete corrompere e vi piaccio come sabbia nelle mutande!

Español	Italiano
Seguía sujetando con los dos dedos el paquete y estaba tieso como una estaca.	Continuava a tenere il pacchetto con le dita ed era teso come una corda di violino.

También en estos últimos tres casos se ha encontrado el equivalente perfecto en italiano. Los modismos expresan exactamente el mismo concepto pero con términos diferentes.

Español	Italiano
¡A pan duro, diente agudo!	A pane duro, dente acuto!

Aquí los modismos son idénticos. Expresan el mismo concepto con los mismos términos.

3.8 Traducción de rimas

Como afirma Torrent-Lenzen (2006), los sonidos de un poema corresponden a sensaciones sonoras, y al mismo tiempo emotivas, que reproducen parte de la esencia estructural del texto. Por lo tanto, el material sonoro de un texto condiciona en gran medida lo que se experimenta leyendolo. De hecho, la rima constituye un contenido muy importante que tiene que ser traducido. Sin embargo, si ya es difícil encontrar equivalentes semánticos fieles de las palabras en el texto meta, es más complicado aún encontrar palabras que representen fielmente tanto el aspecto semántico como sonoro. De acuerdo con la palabras de Hurtado Albir (2001), el problema de traducción de la rima corresponde a un problema lingüístico y deriva de la discrepancia entre las dos lenguas en el plano léxico, morfosintáctico, estilísticos y textual.

Los capítulos del libro objeto de este trabajo presentan varias frases y canciones con rimas. Para que se mantuvieran las rimas se han tenido que reemplazar algunas palabras del texto original con otras similares en la lengua meta. En otros casos, cuando el mensaje no era fundamental para la comprensión del texto, se ha dado más importancia a las rimas, sacrificando el significado de las palabras que se han sustituido.

Siguen algunos ejemplos:

Español	Italiano
<p>–Llamó el ahogado para los pasteles de la merienda —decían.</p> <p>Y era el abogado para los papeles de hacienda.</p>	<p>–Era l'affogato per l'alimentazione della merenda – dicevano.</p> <p>E invece era l'avvocato per la documentazione dell'azienda.</p>

Español	Italiano
<p>–La de la acacia, que se ha perdido.</p> <p>Y era la de la farmacia, que tenía ya el pedido.</p>	<p>–L'apprendista, che lavora alla locanda.</p> <p>Ed era la farmacista che aveva già preso la comanda.</p>

Español	Italiano
<p>–Carta de Faustino. Fa-us-ti-no. Ellos asentían muy contentos: –Tarta de langostino, sí, sí. Lan-gos-ti-no.</p>	<p>–Lettera da Faustino. Fau-sti-no. Loro annuivano contenti: –Pastiera al croccantino, sì, sì. Croc-can-ti-no.</p>

Español	Italiano
<p>Ya estaban los tíos y las tías sentados a la mesa, y también Currito, venga a hablar del salmorejo y de la tacita de plata, y los canadienses tan sonrientes que parecían chinos, en lugar de canadienses. –Sale conejo y paquita la vaca – decían.</p>	<p>Gli zii e le zie erano già seduti a tavola, anche Currito, che parlava del salmorejo e della sua terra, e i canadesi, così sorridenti da sembrare più cinesi che canadesi. –Saliceto in una serra – dicevano.</p>

Español	Italiano
<p>–Los bisabuelos! –exclamó el tío Servando. Y los canadienses: –Los pisahuevos, sí. Los pisahuevos.</p>	<p>I bisnonni! – esclamò lo zio Servando. E i canadesi: –Gli insonni, sì. Gli insonni.</p>

En estos cinco ejemplos se ha dado más importancia a las rimas que al significado de las expresiones. Eso porque lo fundamental era transmitir el hecho de que los dos personajes canadienses no hablaban bien el español.

Español	Italiano
<p>Quien come y canta, algún sentido le falta.</p>	<p>Chi mangia e canta, ha qualche rotella che gli mancà.</p>

Aquí las rimas han salido perfectas, solo se ha tenido que transformar “*sentido*” en “*rotella*” para que, además de mantener la rima, se mantuviera también el sentido de la frase.

Español	Italiano
<p><i>que yo ya no puedo más, mi locura es tal locura, meiento como una hoja en medio del vendaval.</i></p>	<p><i>così io mi arrendo, la mia pazzia è talmente tanta, mi sento come una foglia portata via dal forte vento.</i></p>

En este caso no se ha mantenido una equivalencia perfecta: “*no puedo más*” no equivale a “*mi arrendo*”, sino a “*non ne posso più*”. Y lo mismo ocurre con “*vendaval*”, que no equivale simplemente a un “*vento forte*”, sino a una “*tempesta di vento*”. Aún así, el significado general permanece en el texto traducido y se consigue mantener también las rimas.

Español	Italiano
<p><i>No llores, no, que la vida es muy breve. Todo se pasa como una sombra leve.</i></p>	<p><i>Non piangere, no, che la vita è tanto breve. Tutto accade come una sfumatura lieve.</i></p>

En este caso la traducción de las rimas no fue problemática porque se han podido utilizar exactamente las mismas palabras del texto original.

3.9 Préstamos, dialectalismos y traducción de nombres propios

El préstamo es una técnica de traducción que consiste en utilizar una palabra o expresión del texto original en el texto de destino. Se puede definir como una técnica de traducción que no traduce.

En el texto traducido del presente trabajo se ha decidido dejar algunas palabras típicas de la cultura española tal cual como se han encontrado en el texto original. Algunas de dichas palabras son: “*gazpacho*”, “*salmorejo*”, “*arroz con leche*”, “*casadielles*”, “*escanciar*” y “*alegrías*”. Se trata de culturemas que no tienen equivalente italiano y la decisión de dejarlos en español depende del hecho de que, a lo largo de todo el libro, se han encontrado varias realidades tipicamente españolas y muchas formas dialectales asturianas y andaluzas que no se han podido reflejar en el texto italiano.

Parece que para la autora es muy importante el componente cultural, en el sentido de que habla a menudo de las tradiciones asturianas y andaluzas, utilizando palabras que ni un castellano que no sea de Asturias o de Andalucía podría entender.

Por ejemplo, esta frase: “*No me llames señora, que voy date. Prefieru que me llames gorda a que me llames señora*”. La “*u*” final sustituye la “*o*” en la mayoría de las palabras pronunciadas de ese personaje asturiano; en este caso, es fácil de entender tanto por un castellano como por un extranjero que hable español. Por el contrario, “*voy date*”, no es fácil de entender para alguien que no sea de Asturias. Significa “*te voy a pegar*”. En la traducción italiana se ha utilizado un simple “*ti strangolo*”, sin alguna referencia al hecho de que el personaje del TO lo hubiera dicho en una manera particular y tipicamente asturiana.

Siendo la cultura española un tema recurrente y no haber podido reflejarla en el TM en varias ocasiones, se ha decidido dejar algunos culturemas para que el lector del texto meta entiendiera de que se trata de un libro español, ambientado en España y escrito por una autora española.

Por esta misma razón, también los nombres propios de los personajes se han dejado tal cuales, aunque la mayoría de ellos tuvieran un correspondiente italiano.

3.10 Transformación de segunda persona singular en segunda persona plural

El texto original está escrito en segunda persona singular; la autora se dirige específicamente a un niño-lector. Esta es una manera de involucrar al niño, hacerle sentir importante, intentar no perder su atención.

En la traducción italiana se ha decidido transformar la segunda persona singular en segunda persona plural. Eso significa que el texto meta se dirige no solo a un niño, sino a todos los niños-lectores. Ha sido tomada esta decisión para una cuestión de naturalidad y fluidez del texto. Antes todo, es mucho más común, en un libro en lengua italiana, utilizar la segunda persona plural en lugar de la segunda singular. Además, también se ha pensado que es bueno para el niño no sentirse solo, es bueno que sepa que hay otros niños como él a quien está dirigido el texto, que hay otros niños que leen lo que está leyendo él, que hay otros niños que saben esa historia. Esta también es una manera de intentar hacer el texto interesante para el niño y para suscitar su curiosidad y atención.

CONCLUSIÓN

El objetivo de la presente tesis ha sido proponer una traducción de la novela de literatura infantil *El hotel* escrita por Mónica Rodríguez, identificando el método traductor, analizando los problemas encontrados a lo largo de la traducción y las estrategias utilizadas para resolver dichos problemas.

El libro ha sido traducido considerando un público equivalente al del texto original, es decir, niños a partir de diez años e intentando producir el mismo efecto en sus lectores. Por esta razón se ha decidido utilizar el método interpretativo-comunicativo. Este método se centra en el proceso de comprensión, desverbalización e reexpresión, y permite transmitir el texto formulado en otra lengua manteniendo el mismo sentido.

Tras elegir el método, se ha procedido con el trabajo de traducción, haciendo uso de la mayoría de las técnicas traductoras para conseguir una traducción que fuera lo más correcta posible, teniendo en cuenta muchos aspectos importantes como la naturalidad, la fluidez, la claridad y la equivalencia. Las técnicas principales que se han empleado han sido: ampliación lingüística, comprensión lingüística, generalización, particularización, transposición y amplificación y, cada una de ellas, ha sido definida, explicada y demostrada a través de algunos ejemplos. Se ha dado importancia también a la traducción de modismos y de rimas.

Los modismos, definidos de la RAE como “expresiones fijas, privativas de una lengua, cuyo significado no se deduce de las palabras que las forman” han representado a menudo un problema porque, en la mayoría de los casos, no han podido traducirse literalmente porque habrían dado lugar a expresiones sin sentido o muy inusuales en italiano.

La traducción de rimas también ha requerido un esfuerzo en algunas ocasiones, por ejemplo, en los casos en los que las rimas no coincidían en las dos lenguas y se ha tenido que decidir si dar más importancia al mantenimiento de la rima o al sentido del mensaje. Trabajando sobre la presente tesis, día tras día, me he dado cuenta de que, cuando un estudiante de traducción, como yo, escucha por primera vez la explicación del verbo “traducir”, realmente no es consciente de la complejidad que conlleva esta actividad. Traducir significa mucho más de lo que describen las diferentes definiciones y

personalmente creo que estas últimas no son suficientes para describir la verdadera complejidad del proceso.

El traductor tiene que ser fiel tanto a la lengua de origen como a la lengua meta, o mejor dicho, a la cultura de origen y a la cultura meta, adecuando de la manera más precisa posible el sentido expresado en la lengua original marcada por la cultura original a una lengua meta marcada por la cultura meta. Se puede afirmar que las lenguas no son nada más que la expresión de unos hablantes inmersos en una determinada cultura y por eso, la traducción que realiza el traductor implica un conocimiento profundo no sólo de las dos lenguas con las que trabaja sino, y sobre todo, de las implicaciones culturales de ambas lenguas. Se puede afirmar que la lengua y la cultura son un todo indisoluble y por eso el traductor se convierte en una especie de conector intercultural, un mediador entre cultura de origen y cultura meta.

El traductor es responsable de que el mensaje, que probablemente no fue concebido para ser traducido, efectivamente se traduzca en la lengua meta sin que a los lectores de esa lengua les provoque ninguna sensación de extrañeza. En este caso, al tratarse de una traducción de una obra de literatura infantil, ha sido fundamental mezclar el vocabulario correcto y el registro infantil con una buena dosis de creatividad lingüística. En otras palabras, ha sido fundamental saber mezclar la realidad con la fantasía.

BIBLIOGRAFÍA

CERILLO, Pedro y GARCÍA PADRINO, Jaime: “*La literatura infantil en el siglo XXI*”, Cuenca, 2001.

CLAVE (2008): *Diccionario de uso del español actual*, Madrid, Ediciones SM.

COLOMER, Teresa: “Texto, imagen, imaginación”, en *CLIJ*, 130, septiembre de 2000.

DELIBES, Miguel: “Escribir para niños”, en *C.L.I.J.*, 61, Barcelona, 1994.

HURTADO ALBIR, Amparo (2001): *Traducción y traductología: introducción a la traductología*, Madrid, Cátedra.

LLUCH, G.: “La comunicación literaria y el tipo de lector modelo que propone la actual Literatura Infantil”, en *Educación y Biblioteca*, 105, Madrid, 1999.

MORA, Luisa y MORÁN José: “Menos y mejores libros para formar lectores”, 1, *Cuatrogatos*, 2000.

SOLER, Eduardo: “La Literatura Infantil en la escuela”, en *Bordón*, 150, 1967.

SITIOGRAFÍA

LINGUEE, Dizionario spagnolo-italiano [en línea]. Disponible en la web:
<https://www.linguee.it/>

ORO, Begoña: Literatura Infantil y Juvenil [en línea]. Disponible en la web:
<http://www.begonaoro.es/>

R.A.E.: Diccionario de la lengua española [en línea]. Disponible en la web:

<https://www.rae.es/>

TRECCANI, “Enciclopedia” [en línea]. Disponible en la Web:

<http://www.treccani.it/enciclopedia/>

TRECCANI. “Vocabolario” [en línea]. Disponible en la Web:

<http://www.treccani.it/vocabolario/?>

RIASSUNTO

Con il presente lavoro di tesi si propone una traduzione dallo spagnolo all’italiano con relativa analisi linguistica del libro *El hotel* (L’hotel) di Mónica Rodríguez. Si tratta di un racconto per bambini dai 10 ai 14 anni appartenente alla Serie Rossa del Barco a Vapor. Con quest’ultima si intende una collezione di libri per lettori, appunto, dai 10 ai 14 anni, ormai considerati dei lettori esperti. I contenuti e la forma letteraria hanno la medesima importanza all’interno dei racconti ed i loro temi ricorrenti sono legati al mondo odierno, nel quale si trovano a vivere i lettori di questa età.

L’autrice del libro è nata a Oviedo nel 1969 ed è una scrittrice spagnola specializzata in letteratura per l’infanzia e per l’adolescenza, vincitrice di numerosi premi, quali il premio Gran Angular per la sua opera *Biografía di un corpo* e il Premio Cervantes, nel 2018.

Si laurea in Scienze Fisiche e si specializza in Energia Nucleare. Nel 1993 si trasferisce a Madrid per lavorare nel Centro di Ricerca Ciemat del Ministerio de Ciencias e Innovación.

Nel 2003 pubblica il suo primo libro di letteratura per l’infanzia, *Marta y el hada Margarita*, e nel 2009 si licenzia da Ciemat per dedicarsi esclusivamente alla letteratura e alla scrittura.

Il mio lavoro di traduzione è strutturato in tre parti, quindi suddiviso in tre capitoli.

Il primo capitolo è il più lungo e comprende la mia proposta di traduzione italiana de *El hotel*. In questo primo capitolo si avrà modo di conoscere la protagonista, i personaggi e le vicissitudini della storia. La protagonista è una bambina di nome Paloma, la quale, insieme a sua madre e ai suoi fratelli si trasferisce nell’hotel di suo nonno, situato nella regione spagnola delle Asturie. Una volta stabilizzata nell’hotel, conoscerà i suoi sette zii, che da sempre vivono lì e gli inquilini della struttura. Creerà inoltre un solido rapporto di amicizia con Goyo, figlio della farmacista del paese, che poi le starà accanto, sostenendola, per tutta la durata del racconto. Proprio nel momento in cui nulla sembrava poter andare meglio, quando tutto sembrava essere in perfetta armonia, un uomo misterioso, chiamato Signor X, bussa alla porta dell’hotel, rompendo qualsiasi equilibrio, facendo sparire l’allegria e la fantasia di cui era intriso l’hotel e facendo crollare il mondo addosso a Paloma. Da quel giorno nulla sarebbe più stato come prima.

Nonostante i momenti di difficoltà e di tristezza provati in primis da Paloma, ma anche da tutti gli altri personaggi, la storia si conclude con un lieto fine ed il cattivo Signor X risulta essere invece una persona buona, con un grande bisogno di affetto e di amore.

Attraverso le numerose vicende e peripezie, il lettore ha modo di scoprire, lentamente, le storie di vita della maggior parte dei personaggi; questo è uno degli aspetti che ho preferito del libro e penso che sia di grande insegnamento per i giovani lettori.

I personaggi sono, apparentemente, molto diversi tra loro. Ma, con lo svolgimento della storia, risulta chiaro agli occhi del lettore che nessuno di loro è poi così diverso dagli altri. Tutti condividono una stessa paura, uno stesso limite, una stessa perdita, una stessa gioia. La cosa bella è che questa vicinanza tra i personaggi la si scopre solamente attraverso la lettura e per gradi. È come se, piano piano, i personaggi prendessero confidenza con il lettore e si raccontassero, facendo scoprire lati ed aspetti che avevano sempre tenuto nascosti.

Questo libro, oltre ad essere ricco di ironia e umorismo, lascia molto spazio anche all'emozione, alla commozione (del lettore e dei personaggi stessi), alla tristezza e alla paura, insita in tutti gli uomini. Ma soprattutto, si tratta di un libro che insegna l'amore e la sua importanza, in tutte le sue forme e in qualsiasi aspetto della vita.

Per la traduzione italiana del racconto, è stato utilizzato il metodo traduttologico interpretativo-comunicativo, soprattutto perché si tratta di un testo diretto a bambini, ossia lettori con un'esperienza limitata della vita e con esigenze molto diverse rispetto al pubblico adulto. Questo metodo si basa sulla comprensione del testo originale e su una traduzione che permette di mantenere la finalità del testo di partenza, suscitando nei lettori italiani gli stessi effetti suscitati nei lettori spagnoli.

Per questa prima fase di lavoro è stato fondamentale l'uso di dizionari, sia cartacei che online. Per quanto riguarda la lingua spagnola, mi sono servita in particolar modo del dizionario online della RAE (Real Academia Española), considerato l'opera lessicografica accademica per eccellenza, e del dizionario Clave in forma cartacea. Per l'italiano invece ho consultato principalmente il dizionario e l'enciclopedia online Treccani.

Il secondo capitolo comprende invece una parte teorica sul concetto e sulle caratteristiche della letteratura per l'infanzia, genere a cui appartiene il libro scelto per il lavoro di tesi.

Il concetto di letteratura per l’infanzia è cambiato nel corso degli anni. Per molto tempo, la letteratura in questione fu ignorata da critici e filologi. Quando cominciò invece ad essere considerata, venne studiata e valorizzata con criteri pedagogici e morali, non letterari. La letteratura per l’infanzia ebbe un’eccessiva necessità di trasmettere determinati insegnamenti, moralità e dottrine. Infatti, nel 1967, nella rivista *Bordón*, venne affermato che nei libri per ragazzi non era sufficiente la qualità letteraria; essi dovevano rispettare anche altri obblighi, sociali ed educativi. Si esigeva che la letteratura per l’infanzia non solo fosse in grado di istruire, ma che rappresentasse anche una parte fondamentale dell’educazione dei bambini, privandola, in questo modo, dei suoi valori più importanti, ovvero quelli letterari.

Una volta superati i problemi relazionati all’eccessiva dipendenza all’istruzione e alla moralità, sorse degli altri problemi che, tutt’oggi, caratterizzano questo tipo di letteratura.

Teresa Colomer, esperta in questo segmento della letteratura, espose il problema dell’“indebolimento della dimensione metaforica e simbolica” di queste opere a favore di altri fattori che compiono più immediatamente l’obiettivo editoriale di arrivare, con un libro, a lettori di tante età, attraverso, ad esempio, un linguaggio standardizzato, un vocabolario ridotto e una lettura univoca.

Ciò che per Teresa Colomer era importante evidenziare, attraverso queste parole, è che, troppo di frequente, si dimentica o addirittura si nega il fatto che la letteratura per l’infanzia sia, semplicemente, letteratura e che, per questo, va valorizzata e studiata. Si dimentica inoltre il fatto che il bambino non arriva completamente vuoto di cultura letteraria al suo primo contatto ufficiale con la letteratura, ovvero quando accede per la prima volta a scuola.

In questo capitolo si vuole dunque evidenziare che la letteratura per l’infanzia non è un mondo a parte; le sue caratteristiche non sono estranee alla letteratura in generale; la comparazione tra opere per bambini e opere per adulti mostra che, in entrambe le letterature, si trovano strutture organizzative e procedimenti stilistici simili tra loro e che, in entrambe, si riflettono le correnti sociali e culturali predominanti.

L’unica differenza davvero evidente è il tipo di destinatario; nelle opere per adulti la comunicazione avviene fra pari mentre nelle opere per bambini non è così, perché il lettore è un bambino, per il quale scrive un adulto ed anche perché il bambino-lettore

non sempre è colui che sceglie le proprie letture (non possiede le condizioni necessarie per farlo perché non ha terminato di crescere e di sviluppare le sue capacità). Infatti, nella letteratura per l'infanzia, il mediatore adulto (padre/madre, educatore, bibliotecario) ha un'importanza fondamentale perché, secondo German Lluch, si converte in un vero e proprio “agente di trasformazione”, visto che agisce come primo recettore del testo per proporre poi, in una seconda fase, il libro al bambino, e cioè al secondo recettore.

Il campo della letteratura infantile ha sempre suscitato opinioni contrastanti tra gli esperti del settore ma, alla fine, si è concordato sul fatto che la letteratura per l'infanzia è, prima di tutto, letteratura. Viene aggiunta al suo fianco l'espressione “per l'infanzia” per la sola volontà di delimitare un periodo di tempo della vita dell'uomo che, in letteratura, è caratterizzato dalle capacità, dai gusti e dagli interessi dei lettori.

Le particolarità di questa materia si sono consolidate poco a poco ma ad oggi si può affermare che il suo linguaggio coincide con quello della letteratura in generale. E, per quanto riguarda i contenuti, superato ormai il problema di dipendenza alla moralità, qualsiasi tema può essere trattato se fatto coerentemente, dal momento in cui il bambino possiede una visione multipla ed aperta del mondo.

Dopo essere arrivati a queste conclusioni, è stato possibile tentare di definire quali sono le caratteristiche fondamentali dei testi di questo genere di letteratura.

Innanzitutto, essa ha da sempre avuto una componente popolare rilevante; si può dire dunque che essa sia sempre stata accompagnata dalla tradizione popolare.

Oltre a questo, si sono potute evidenziare altre caratteristiche referenti ai contenuti, ai personaggi, alla struttura e ai procedimenti tecnici.

Tra le caratteristiche principali dei contenuti troviamo:

- Frequenti presenze di elementi anormali;
- Tendenza a personificare e umanizzare il non umano (animali che parlano);
- Semplicità tematica e argomentale;
- Elementi argomentali ricorrenti come, ad esempio, il viaggio nel tempo, cambiamenti del destino repentini, il premio ai buoni, il castigo ai cattivi, ecc.;
- I contenuti possiedono un grande carico affettivo;
- Presenza ricorrente del fantastico.

Le caratteristiche dei personaggi invece sono le seguenti:

- Il protagonista si distingue sempre rispetto agli altri personaggi;
- I protagonisti spesso sono bambini o adolescenti.

La tecnica e la struttura letteraria sono caratterizzate dai seguenti elementi:

- L'azione è suddivisa in tre parti: esposizione, sviluppo ed epilogo;
- Il tipo di localizzazione temporale dei fatti narrati provoca frequentemente una sorta di extratemporalità. Le localizzazioni temporali sono ampie e imprecise: "C'era una volta...", "Dopo un anno...", ecc.;
- Il tipo di localizzazione spaziale dei fatti narrati provoca qualcosa di simile al tempo del punto precedente: "In un luogo lontano...", "In un paese remoto...", "in una misteriosa città...", ecc.;
- Le caratteristiche dei personaggi sono molto rigide: il buono è sempre molto buono, il cattivo è sempre molto cattivo, ecc.

Infine, le caratteristiche della forma sono:

- Esposizione molto chiara delle azioni;
- Espressione lessicale e sintattica semplice;
- Ritmo vivace.

Quando si traducono libri di questo genere, due sono le caratteristiche di cui bisogna assolutamente tenere conto: la posizione periferica nel panorama letterario e il doppio destinatario. Da una parte troviamo appunto il recettore primario, il bambino, con un'esperienza e una visione limitata del mondo e della realtà, dall'altra troviamo invece il recettore secondario, che di solito corrisponde a un genitore o un insegnante, il quale accompagna il bambino nella lettura.

Il traduttore ha dunque un'enorme responsabilità nei confronti del suo pubblico, perché deve riuscire a perseguire con la sua traduzione, sia la finalità ludica, sia quella pedagogica del testo. Questo significa che il traduttore deve essere in grado di realizzare un testo divertente, attirando in questo modo l'attenzione dei bambini, utilizzando un lessico semplice e a loro familiare, per aiutarli nella comprensione.

Nel terzo e ultimo capitolo, prima di occuparmi dell'analisi traduttologica, descrivo brevemente in cosa consiste tradurre. Si tratta comunque di un processo molto complesso e per questo difficile da descrivere con un'unica definizione. Per questa ragione, vari autori hanno dato una loro propria definizione di traduzione ed ognuno di loro si è concentrato su aspetti differenti.

Nel suo libro “*Traducción y Traductología*”, Hurtado Albir spiega che esistono diverse prospettive per le quali si possono dividere le varie definizioni di traduzione:

- Traduzione come attività tra lingue: Vinay e Darbelnet affermano che tradurre significa passare da una lingua A a una lingua B per esprimere la realtà. Questo significa che si prendono in considerazione solo gli elementi linguistici e che la traduzione dunque si posiziona sul piano della lingua.
- Traduzione come attività tra testi: secondo Seleskovitch, tradurre significa trasmettere il senso dei messaggi di un testo. In questo caso la traduzione si considera un atto di comunicazione e non di linguistica.
- Traduzione come atto di comunicazione: per Nida e Taber, la traduzione consiste nel riprodurre, mediante un'equivalenza naturale ed esatta, il messaggio della lingua originale nella lingua ricevente.
- Traduzione come processo: Lederer afferma che il processo di traduzione è relazionato con operazioni di comprensione ed espressione piuttosto che con operazioni di comparazione tra lingue.

Per quanto riguarda il processo di traduzione, Hurtado Albir afferma che il traduttore deve comprendere il testo originale per esprimere lo stesso senso con i mezzi di un'altra lingua. La comprensione del senso è la prima fase del processo traduttore, seguita poi dalle fasi di desverbalizzazione e rideterminazione.

Prima di cominciare a tradurre, il traduttore deve scegliere il metodo di lavoro, in funzione al suo obiettivo. In questo caso, per la traduzione de *L'hotel*, è stato utilizzato il metodo traduttivo interpretativo-comunicativo. Si tratta di un metodo che si focalizza sulla comprensione ed espressione del senso del testo originale e permette di mantenere nella traduzione la stessa finalità del TO, producendo lo stesso effetto nel lettore.

Dopo la scelta del metodo, bisogna utilizzare le strategie traduttive corrette per la soluzione dei problemi e applicare le tecniche di traduzione più adeguate.

Hurtado Albir definisce le tecniche di traduzione come procedimenti, visibili nel risultato della traduzione, utilizzati per conseguire l'equivalenza traduttiva in micro unità testuali.

Dopo questa parentesi teorica, descrivo dettagliatamente le tecniche utilizzate per risolvere i problemi linguistici incontrati durante il mio lavoro di tesi. Sono state messe a confronto, attraverso l'uso di tavelle, diverse parti del testo originale con le parti corrispondenti del testo tradotto. Per ogni esempio proposto spiego quali sono state le tecniche utilizzate per risolvere i problemi di traduzione riscontrati e per raggiungere l'equivalenza traduttiva.

Le tecniche maggiormente utilizzate sono state l'espansione, la riduzione e la generalizzazione.

L'espansione consiste nell'amplificazione del testo per ragioni di struttura o per risolvere delle ambiguità del testo originale. Si allunga perciò il messaggio di partenza (Es: “*Ella estaba a sus cosas*” < “*Lei aveva le sue cose da fare*”; “*Él ha hecho su trabajo. No debemos mezclar*” < “*Lui ha fatto il suo lavoro. Non dobbiamo confondere le cose*” ; “*Se oían ruidos en el salón*” < “*Si sentivano dei rumori provenire dalla sala da pranzo*”). La riduzione invece è la tecnica opposta all'espansione e comporta l'eliminazione di alcuni elementi linguistici presenti nel testo originale, spesso ridondanti o a rischio fraintendimento (Es: *Todos se miraron sin acabar de creérselo* > *Tutti si guardarono increduli* ; “*Mis hermanos y yo dimos una vuelta en redondo*” > “*Io e i miei fratelli piroettammo in punta di piedi*”).

Infine, la tecnica della generalizzazione consiste nell'utilizzare termini più generici o neutri rispetto a quelli presenti nel testo originale (Es: “*Y se arrancó a bailar una jota asturiana*” > “*E si mise a ballare una danza asturiana*” ; “*Preguntó, sin comprender, con su voz de cazallera*” > “*Chiese, senza capire, con la sua voce roca*”).

Oltre a queste tre tecniche appena descritte, ne sono state utilizzate anche molte altre, seppur in maniera più moderata. Tra queste, la tecnica della particolarizzazione (si oppone a quella della generalizzazione, es: “*Ya habíamos acabado de comer y de recoger el salón*” > “*Avevano già finito di pranzare e di sparecchiare*”), della trasposizione (consiste nella trasformazione della categoria grammaticale, es: “*¿Y sigue viniendo?*” < “*E viene ancora?*”), e dell'amplificazione (consiste nell'introdurre precisazioni non formulate nel testo originale, es: “*El abuelo abrió tanto los ojos que*

casi se le salen" < "Il nonno spalancò così tanto gli occhi che quasi gli uscirono dalle orbite").

Nel racconto sono stati trovati anche molti modi dire, che non sempre è stato possibile tradurre con la forma equivalente in italiano e si è dunque dovuto parafrasare per rendere chiaro il messaggio al lettore del testo meta (Es: "Y tus tíos le siguen la corriente?" < "E i tuoi zii stanno al gioco?"; "Muerto el perro, se acabó la rabia" < "Via il dente, via il dolore").

Anche la traduzione di rime ha richiesto uno sforzo in diverse occasioni, ad esempio nei casi in cui le rime non coincidevano nelle due lingue e si è dovuto quindi decidere se dare più importanza alla conservazione della rima o al senso del messaggio.

Nell'elaborazione di questo lavoro di tesi, giorno dopo giorno, mi sono accorta di come, quando uno studente di traduzione, come me, ascolta per la prima volta la spiegazione del verbo "tradurre", non è assolutamente cosciente della complessità che porta con sé questa attività. Tradurre significa molto di più di ciò che descrivono le varie definizioni e personalmente credo che queste ultime non siano sufficienti per descrivere la vera complessità del processo.

Il traduttore deve rimanere fedele tanto alla lingua originale come alla lingua meta, o per meglio dire, alla cultura originale e alla cultura meta, adeguando nel modo più preciso possibile il senso espresso nella lingua originale, marcato dalla cultura originale, alla lingua meta, marcata dalla cultura meta. Si può dire che le lingue non sono nient'altro che espressioni di parlanti immersi in una determinata cultura e per questo, la traduzione che realizza il traduttore implica una conoscenza profonda non solo delle due lingue ma anche, e soprattutto, delle relative implicazioni culturali. Si afferma che la lingua e la cultura sono un tutto indissolubile e per questo il traduttore diventa una sorta di connettore interculturale, un mediatore tra cultura di origine e cultura meta.

Il traduttore è responsabile che il messaggio, probabilmente non concepito per essere tradotto, si traduca effettivamente nella lingua meta senza che i lettori percepiscano alcun tipo di ambiguità. In questo caso, trattandosi di una traduzione di un'opera per l'infanzia, è stato fondamentale mescolare il vocabolario e il registro corretto con una buona dose di creatività linguistica. In altre parole, è stato fondamentale saper mescolare la realtà con la fantasia.